4 PESETAS

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

ECOS DE PARÍS

TRADUCCIÓN DE ANDRES GONZALEZ-BLANCO

DL
25575 4

Biblioteca Nacional de España

DL
2255754

Biblioteca Nacional de España

ECOS DE PARÍS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

ECOS DE PARÍS

TRADUCCION DE
A. GONZALEZ-BLANCO

BIBLIOTECA NUEVA
MADRID

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.) Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

Biblioteca Nacional de España
DONATIVO
Ejemplar donado por: Ayto. Bilbao, BCB
Fecha Octubre 2012

Biblioteca Nacional de España

I

PARIS Y LONDRES

EL ANIVERSARIO DE LA "COMMUNE".— FLAUBERT

Yo no diré, como Lord Beaconsfield, que "en el mundo sólo hay de verdaderamente interesante París y Londres; y todo lo demás es paisaje". Es realmente difícil considerar a Roma como un nido balanceándose sobre la rama de un olmo o ver sólo en el movimiento social de Alemania un fresco regato que va cantando por entre altas hierbas...

No se puede negar, sin embargo, que la multitud contemporánea tiende hacia esta opinión del novelesco autor de *Tancredo* (1) y de la guerra del Afghanistan; nada ve en el Universo más digno de ser estudiado y gozado que la sociedad, esa cosa centellean-

(1) Como es sabido, Lord Beaconsfield fué un gran hombre de Estado inglés, sobradamente imperialista y promotor de la guerra contra el Afghanistan; fué autor también de novelas eruditas y poco amenas, en que se explayaba su personalidad ególatra; tal es *Tancredo*, novela de la cual se burla donosamente Eça en otro ensayo especial dedicado a Lord Beaconsfield e inserto en las CARTAS DE INGLATERRA, publicadas en esta *Biblioteca Nueva*, en traducción hecha por mí.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

te y vaga que puede comprender desde las creaciones del arte hasta los menús de los restaurants; desde el ingenio de las gacetas hasta el lujo de las libreas; y muy racionalmente corre a observar la sociedad, a saturarse de ella, donde es más original, más compleja, más rica, más pintoresca, más episódica: en París y en Londres: al resto de la tierra sólo le pide escenarios de la Naturaleza, reliquias de arte, trajes y arquitecturas...

En Roma contempla los ornamentos del pasado: el Coliseo y el Papa; en Madrid interésanle sólo los Velázquez y los toros; nadie viaja por Suiza para estudiar la constitución federal o la sociedad de Ginebra, sino para embeberse delante de los Alpes. Y así, para la turba humana, más impresionable que crítica, el mundo aparece como una decoración armada en derredor de París y Londres, una curiosidad escenográfica que se mira un instante, fijándose luego toda la atención en la tragicomedia social que palpita en el centro.

Esto es una superstición. Mas si realmente el mundo fuese únicamente un paisaje accesorio, la devoción burguesa por París y Londres, residencias privilegiadas de la humanidad creadora, sería justificable; porque, en verdad, el interés del Universo está todo en la vida y en su lucha, en su pasión y en su ceremonial, en su ideal y en su real. El sol, naciendo por detrás de las pirámides, sobre el dorado desierto de Libia, forma un prodigioso escenario; el valle de Chaos, en los Pirineos, es de una grandeza exube-

Biblioteca Nacional de España

rante; mas todos estos espectáculos han de ser siempre infinitamente menos interesantes que una simple comedia de celos, desarrollada en un quinto piso. ¿Qué hay, con efecto, de común entre mí y el Monte Blanco? Mientras las alegrías amorosas de mi vecino o los llantos de su luto son como la conciencia visible de mis propias sensaciones.

El gran Dickens, delante de los Alpes o de los palacios de Venecia, poníase a pensar con nostalgia en las tristes calles de Londres, con su rumor de fin de día, y en el placer de sorprender las expresiones de ansiedad, triunfo o dolor, en los semblantes de los que pasean, alumbrados por el gas vivo de las tiendas. Es que el mejor espectáculo para el hombre será siempre el propio hombre.

Si sobre la tierra sólo hubiese torres de catedrales o volcanes llameantes, la tierra nos habría de parecer tan insípida como la luna o (aunque esto sea tal vez exagerado) como la misma Lisboa. Por muy cantarinas que sean las aguas corriendo; por muy fresco y umbroso que se ensanche el valle;—el paisaje es intolerable si le falta la nota humana: humo tenue de chimenea o pared brillando al sol, que revela la presencia de un pecho, de un corazón vivo.

Mas la verdad es que fuera de París y Londres hay también humanidad. San Petersburgo no forma sobre la nieve otra ondulación de nieve; Berlín no es una selva con una población de seiscientos mil castaños; en la misma Lisboa se encuentra de vez en cuando un hombre. ¡Qué importa! El mundo persis-

Biblioteca Nacional de España

te en considerar esa humanidad de Berlín, de Lisboa o de San Petersburgo como un mero accesorio de la decoración, como aquel árabe diminuto que los fotógrafos colocan siempre en la base de las ruinas de Palmira o como esos pastores vestidos de un manto de púrpura que en los cuadros del siglo XVII adornan los paisajes ideales.

Lo que esa humanidad de provincia hace, dice y disfruta, le es indiferente. No es a ella a quien va a ver, si visita los lugares donde ella reside; lo que le mueve la curiosidad apresurada es algún monumento, algún panorama—el paisaje, como dice Lord Beaconsfield. Para el extranjero, Portugal es Cintra, Alemania es el Rhin; y hasta, según la idea de Lord Byron y de otros después de él, lo que estraga la belleza de Lisboa es la presencia del lisbonense—como a mí lo que me estraga la Alemania es la presencia del prusiano. Positivamente, la multitud sólo reconoce una sociedad: la de París y la de Londres.

Mas, dentro de poco, ni ruinas ni monumentos habrá dignos del viaje; cada ciudad, cada nación se está esforzando por aniquilar su originalidad tradicional, y copiar la línea parisiense en los modelas y en los edificios, desde los reglamentos de policía hasta los escaparates de los joyeros. En El Cairo, ciudad de los califas, hay copias de Mabille, y los Ulemas olvidan las metáforas gentiles de los poetas persas para repetir los dichos de *Le Figaro;* el primer sonido que oí al penetrar en Jerusalén, fué el *can-can* de *La Bella Helena,* y salió de la habitación de un

Biblioteca Nacional de España

Rabbí, de un doctor de la ley santa; en las márgenes del Jordán, sobre la arena dorada que los pies de Jesús pisaron, encontré dos viejos cuellos de caucho, modelo Smith; bien sé que no pertenecían ni al Salvador ni al Precursor, pero allí estaban y despoetizaban suficientemente aquella ribera sagrada.

El mundo se va convirtiendo en una caricatura universal del Boulevard y de la Regent-Street. Y el modelo de las dos ciudades es tan invasor, que cuanto más se desoriginaliza una raza y se inclina a la moda francesa o británica, más se considera civilizada y merecedora de los aplausos del *Times*. El japonés júzgase muy superior en la escala de los seres al chino, porque en Yeddo ya el indígena se peina como el tenor Capoul, y lee a Edmond About en el original; mientras que el chino obsoleto en las vetustas calles de Pekín, aun lleva la coleta y cita a Confucio. Y aun así, en las márgenes del río Amor ya hay fábricas de tejidos de algodón, como en Manchester.

Positivamente, inclínome también hacia la idea de Lord Beaconsfield: la originalidad viva del Universo está en París y en Londres; todo lo demás es mala imitación de provincia. Por eso la curiosidad pública está impelida para allí; echando al resto del mundo aquel mirar rápido que se dirige al fondo de los retratos donde verdeguean vaguedades de paisajes o se perfilan líneas de un pórtico.

Y por eso es por lo que nadie que tenga el orgullo de considerarse racional, prescinde de informarse diariamente de todo lo que pasa en París o en Lon-

Biblioteca Nacional de España

dres, desde las revoluciones hasta las *toilettes,* desde las canciones hasta los escándalos.

El deseo más natural del hombre es saber lo que ocurre en su barrio y en París.

¿Qué importa lo que sucede en el Asia central, donde los rusos se baten, o en la Australia, donde hay crisis ministerial? Lo que se quiere saber es lo que hizo ayer Gambetta, o lo que dirá mañana el profesor Tyndall.

Y con razón: el Asia central y la Australia no enseñan nada; y París y Londres lo enseñan todo.

Habiendo sacrificado así suficientemente a la regla, que ordena que todo escritor de raza latina nunca enuncie su idea o cuente su hecho sin hacerse preceder de frases genéricas preparadas como un pórtico; creo que debo comenzar esta crónica hablando hoy de París, capital de los pueblos y patria genuina de M. Prud'homme.

El acontecimiento saliente y comentado de estos últimos días es la manifestación del día 23 de mayo. Recuérdese que hace nueve años, en esa fecha, en la semana sangrienta de la derrota de la *Commune,* los regimientos de Versalles, invadiendo París, en una demasía de represalias, hicieron un exterminio a la antigua, fusilando sin discernimiento, por los patios de los cuarteles, entre los túmulos de los cementerios, bajo los pórticos de las iglesias, a todo

Biblioteca Nacional de España

ser vivo que era sorprendido con sus manos negras de pólvora y con ardor de combate en la faz.

Treinta y cinco mil personas fueron aniquiladas en esta Saint-Barthelemy conservadora, en esta hecatombe de la plebe, ofrecida en sacrificio al orden, con el delirio con que el rey de Dahomey decapita tribus enteras en honor del ídolo Gri-gri, o los cartagineses inmolaban una mocedad, toda una primavera, para aplacar al más cruel de los Baals, al negro y llameante Moloch.

¿Dónde fueron sepultados tantos montones de cadáveres?... Apenas se sabe que parte de ellos fué arrojada a la fosa común del *Père-Lachaise*.

Los años pasaron, y los vencidos de entonces son hoy ciudadanos formidables, armados, no de la escopingarda revolucionaria, sino de una legal papeleta de votación, y que en lugar de levantar barricadas en las calles, hacen diputados socialistas en las elecciones.

En el día 23 de mayo, pues, aniversario del exterminio de los suyos, preparábanse para ir a través de las calles de París, en una vasta procesión funeraria, con coronas de siemprevivas en la mano, a visitar esa lúgubre fosa donde se pudren sus muertos.

El Gobierno del Sr. Grévy inquietóse, no obstante, con este ceremonial, y, o prometiendo concesiones al viejo mundo *communard* a trueque de desistimiento de esta pompa fúnebre (tan semejante a una conmemoración triunfal) o amenazando con mandar cargar a veinte mil hombres contra el séquito y hacer

Biblioteca Nacional de España

recaer sobre los jefes de la manifestación la responsabilidad de un conflicto sangriento, consiguió que en ese día la masa comunista quedase llorando a sus muertos en el silencio de sus alcobas. Mas algunos exaltados, desatendiendo la disciplina del partido, persistieron en la demostración luctuosa; y así como de una nube negra, que amenazara un diluvio, sólo vienen a caer aquí y allá algunas gotas de agua; así de toda aquella población que debía bajar de los *faubourgs,* solamente se vieron por la calle grupos de diez o quince personas, dirigiéndose al *Père-Lachaise* con su blusa nueva y la corona de siemprevivas en la mano; ahora que, en obsequio al símbolo, las coronas eran rojas.

Estos mismos fragmentos de manifestación desagradaron al Gobierno y a la Prefectura, y entonces se vió un espectáculo muy propio para regocijar el corazón del hombre libre; cuando en el *Père-Lachaise,* donde se apiñaban batallones de policías, un hombre se aproximaba a la fosa a deponer su corona sobre la hierba verde, un *sergent de ville* se precipitaba, comprobaba con el ceño fruncido que las siemprevivas eran escarlatas, y arrastraba al individuo a la cárcel; y si el ciudadano, ignorando que bajo la República es un crimen llorar a los muertos y adornarles la sepultura, protestaba con vehemencia, la Policía demostrábale a sablazos (1) que la República es un Gobierno fuerte y contundente...

(1) La frase portuguesa es más expresiva, porque es el sustantivo *pranchadas,* que, derivado del verbo *pranchar,*

Biblioteca Nacional de España

Mas ¿qué iban ellos a hacer al *Père-Lachaise* con sus siemprevivas simbólicas, estos rebeldes, estos exaltados, que en principio abominan de la religión y de sus ceremonias?...

El más ilustre diario del partido, el *Mot d'Ordre*, describía hace días una fiesta en el Sacré-Cœur, en estos términos fantásticos: "Ayer había en el Sacré Cœur una reunión de individuos celebrando algunas ceremonias bárbaras en honra y gloria de un personaje exquisito y obscuro, vulgarmente designado por el nombre extravagante de Dios..." Ahora bien: parece extraordinario que individuos que poseen frases tan avanzadas vayan a conmemorar un aniversario de muerte—de la muerte, que no debe ser para ellos más que una banal transformación de la substancia—con las tradicionales etiquetas del catolicismo, y que procedan delante de un túmulo amigo como si creyesen que el cuerpo yace allí intacto y paciente bajo las flores agrestes, esperando el toque de clarín del juicio final, mientras el alma vuela en el éter místico, mezclándose a la vida terrestre y gozando la oferta de símbolos recordatorios...

Más extraño que todo es la influencia de lo "rojo" en la Policía, como entre nosotros en los temperamentos de los toros.

Puede comprenderse hasta cierto punto que una bandera roja, ondeada al aire, recordando arrogantemente la insurrección, pueda irritar la bilis de una

expresa claramente la acción de acometer con el sable de plano.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

Policía bien organizada; pero ¿dónde está el crimen de una pobre corona de siemprevivas, teñida de rojo?

Porque, como muy nítidamente explicó el Sr. Andrieux, prefecto de Policía, lo que ofendió a la Policía y al orden fué la imprudencia de aquel rojo. Si las siemprevivas fuesen amarillas, la República habría permitido generosamente la manifiestación recordatoria...

Lógicamente, pues, una muchachita que pase en el bulevar con dos rosas rojas al pecho, debe ser arrastrada delante de un Consejo de guerra. La amapola tórnase un delito, y el rubor de un semblante casto es una ofensa a la Constitución.

Cuando el señor prefecto de Policía corta su uña augusta con su cortaplumas oficial, ¿qué debe hacer en presencia del escándalo de su sangre roja? Maniatarse a sí mismo, y a sí mismo arrojarse a la húmeda paja de las mazmorras. Mas el verdadero culpable es el buen Dios, que prodiga el escarlata y sus gradaciones en las flores, en las nubes y, si no nos miente la Biblia, hasta en las túnicas de sus serafines... ¡A la cárcel el buen Dios!...

Esta extravagancia del jefe de la Policía es melancólica.

En Inglaterra reúnense en Hyde-Park quince, veinte mil personas en *meeting* con toda suerte de emblemas, estandartes y charangas: todos los colores que la Providencia hizo, además de todos los que la industria inventó; declámase, aúllanse cantos sacros e impíos, arrójase hortaliza podrida a la faz de los

Biblioteca Nacional de España

oradores, absórbense pipas de cerveza, y la formidable Policía inglesa, de brazos cruzados, sonríe con bonachonería a la orgía cívica. Es que todas esas vociferaciones y todos esos colores dejan a las instituciones tan intactas y tan firmes como los viejos robles de Hyde-Park; y terminada la hora del *meeting,* la gran masa se dispersa con un sosiego de fin de misa. En Francia un grupo de hombres va en silencio a colocar sobre un campo flores de melancolía, y todo tiembla en el recelo de que la fuerte República del Sr. Gambetta se tambalee herida en el corazón...

Realmente, Calígula y Carlos IX dan a veces *saudades*...

Era Alfredo de Musset quien decía, en sus patéticas estancias a la Malibran, que en Francia quince días hacen de una muerte reciente una antigua novedad. Tal vez cuando es la Malibran la que muere; quiero decir, un gorjeo de ave que se pierde en la noche. Mas si el que desapareció se llama Gustavo Flaubert y es el autor de *Madame Bovary* y de *La Educación sentimental,* quince días o quince años pueden pasar sobre esa pérdida sin que el dolor envejezca, sobre todo cuando se piensa que ese poderoso artista, uno de los mayores de este siglo, nos es arrebatado estúpidamente en el espacio de una hora por una apoplejía, en plena fuerza creadora, en vísperas de terminar un libro supremo, en que puso

Biblioteca Nacional de España

diez años de trabajo, lo mejor de su genio y la sabia experiencia de una vida entera.

No es labor para esta crónica estudiar a Gustavo Flaubert. Sólo diré que su alta gloria consistirá en haber sido uno de los primeros en dar al arte contemporáneo su verdadera base, desprendiéndolo de las concepciones idealistas del romanticismo, apoyándolo todo sobre la observación de la realidad social y los conocimientos humanos que la vida ofrece. Nadie penetró jamás con tanta sagacidad y precisión los motivos complejos e íntimos de la acción humana, el sutil mecanismo de las pasiones, el juego de los temperamentos en el ambiente social; y nadie marcó tan vasto y penetrante análisis en una forma más viva, más pura y más fuerte.

Sus creaciones *Madame Bovary, Homais el farmacéutico, León, Federico, Madame Arnoux,* por el poder de vitalidad que les imprimió, participan de una existencia tan real, casi tan tangible como la nuestra. Cuando su entierro en Rouen pasaba junto al Sena, enfrente de una de las lindas islas que allí verdeguean, los que acompañaban el cadáver paráronse un momento a mirar, a mostrarse el sitio de la fresca isla donde Madame Bovary paseaba con León, como si estuviesen viendo por entre el follaje de los chopos su figura nerviosa y ligera y el vestido de merino claro que llevaba a los *rendez-vous.*

Madame Bovary es hoy una obra clásica, y de seguro su mejor libro. ¿Quién no la conoce y no la relee esa historia profunda y dolorosa de una burgue-

Biblioteca Nacional de España

sita de provincia, tal cual las crea la educación moderna, desmoralizada por los falsos idealismos y por la sentimentalidad mórbida, agitada de apetitos de lujo y de aspiraciones de placer, debatiéndose en la estrechez de su clase como en una cárcel social, corriendo a agotar de un sorbo todas las sensaciones, y volviendo de ellas más triste, como de los funerales de su ilusión, buscando alternativamente la felicidad en la devoción y en la voluptuosidad, ansiando siempre "algo mejor" y arrastrando una existencia minada de esta enfermedad incurable—el desequilibrio del sentimiento y de la razón, el conflicto de lo ideal y de lo real—, hasta que una mano llena de arsénico la liberta de sí misma?...

En *La Educación sentimental* concibe esta idea de genio: pintar en una amplia acción la debilidad de los caracteres contemporáneos, reblandecidos por el romanticismo, por la vaguedad de las concepciones filosóficas, por la falta de un principio seguro que, penetrando la totalidad de las conciencias, dirija las acciones, y explicar por este afeminamiento de las almas todas las inestabilidades de nuestra vida social, la desorganización del mundo moral, la indiferencia y el egoísmo de las naturalezas, la decadencia de las clases medias, la dificultad de gobernar la democracia.

Salammbó es la prodigiosa reconstrucción de un pueblo, de una religión extinguida, del violento y complicado mundo cartaginés; en *La Tentación de San Antonio,* de una tan fuerte intuición, de una erudición tan amplia, nos pinta tumultuosa la con-

Biblioteca Nacional de España

fusión mística de un cerebro de asceta, y alcanza ahí tal vez la perfección de una forma tan viva, tan cálida, tan elástica, que sólo la podría comparar a una carnación humana.

Particularmente era el mejor de los hombres. Tenía la facultad noble y santa de admirar sinceramente; era de estos a quienes un bello verso, una figura elevada, hacen humedecer los ojos de ternura; sólo sentía indiferencia por el pedantismo triunfante, y la indignación sólo le brotaba delante del egoísmo burgués.

Viajó largos años, fué amado, fué ilustre. Mas, como dijo Zola, lo mejor de sus alegrías y de sus penas lo tuvo dentro de su arte. Era verdaderamente un monje de las letras. Elias fueron siempre su fin, su centro, su regla. Vivía en ellas como en una celda, ajeno a los rumores triviales de la vida. Fué un fuerte. Su provincia va a erigirle una estatua, y de fijo nunca frente más digna, modelada en mármol, resplandeció a la luz de los cielos.

Biblioteca Nacional de España

II

LOS DUELOS.—LA AMNISTIA.—GAMBETTA.—ROCHEFORT.—LOS JESUITAS

Estas últimas semanas en Francia han sido sanguinolentas. Los duelos sucédense tan regularmente como las madrugadas; y el primer espectáculo que el sol, el viejo y dorado Febo, divisa al asomar a la rosada barandilla de Oriente, es un francés en mangas de camisa y de florete en la mano, a orillas de un arroyo o en las hierbas de un prado, procurando desgarrar con arte las vísceras esenciales de otro francés.

Parece que estamos bajo el reinado del melancólico Luis XIII, cuando, a pesar de los edictos, apenas sonaban las Avemarías, no había rincón sombrío del viejo París donde no centelleasen dos espadas cruzadas, o en tiempos de la República romántica de 1848, en que dos sujetos que no concordaban sobre la cuestión de Polonia o discrepaban acerca de Jesucristo—uno considerándolo un inmortal filósofo, el otro sólo un pequeño Dios sin importancia—, corrían a destrozarse a sable en las frondas del bosque de Bolonia.

No puede ahora un honesto mirlo gorjear pacífi-

Biblioteca Nacional de España

camente sus reflexiones de la alborada sin que le venga a interrumpir un viejo carruaje al trote, de donde emergen, sombríos y de negro vestidos, sujetos con un mazo de espadas debajo del paletot.

No quedan cadáveres por los campos, mas la epidermis de los periodistas y de los "dandíes" es deteriorada frecuentemente.

Duelo de Rochefort con Kœchlin; duelo de Laffitte, del *Voltaire,* con el conde de Dion; duelo de Frousac, del *Gil Blas,* con el príncipe de Santa Severina; duelo de Lajeune-Villars con Lepelletier, del *Mot d'Ordre;* duelo en Avignon, en Montpellier, en Rennes, en Lyon. Sin contar los duelos del conde de Hauterive, que esta semana se ha batido cuatro veces, hiriendo todas las mañanas a un hombre, con el mismo florete, entre la muñeca y el codo...

Este caso pintoresco me hace recordar los combates del Sr. Pablo.

¿No conocen al Sr. Pablo? Es una curiosa historia del Barrio Latino en los tiempos en que aun albeaba entre las verduras del Luxemburgo el vestido de batista de Mimí. El Sr. Pablo era un discípulo ardiente de Proudhon, que acostumbraba a ir todas las noches a tomar su *grog* a un café de la calle Jean-Jacques Rousseau, y a soltar con voz ronca de profeta irritado las frases célebres del maestro: "¡Dios es el mal!" "¡La propiedad es el robo!" "¡Queremos la liquidación social!"

Su apariencia era hoffmánica: dos largas piernas de cigüeña triste, ojos rutilantes en un semblante as-

Biblioteca Nacional de España

cético, y una melena descomunal, crespa, revuelta y color de estopa. Por lo demás, bravo y honesto.

Una noche el Sr. Pablo instalábase delante de su *grog*, cuando divisó sobre la mesa un papelito pérfido, conteniendo esta abominable sextina:

La rubia y dulce María,
que a nadie de amor maltrata,
fué avisada el otro día
que Paul la va a visitar,
y al punto rompe a gritar:
—¡De prisa! ¡Guarden la plata!...

Sólo Homero, que dijo los furores de Ayax, podría pintar la cólera del Sr. Pablo y sus tirones a la melena... Luego, al otro día, descubrió que el deplorable poeta era un sujeto obeso, de mirada oblicua, exhalando un olor dulzón de sacristía—que saboreaba también sus *grogs* en el café y dirigía un periódico jesuítico, *La Palabra*—. La sextina tomaba así las proporciones sociales de una injuria arrojada por la Iglesia contra la Revolución. Era la gracia calumniando a la conciencia.

De aquí un duelo en el bosque de Vincennes. Caminan uno sobre otro con la pistola en alto. ¡Fuego! La bala del hombre de *La Palabra* se va a clavar en el anca de un jumento que a distancia pastaba pensativamente la hierba; la del Sr. Pablo... ésa va a atravesar el sombrero de copa alta de uno de los padrinos del devoto. Este sujeto frunció considerablemente el entrecejo.

Biblioteca Nacional de España

Por la noche, un excelente mozo, Jacques Morot, reaccionario también, abre la puerta del café de la calle Rousseau, y pregunta hacia adentro ávidamente:

—Entonces, ¿qué tal el duelo? ¿Hubo muerte de hombre?

—No—responde alguien de una mesa del fondo—. Hubo muerte de jumento.

—¡Cómo! ¿Murió Pablo?

Y Pablo, que al lado sorbía gallardamente su *grog*, se levanta con la melena erizada y la injuria en el labio... Y de ahí otro duelo, a pistola también.

Fué en el bosque de Bolonia, al primer cantar de la alondra. La bala reaccionaria de Jacques perdióse por entre los follajes, mas la del Sr. Pablo fué a atravesar el sombrero de copa del padrino, del mismo que, precisamente en la víspera, al lado del beato panzudo, tuviera ya su sombrero atravesado y frunciera tanto el entrecejo.

—¡Comprendo!...gruñó este individuo, lívido.

Y por la noche, en el café, dirígese a la mesa donde el Sr. Pablo absorbía su *grog* exhalando su socialismo, y le acusa fríamente de "querer quitarle la vida de un modo desleal e infame".

—¿Cómo se atreve?—ruge el Sr. Pablo.

—Sé lo que digo: infame y desleal.

—¡Insolente!

—¡Granuja!...

Nuevo duelo. Mas entonces los padrinos asistieron de lejos, estirados entre hierbas altas, como lagartos asustados. Por precaución se habían cubierto

Biblioteca Nacional de España

de colchones... Y las dos balas, en efecto, se perdieron en la amplitud de los horizontes. De una se decía en el café que fué hacia Pekín; de la otra corría el rumor de que, por un funesto hábito adquirido, andaba aún por el bosque de Bolonia buscando entre las arboledas el sombrero de copa alta para alojarse.

Tales fueron los combates del Sr. Pablo, discípulo de Proudhon.

Los conflictos de honor que tienen este final de *vaudeville* son, al fin, los más aceptables.

Ha de haber siempre duelos. Es evidente que mientras los periódicos publiquen en letras gruesas y glorificadoras las actas de desafío; mientras los ojos de las mujeres sonrían al herido interesante que atraviesa la sala, pálido y con el brazo al pecho, o al espadachín feliz que retuerce el bigote; mientras en la calle los burgueses se queden pasmados, murmurando al oído de la familia: "¡Allá va aquél! ¡Fué aquél quien se batió!"...; ni el Código, ni el buen sentido, ni melifluas máximas humanitarias, impedirán jamás que el hombre, públicamente ridiculizado o públicamente injuriado, salte sobre su espada, gritando a la turba: "¡Allá voy a defender mi honra!"

Habrá siempre quien consienta en desvanecerse entre charcos de sangre, oyendo en derredor las aclamaciones de un circo.

En el más grave de los hombres hay una fibra de histrión.

Biblioteca Nacional de España

Lo que conviene, pues, a la sociedad, es que en estos conflictos, impuestos por la exigencia de la vanidad y por el despotismo del prejuicio, la sangre derramada se limite a las tres o cuatro gotas que seca un pañuelo de batista.

Al fin, la moralidad de los duelos está toda contenida en un decir de Rochefort.

—¿Ha sido afortunado en sus desafíos?—le preguntaba alguien.

—Muy afortunado. Me he batido veintitantas veces, y vuelvo siempre con la conciencia serena y una herida seria.

No se puede realmente venir a almorzar con la conciencia serena cuando se dejó a un hombre agonizando en una charca de sangre; pero es triste también que para poder saborear con el alma tranquila la *omelette* del almuerzo, se deba volver del campo con el vientre desgarrado o la clavícula en pedazos.

De suerte, que el sujeto que quiere defender su honra "en serio" por estos medios, tiene delante de sí dos perspectivas amables: o la permanente tortura de un remordimiento, o la eterna paz de un camposanto; y cuando se es muy afortunado, como Rochefort, dos meses de cama con una víscera despedazada.

Bien hayan, pues, los que en sus duelos, como en el caso del Sr. Pablo, disparan las balas hacia Pekín o se arañan ligeramente los codos. Comprenden la sabiduría; la sociedad, la vanidad, los periódicos, la opinión, las mujeres, pídenles sangre. ¡Bien! Van a

Biblioteca Nacional de España

un rincón del bosque, y extráense uno a otro con la punta del dedo la gota reclamada por la honra. La sociedad, la vanidad, etc., sonríen satisfechas; y ellos, serenos de conciencia, cúranse poniéndose un dedal de trapo... ¡Saludable prudencia! ¡Y son igualmente héroes en las gacetas!...

Fué votada en la Cámara la amnistía y lo ha de ser, ciertamente, en el Senado. Ningún vestigio, pues, quedará de la insurrección de la *Commune* en 1871. Las casas quemadas fueron reedificadas; hace mucho tiempo que se secaron los charcos de sangre en las calles; la hiedra disfraza poéticamente las ruinas de las Tullerías; los fusilados de entonces son hoy tierra fértil donde la hierba crece alta y profusa; los desterrados, los fugitivos, vuelven a entrar en la vida legal; "la cuestión de la amnistía", que se arrastraba en las controversias de los periódicos como un harapo siniestro de guerra civil, es barrida a la basura; y sobre aquella pavorosa locura cae, en fin, solemnemente una lápida de olvido. ¡Viva Francia!...

Todo esto es excelente; no habría siquiera el derecho de vencer si no hubiese el derecho de perdonar.

El Sr. Grévy, que restituyó a la patria a centenares de comunistas por compasión, no podía dejar a otros centenares en el destierro por legalidad. No era lógico que los que fusilaban a los dominicos pudiesen fumar su cigarro en el bulevar mientras que Rochefort, a quien la *Commune* condenó a muerte, su-

Biblioteca Nacional de España

fría el melancólico destierro de Ginebra, y Trinquet, rehabilitado públicamente por Gambetta, fabricaba zuecos en los presidios de Nueva Caledonia. Mas se da una circunstancia singular: hace tres meses el ministro Freycinet declaraba, entre las aclamaciones de la mayoría, que Francia no estaba suficientemente pacificada, ni la República tal vez bastante fuerte, para dejar volver a la legión de la *Commune*, y ayer, el mismo Sr. Freycinet, entre los aplausos de la mayoría, afirmaba que era tan sólida la unidad de la República, tan completa la quietud de los espíritus, que no se podía demorar por un día más esta amplia absolución de las barricadas de 1871.

En marzo la amnistía era una imprudencia; en junio es una necesidad... Noventa días no son suficientes para que mudasen así, tan radicalmente, la opinión de Francia y el interés de la República. Por lo tanto, aquí, como se decía en las óperas cómicas de mi infancia, "hay un misterio". ¿Cuál es, pues, ese misterio? Es la voluntad del Sr. Gambetta. Fué él; ese Todopoderoso, ese Dios de Israel, ese Luis XIV de la República, ese augusto dueño de Francia, quien así lo decidió. El veía que la negativa de la amnistía le impopularizaba ya en la fuerte mayoría de la democracia; advertía que ya iba siendo considerado como la encarnación misma de la República burguesa y el continuador del doctrinarismo del Sr. Thiers; sentía que ya sus barrios proletarios, Montmartre y Belleville, le retiraban los votos y la confianza para dárselos a Clemenceau.

Biblioteca Nacional de España

Gambetta reconoció que hoy la burguesía ya no es un terreno suficientemente sólido para edificar una fortuna política; es en la fuerza del proletariado en la que se quiere apoyar; y, por lo tanto, resolvió, como un Jehovah prudente, adquirir de nuevo la devoción de su pueblo, restituyéndole sus profetas desterrados. Y ahí está cómo la amnistía no es un acto magnánimo de reconciliación pública, sino una astuta maña de dictador, para no ser perturbado en la lenta jornada que le va llevando hacia la Presidencia de la República, sino a un cesarismo jacobino. Para mudar la opinión del Ministerio Freycinet le bastó con ordenar, y para convencer a la Cámara le bastó hablar.

En el día de la discusión del proyecto de amnistía abandona melodramáticamente su poltrona de Presidente, y de corbata blanca, rojo como una amapola, con su cabellera suelta a modo de una melena de león, aparece en la tribuna; y no creo que, desde los Gracos o desde Mirabeau, jamás la palabra de un hombre revolucionase tanto a un país... Todos los periódicos, los más hostiles, reconocieron que nunca El fuera tan poderoso.

(Pongo la E mayúscula porque parece que se trata verdaderamente de un Dios.)

En la calle vemos gentes con los ojos inyectados y estremecidas de emoción, murmurando: "¡Gambetta habló!..." Así se debía decir en Israel cuando corría por las tiendas dispersas de las tribus la voz de que Jehovah peroraba entre su zarza ardiente. Yo no

Biblioteca Nacional de España

le oí. Su discurso, leído aquí en el periódico, se me antoja una prosa resonante y hueca como un tambor, más propia del énfasis castellano que de la lengua lúcida y disciplinada en que Voltaire escribió. Parece, sin embargo, que su formidable figura; los acentos conmovedores de su voz cautivante, soltando los grandes nombres de "Francia" y "Patria" y "República"; sus gestos de apóstol poseído del espíritu; la mayoría, de pie, en una aclamación, como en los días patéticos de la Convención; la derecha, muda y aterrada; las galerías, en un éxtasis vibrante: todo esto formó un cuadro grandioso, casi heroico.

Yo espero, para admirarle, que un maestro le inmortalice en el lienzo y le popularice por la litografía. Hasta entonces, por Júpiter, sustento que esta arenga no me parece de mi Gambetta, del antiguo y fuerte Gambetta; más bien se diría del copioso Odilon-Barrot. No veo aquí las ideas que profundizan, ni las palabras que quedan. Lo que abunda, sí, es el empleo triunfante del pronombre personal "yo".

¡"Yo" consulté al país! ¡"Yo" dije a Europa! ¡"Yo" quiero!... Y así se deshace, al fin, el equívoco enorme; es él realmente quien gobierna, quien posee Francia; el Sr. Grévy está allí como una figura ornamental; el Sr. Freycinet y su Ministerio son allí el coro explicativo; la Cámara, un mero servicio de votación. Sólo él queda por encima de estas fracciones, como el alma misma de la República. Y por segunda vez, desde Mazzarino, con respeto lo digo, un italiano es el señor de las Galias.

Biblioteca Nacional de España

No creo, sin embargo, que esta amnistía, tan generosamente concedida por el Sr. Gambetta, desarme al socialismo y lo reconcilie con la República conservadora. Me espanta incluso que haya viejos periódicos, curtidos de experiencia y de casos, que lo crean con la ingenuidad de tiernos entusiastas. Y el mismo Gambetta parece creerlo, cuando exclama que, eliminada esta cuestión irritante, habrá una sola República y una sola Francia.

¡Retórica! "La cuestión de la amnistía" era, de fijo, en las manos de la izquierda intransigente, un arma útil. "¡Ved esa República de conservadores, que deja en los calabozos a vuestros hermanos, a vuestros maridos!..." Este grito iba directo a la indignación de los hombres y a la sensibilidad de las mujeres.

Para decidir al obrero, era, sin duda, un grito óptimo; le mantenía en la desconfianza y en la hostilidad; y en las elecciones próximas llevaría de fijo a la turba proletaria hacia los candidatos del socialismo... Pero, perdida esta arma contra la República del justo medio, esta "Durindana" brillante de *Le Rappel* y de *Le Mot d'Ordre*, quedan innumerables máquinas de guerra en el vasto arsenal de la cuestión social. Basta, por ejemplo, poner en orden de combate la famosa catapulta de la separación de la Iglesia y del Estado para derribar la frágil muralla del gambettismo.

Los conservadores, para conservarse a sí mismos, habrán de ceder, y de concesión en concesión, como

Biblioteca Nacional de España

un sapo a saltitos sucesivos, irán a caer en las fauces rojas de la serpiente socialista. Todas las medidas de estos dos últimos años—depuración del funcionalismo, expulsión de los jesuítas y regreso de los comunistas—han sido exigencias de la extrema izquierda, del mundo de *Le Rappel*, de *La Justice* y de *Le Mot d'Ordre*.

Y otras reclamaciones vendrán—todas necesariamente satisfechas—, y cada una quitando un cabello a Sansón y una partícula de su fuerza a la República... La cuestión está situada entre el "proletario" y el "burgués". Es Clemenceau contra Gambetta. "Esto", que es el socialista Clemenceau (1), matará "aquello", que es el jacobino Gambetta; y "esto", que es el zapatero Trinquet, eliminará más tarde "aquello", que es el filósofo Clemenceau.

Mas por estos días, al menos, esta República moderada está sólida. Tiene a su favor la burguesía. Los burgueses de hoy son la antigua población de las Galias—que ya en tiempos de César amaba, sobre todo, las palabras sonoras y las espadas atrevidas—. Por eso la burguesía se siente segura apoyándose en la oratoria de Gambetta y en el sable de Gallifet.

Para nosotros, que no somos franceses, se nos preparan horas de jovialidad, porque vienen ahí los desterrados, y al frente Rochefort. Si el gran pamfletario, el "pilluelo sublime", como le llamó Michelet,

(1) Es curioso releer estas páginas a distancia de cuarenta años y comparar el Clemenceau socialista de 1880 y el Clemenceau estadista de 1920.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

el ardiente sagitario, no perdió en las amarguras del destierro su verbosidad prodigiosa, el ardor acerado, las luminosas flechas que herían de muerte al Imperio, va a ser curioso verle surgir en el bulevar, como en los días inolvidables de *La Linterna,* con la faz pálida y su melena de Satanás, heroico y ágil, delante del pesado presidente Gambetta.

El periódico que va a fundar se llama *El Intransigente.* ¡Ya está bien!... Y viene amargado por diez años de destierro injusto, porque (nadie lo ignora) fué *La Linterna* y su lucha contra el Imperio las que le llevaron a Nueva Caledonia, por sentencia de un Consejo de guerra, compuesto de los viejos generales de César, y no su participación en la *Commune,* a la que él combatió implacablemente, y que le condenó a muerte. Por eso fué querido de toda Francia ese hombre, que tiene el ingenio de Voltaire, la temeridad heroica y la honradez de un Bayardo; este marqués de Rochefort y de Luçay, a quien las duquesas llaman el primo Rochefort; generoso paladín de los humildes, que fué durante los últimos años de Napoleón la alegría viva de Francia y una de las honras de la libertad. Sus mismos enemigos le admiran; y fué por terror a su ingenio por lo que la República conservadora lo mantuvo en destierro perpetuo, excluído de todos los perdones. ¡Y ahí viene! Positivamente vamos a reír...

Los comunistas entran y los jesuítas salen. Nada me parece más insensato que esta expulsión.

Biblioteca Nacional de España

Bien sabe Dios que yo no amo a los jesuítas; todo en ellos me es antipático: su rostro demacrado y su mirada oblicua, la ropilla lúgubre, su moral, su abominable *Summa teológica,* su ciencia seca y hierática, su frío estilo de arquitectura, su manera de enriquecerse con contabilidad escrita en griego, su grosera y equívoca idolatría por la Virgen María, su organización tenebrosa y conspiradora, que hace asemejar la Compañía a un carbonarismo teocrático. Mas dispersarlos paréceme singularmente impolítico, ilógico y pueril; si se pretende destruír su funesta influencia en la sociedad francesa, entonces es necesario expulsar al clero todo, pues nadie ignora que la Iglesia está hoy totalmente penetrada del espíritu jesuítico. El catolicismo es jesuitismo.

Quien gobierna la Iglesia no es León XIII, el "Papa Blanco"; es el "Papa Negro", el P. Beck. Y esta solidaridad con la Compañía la acepta el clero regular, se reviste de ella como de una insignia, y considérase herido por las leyes dirigidas contra el Instituto de San Ignacio. Si se quiere elimitar la enseñanza de los jesuítas, fatal al alma de las generaciones nuevas, recaemos en la misma necesidad lógica de suprimir toda la enseñanza clerical, semejante, paralela, a la que dimana de los jesuítas. ¿De qué sirve cerrar tres o cuatro establecimientos de la Compañía, si queda todo el clero compacto para substituírlos como pedagogos, como conspiradores y como enemigos de la democracia?

A más de eso, los jesuítas expulsados de sus gran-

Biblioteca Nacional de España

des residencias irán a enseñar particularmente, dispersos por las ciudades y por los campos; en lugar del ropón vestirán la americana, y no por eso su enseñanza será más democrática. Y si aun le fuesen arrancando los libros de la escuela, allá quedan los dominicos, los maristas, los lazaristas, los franciscanos, los hermanos de la Doctrina Cristiana y otros innumerables para enseñar lo mismo, con la exaltación de quien difunde una idea perseguida.

Es pueril. Los republicanos que hoy gobiernan se reían cuando el Imperio imaginaba extinguir el socialismo dispersando la Internacional, y recaen en el mismo error pensando aniquilar el clericalismo con el cierre de tres conventos de jesuítas.

Será necesario eliminar las madres devotas y los padres católicos; prohibir que haya almas que, por debilidad o religiosidad tierna, se precipiten hacia las lecciones de la Mística de Santo Tomás como hacia el mejor alimento terrestre. Si la enseñanza teológica es peligrosa, opóngasele la enseñanza científica. Aplasten al cura con el filósofo. Pero no es rasgando una sotana como se reprime un ideal.

Y después, para quien ama realmente la libertad es repugnante estar leyendo todos los días en los periódicos que ya los jesuítas y las otras Congregaciones amenazadas comienzan a encajonar sus libros, a empaquetar tristemente sus trapos, porque se aproxima el día 29, en que dos gendarmes de espada al cinto vendrán a arrancarlos a los conventos que son

Biblioteca Nacional de España

suyos, edificados por su diligencia, pagados con su metal y tantos años habitados por su devoción.

Hay en esto un sabor desagradable a revocación del edicto de Nantes, a expulsión de los judíos, a misioneros atormentados por la población china.

Hace días vi a un viejo fraile franciscano, asustado y melancólico, comprando tímidamente una maleta; había tanta amargura en el mirar que el pobre mendicante echaba a aquel saco de cuero que iba a ser su compañero de destierro, que sentí una cólera, una rebeldía contra el señor Julio Ferry y su nacionalismo *prudhommesco*.

Ahora bien: nada más impolítico que provocar este sentimiento; el fraile se torna así más interesante, y los débiles, los sentimentales, los religiosos, las mujeres, son atraídos hacia este desterrado, este mártir errante, esta víctima de los Dioclecianos de chistera, que se les figura la encarnación misma del Crucificado.

Yo no soy un devoto; mas paréceme impío desterrar a los que no tienen nuestras opiniones. Y una República que expulsa a una clase entera de ciudadanos por creer en la gracia, encender luces a la Virgen María y considerar al Conde de Chambord como un ser providencial y un Mesías fuerte, muestra una gran falta de sentido político y practica un vergonzoso abuso de la fuerza.

Mas supongamos que son grandes criminales. Pues bien; estamos ahora en un momento de clemencia pública; perdonóse ayer a aquellos que consideran a

Biblioteca Nacional de España

Dios un tirano; perdónese hoy a aquellos que consideran a Luis XVI un santo. Y aquí está lo que yo humildemente propondría: que la amnistía dada a los comunistas se extienda a las congregaciones religiosas.

Aun no les hablo de Inglaterra en esta carta. La culpa es toda de ella. ¡Caso extraordinario! Hace ya semanas que este grande y amado país no produce un acontecimiento, un escándalo, un libro, un sistema filosófico, una religión, una máquina, un cuadro, una guerra o una frase... Está en ese blando reposo a que se abandona siempre durante los primeros calores de junio. Dejémosla descansar bajo la sombra del haya frondosa, en estos ocios que le da la suprema libertad en la suprema fuerza.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

III

EL EMPERADOR GUILLERMO

"*Lui, toujours lui!...* ¡El, siempre él!..." Así, en el tiempo de *Las voces interiores,* clamaba Víctor Hugo, cansado, casi defraudado, de que a su espíritu de poeta, que tantos problemas divinos y humanos solicitaban, se impusiese, aun con imperiosa insistencia, monopolizando los pensamientos mejores y los mejores alejandrinos, la imagen entorpecedora de Napoleón el Grande. Nosotros también podemos hoy murmurar con impaciencia: "*Lui, toujours lui!...* ¡El, siempre él!...", ante ese otro Emperador que aun no venció en la batalla de Marengo ni en la de Austerlitz, y que, no obstante, en medio de todos los problemas sociales, morales, religiosos, políticos y económicos que nos absorben, tan extraña y ruidosa expansión da a su individualidad y tan confiadamente la arroja entre nuestros destinos, que él mismo se convirtió en un problema europeo—y ocupa tanto nuestro pensamiento como el socialismo, la evolución religiosa o la crisis capitalista;—tal vez más, porque hasta el mismo Sr. Renán, cuya alma, por el ejercicio constante del escepticismo, adquirió la impermeabilidad y la dulce indiferencia de un corcho, para quien

Biblioteca Nacional de España

toda oleada es arrulladora y buena, declara en su última epístola a los incrédulos que sólo le apena morir (¡y por sus confesiones sabemos cuán deliciosa y perfecta le corre la vida), por no poder asistir al desenvolvimiento final de la personalidad del Emperador de Alemania... (1).

En efecto; desde que subió al trono Guillermo II, Emperador y Rey, aun no dejó de atraer y retener hacia sí la curiosidad del mundo, una curiosidad divertida y regalada de público que espera sorpresas y lances, como si ese trono de Alemania fuese, en realidad, un escenario vistosamente adornado en el centro de Europa. Y ésta es, hasta ahora, la obra pintoresca de Guillermo II: haber convertido el trono de los Hohenzollern en un escenario donde él, constantemente y orgullosamente, se exhibe con caracterizaciones inesperadas. ¡Bien puede, pues, el sentimental heresiarca de la *Vida de Jesús* lamentar que la muerte no le consienta asistir en el quinto acto a la solución de este Emperador problemático!... Puesto que, por ahora, en este primer acto de tres años, desde que él pisa su escenario imperial, Guillermo II, por la diversidad y multiplicidad de sus manifestaciones, sólo ha revelado que existen en él, como antaño en Hamlet, los gérmenes de hombres varios, sin que podamos prejuzgar cuál de ellos prevalecerá,

(1) Hoy hubiera visto Ernesto Renán satisfechos sus deseos y plenamente expansionada—y con tan triste resultado para Europa—la personalidad de Guillermo II.—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

y si ese, cuando definitivamente esté expansionado, nos espantará por su grandeza o por su vulgaridad. Realmente, en este Rey, ¡cuántas encarnaciones de la realeza!...

Un día es el Rey militar, rígidamente tieso bajo el casco y la coraza, ocupado solamente de revistas y maniobras, colocando un relevo de la guardia por encima de todos los negocios de Estado, considerando al sargento instructor como la unidad fundamental de la nación, anteponiendo la disciplina del cuartel a toda la ley moral o de la Naturaleza, y concentrando la gloria de Alemania en la mecánica precisión con que marchan sus reclutas. Y súbitamente se despoja del uniforme, se pone la blusa y es el Rey Reformador, sólo atento a las cuestiones del capital y del salario, convocando con fervor congresos sociales, reclamando la dirección de todas las mejoras humanas y decidiendo penetrar en la historia abrazado a un obrero como a un hermano que libertó. Y luego, bruscamente, es el Rey de derecho divino, a lo Carlos V o a lo Felipe Augusto, apoyando altivamente su cetro gótico sobre las espaldas de su pueblo, estableciendo como norma de Gobierno el *sic volo, sic jubeo,* reduciendo la "Suma Ley" a la voluntad del Rey y, seguro de su infalibilidad, sacudiendo desdeñosamente más allá de las fronteras a todos los que en ella no creen con devoción. El mundo se asombra. Y de súbito, es el Rey de Corte, mundano y fastuoso, atento únicamente al brillo y al orden suntuoso de la etiqueta, dirigiendo las galas y las

Biblioteca Nacional de España

mascaradas, decretando la forma del peinado de las damas, condecorando con la Orden de la Corona a los oficiales que mejor valsan en los cotillones, y queriendo convertir Berlín en un Versalles, de donde emane el precepto supremo del ceremonial y del gusto. El mundo sonríe. Y repentinamente, es el Rey Moderno, el Rey siglo XIX, tratando de *caturra* (1) al pasado, expulsando de la educación las humanidades, las letras clásicas, determinando crear por el parlamentarismo la mayor suma de civilización material e industrial, considerando la fábrica como el más alto de los templos y soñando una Alemania movida toda por la electricidad...

Después, a veces, desciende de su escenario—quiero decir, de su trono—; viaja y da representaciones a través de las Cortes extranjeras. Y ahí, desembarazado de la Majestad imperial, que en Berlín imprime a todas sus figuraciones un carácter imperial, aparece libremente bajo las formas más interesantes que puede revestir en la sociedad el hombre de imaginación. Caminando hacia Constantinopla, costeando los Dardanelos, en su flota, es el artista que en telegramas al Canciller del Imperio (en que firma *Imperator Rex)*, pinta, en una forma sobrecargada de romanticismo y color, el azul de los cielos orientales, la lánguida dulzura de las costas de Asia. En el Norte, en

(1) *Caturra* es adoptivo portugués, realmente intraductible, algo como beato, fioño, pesado, arcairo; mojigato. Yo lo he traducido algunas veces; pero aquí quiero conservarlo.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

los mares escandinavos, entre los austeros *fjords* de Noruega, al rumor de las aguas heladas que ruedan por entre la sombra de los abetos, es el Místico que sobre el combés predica sermones proclamando la inanidad de las cosas humanas, aconsejando a las almas, como única realidad fecunda, la comunión con el Eterno. Volviendo de Rusia, es el alegre estudiante, como en los buenos tiempos de Bonn, y desde la frontera escribe al Mariscal de Palacio, en San Petersburgo, una carta en verso, fantásticamente rimada, agradeciendo el *kaviar* y los *sandwichs* de *foie-gras* colocados en su vagón, como pródigo viático de la jornada. En Inglaterra, está en un lujoso centro de sociabilidad y es el *dandy*, con los dedos centelleantes de anillos, un clavel enorme en el abrigo claro, mariposeando y flirteando con la gracia arrogante de un D'Orsay... Y, súbitamente, en Berlín, alta noche, las cornetas lanzan ásperos toques de alarma; todos los hilos de la Agencia Havas se estremecen; Europa, asustada, corre a las gacetas, y un rumor temeroso pasa de que "habrá guerra en la primavera". ¿Qué fué? "No es nada", como se canta en *Pan y toros* (1). Es sólo Guillermo II, que volvió a subir a su escenario, quiero decir, a su trono.

El mundo, perplejo, murmura: "¿Quién es este hombre tan vario y múltiple? ¿Qué habrá, qué ger-

(1) En castellano en el original portugués. Eça de Queiroz era muy aficionado a nuestra zarzuela y opereta ligera, que en Portugal se representaba entonces frecuentemente.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

minará dentro de aquella cabeza reglamentaria de oficial bien peinado?" Y el Sr. Renán gime por morir tal vez antes de asistir como filósofo al desenvolvimiento completo de esta ondulante personalidad. Así Guillermo II se convirtió en un problema contemporáneo, y hay sobre él teorías como sobre el magnetismo, la "influenza" o el planeta Marte. Unos dicen que es sencillamente un mozo desesperadamente sediento de la fama que dan las gacetas (como Alejandro Magno, que, en peligro de ahogarse, pensaba "en lo que dirían los atenienses"), y que, mirando la publicidad, prepara sus originales con el método, la paciencia y el arte espectacular con que Sarah Bernhardt compone sus *toilettes*. Otros sustentan que sólo hay en él un fantasista desequilibrado, arrebatado neciamente por todos los impulsos de una imaginación mórbida y que, por lo mismo que es Emperador casi omnipotente, exhibe francamente, sin que una resistencia vigilante se los cohiba y se los limite, todos los desatinos de la fantasía. Otros pretenden, por fin, que sólo es un Hohenzollern, en que se sumaron y conjuntamente brotaron, con inmenso aparato, todas las cualidades de cesarismo, misticismo, sargentismo, burocratismo y voluntarismo que alternativamente caracterizaron a los reyes sucesivos de esta felicísima raza de hidalgotes de Brandeburgo...

Tal vez cada una de estas teorías, como sucede felizmente con todas las teorías, contenga una partícula de verdad. Pero yo pienso más bien que el Empera-

Biblioteca Nacional de España

dor Guillermo es un "*dilettante* de la acción", quiero decir, un hombre que ama vigorosamente la acción, comprende y siente con suprema intensidad los infinitos placeres que ella ofrece, y la desea, por lo tanto, experimentar y gozar en todas las formas lícitas de nuestra civilización. Los *dilettanti* lo son, generalmente, de idea o de emociones, porque para comprender todas las ideas o sentir todas las emociones, basta ejercitar el pensamiento o ejercitar el sentimiento, y todos nosotros, mortales, podemos, sin que ningún obstáculo nos coarte, movernos libérrimamente en los ilimitados campos del raciocinio o de la sensibilidad. Yo puedo ser un perfecto *dilettante* de ideas, modestamente cerrado con mis libros en mi biblioteca; pero si intentase ser un *dilettante* de la acción, en sus expresiones más altas, mandar un ejército, reformar una sociedad, edificar ciudades, habría de poseer, no una biblioteca, sino un imperio sumiso. Guillermo II posee ese imperio, y hoy, que se libertó de la áspera superintendencia del viejo Bismarck, puede abandonarse a su insaciable *dilettantismo* de la acción, con la licencia "con que el corcel joven (como dice la Biblia) galopa en el desierto mudo". ¿Quiere recibir la satisfacción de mandar enormes masas de soldados, o de surcar los mares en una escuadra de hierro? Sólo necesita lanzar un telegrama, hacer resonar un clarín. ¿Quiere sentir la delicia de transformar en sus manos poderosas todo un organismo social? Sólo necesita anunciar: "Esta es mi

Biblioteca Nacional de España

idea", y, lentamente, a sus pies, comenzará a surgir un mundo nuevo.

Todo lo puede porque gobierna dos millones de soldados y un pueblo que sólo vigila por su libertad en los dominios de la filosofía, de la ética o de la exégesis, y que cuando su Emperador le ordena que marche, enmudece y marcha.

Y lo puede todo también porque ciegamente cree que Dios está con él, le inspira y sanciona su poder.

Y es esto lo que hace para nosotros prodigiosamente interesante al Emperador de Alemania; que con él tenemos hoy, en este siglo filosófico, entre nosotros un hombre, un mortal, que más que ningún otro iniciado, profeta o santo, se dice y parece ser el íntimo y el aliado de Dios... El mundo no había vuelto a presenciar, desde Moisés en el Sinaí, tal intimidad y tal alianza entre la criatura y el Creador. Todo el reinado de Guillermo II nos aparece así como una resurrección inesperada del mosaísmo del Pentatéuco. El es el predilecto de Dios, el elegido que conferencia con Dios en la zarza ardiente del *Schloss* (1) de Berlín, y que por instigación de Dios va conduciendo a su pueblo a las felicidades de Canaán. ¡Es verdaderamente Moisés II!... Como Moisés, no se cansa de afirmar estridentemente, y cada día, para que nadie

(1) *Palacio*, en alemán.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

la ignore y por ignorancia la contrarie, esta vinculación suya espiritual y temporal con Dios, que le hace infalible y, por lo tanto, irresistible. En cada asamblea, en cada banquete en que discursea (y Guillermo es el más verboso de todos los reyes contemporáneos) allí viene luego, a modo de un mandamiento, esa afirmación pontifical de que Dios está junto a él, casi visible en su larga túnica azul de los tiempos de Abraham, para ayudarle en todo y servirle con la fuerza de ese tremendo brazo que puede sacudir, a través de los espacios, los astros y los soles como una polvareda importuna. Y la certeza, el hálito de esta sobrenatural alianza va en él creciendo tanto, que cada vez alude a Dios en términos de mayor igualdad, como aludiría a Francisco de Austria, o a Humberto, Rey de Italia. Antaño, aun le denominaba, con reverencia, el "Amo que está en los cielos", el "Muy alto que manda en todo". Ultimamente, sin embargo, arengando, entre copas de *champagne*, a sus vasallos de la Marca de Brandeburgo, ya llama familiarmente a Dios "mi viejo aliado". Y aquí tenemos a Guillermo y a Dios como una nueva firma social para administrar el Universo. Poco a poco, tal vez desaparezca Dios de la firma y del muestrario, como socio subalterno que entró solamente con el capital de la luz, de la tierra y de los hombres, y que no trabaja, ocioso en su infinito, dejando a Guillermo la gerencia del vasto negocio terrestre, y tendremos entonces solamente Guillermo y Compañía. Guillermo, con supremos poderes, realizará todas las

Biblioteca Nacional de España

operaciones humanas, y "Compañía" será la fórmula condescendiente y vaga con que la Alemania de Guillermo II designará a Aquel para quien, sin embargo, según creemos, Guillermo II y Alemania toda son tanto o tan poco como el pardillo que en este instante gorjea en mi tejado...

Un magnífico e insaciable deseo de gozar y experimentar todas las formas de la acción con la soberana seguridad de que Dios le garantiza y facilita el éxito triunfal de cada empresa; he ahí lo que me parece explicar la conducta de este Emperador misterioso. Ahora bien; si rigiese un Imperio situado en los confines del Asia, o si no poseyese en la Torre Julia un tesoro de guerra para mantener y armar dos millones de soldados, o si estuviese rodeado de una opinión pública tan activa y coercitiva como la de Inglaterra;—Guillermo II sólo sería un Emperador como tantos otros en la Historia, curioso por la movilidad de su fantasía y por la ilusión de su mesianismo. Pero, desgraciadamente, plantado en el centro de la Europa trabajadora, con centenares de legiones disciplinadas, un pueblo de ciudadanos disciplinados también y sumisos como soldados (1), Guillermo II es el más peligroso de los reyes, porque aun falta a su *dilettantismo* experimentar la forma de la acción más seductora para un rey: la guerra y sus glorias. Y bien pue-

(1) Estas palabras, escritas en las postrimerías del siglo pasado, parecen reveladoramente proféticas para el momento de la guerra europea, y, en suma, todo este artículo—semblanza inmortal de Guillermo II—es una prodigiosa adivinación vidente.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

de suceder que un día Europa se despierte al fragor de ejércitos que chocan entre sí sólo porque en el alma del gran *dilettante* el fogoso apetito de "conocer la guerra", de gozar la guerra, pudo más que las razones, los consejos y la piedad por la patria. Aun hace poco, así lo prometía a los fieles solariegos de Brandeburgo: "Os he de llevar a bellos y gloriosos destinos." ¿Cuáles? A varias batallas, de seguro, donde triunfarán las águilas germánicas (1). Guillermo II no lo duda, puesto que tiene por aliado, a más de algunos reyes menores, al Rey Supremo de Cielos y Tierra, combatiendo entre la *Landwehr* alemana, como antaño Minerva Atenea, armada de su lanza, combatía contra los bárbaros en medio de la falange griega.

¡Esta certeza de la alianza divina!... Nada puede, en verdad, dar más fuerza a un hombre que una tal certeza que casi lo diviniza. Pero también, ¡a qué riesgos arrastra!... Porque nada puede hacer más fundadamente caer a un hombre que la evidencia, ante la cruda contradicción de los hechos, de que esa certeza era sólo una quimera de su desordenada fatuidad. Entonces se realiza verdaderamente la caída bíblica de lo alto de los cielos. Hubo un pueblo que se proclamaba antaño el Elegido de Dios; pero apenas se demostró que Dios no lo había elegido ni lo pre-

(1) Compárese con el tono de las arengas de Guillermo II desde que comenzó la guerra y aun con los discursos del generalísimo Hindenburg y del canciller Bethmann Hollweg en los primeros días de la conflagración.—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

feria a otro, y por esto lo abandonaba desdeñosamente, fué destrozado con incomparable furor, disperso y apedreado por todos los caminos del mundo y acorralado en "Ghettos" (1), donde los reyes le estampaban sobre la casa y sobre el camposanto una insignia como la que se estampa sobre la moneda falsa.

Guillermo II corre este lúgubre peligro de caer en las "Gemonias". Hoy asume, temerariamente, responsabilidades que en todas las naciones están repartidas por los cuerpos del Estado; y sólo él juzga, sólo él ejecuta, porque es a él, y no a su Ministerio, a su Consejo, a su Parlamento, a quien Dios, el Dios de los Hohenzollern, comunica la inspiración transcendental.

Por lo tanto, ha de ser infalible e invencible. En el primer desastre, ya le sea infligido por su burguesía o por su plebe en las calles de Berlín, ya le sea traído por ejércitos extranjeros en una llanura de Europa; Alemania deducirá inmediatamente que su tan cacareada alianza con Dios era una impostura de déspota astuto.

¡Y no habrá entonces, desde la Lorena hasta la Pomerania, piedras bastantes para lapidar al Moisés fraudulento!... Guillermo II está, en verdad, jugando contra el Destino esos terribles "dados de hierro" a que aludía antaño el olvidado Bismarck. Si gana dentro o fuera de la frontera, podrá tener altares como los tuvo Augusto (y, en realidad, también Tiberio).

(1) Barrios antiguos de judería, que aún subsisten hoy en ciudades como Londres, Viena y Budapesth.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

Si pierde, es el destierro, el tradicional destierro en Inglaterra, el cabizbajo destierro, ese destierro con el que hoy él tan duramente amenaza a los que discrepan de su infalibilidad.

¿Y no se mostraron ya los presagios vagos del desastre? El gran Emperador recibió hace días silbidos en las calles de Berlín. Las plebes desconfían de Guillermo y de su Dios. Y—señal terrible—los pensadores y los filósofos, que fueron siempre, en la muy intelectual Alemania, los formidables puntales del despotismo militar de los Hohenzollern, comienzan a indisponerse con el trono y a retroceder por los blandos caminos del liberalismo, hacia el pueblo y hacia la justicia social, de la cual él tiene conciencia aun tumultuosa, pero exacta. ¿Dónde están los tiempos en que Hegel consideraba la autocracia prusiana casi como una parte integrante de su filosofía y del orden del Universo? ¿Dónde están las admiraciones de Herbart por el "Estado concentrado en el Soberano"? (1). ¿Dónde están esos altos entendimientos enseñando en las Universidades que la suma de la sabiduría política en Prusia era: "Dios salve al Rey"?... ¿Dónde están esos loores al derecho divino de los Hohenzollern, cantados por Strauss, por Mommsen,

(1) Estas palabras tan justas y acertadas de Eça de Queiroz, vienen a confirmar que no exageramos los que hemos dirigido nuestra orientación aliadófila en el sentido de atribuír los orígenes de la guerra europea a los pensadores alemanes. Véase mi artículo *Los maestros del pangermanismo.* (La Revista Quincenal, año I, número 18, Barcelona; 25 de septiembre de 1917.).—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

por Von Sybel? ¡Todo pasó!... La metafísica gruñe descontenta. De las dos grandes piedras angulares de la monarquía prusiana, el filósofo y el soldado, Guillermo II sólo cuenta hoy con el soldado; y el trono, sobrecargado con el Emperador y su Dios, se inclina todo hacia un lado, que es tal vez el del abismo...

¿Conseguirá el filósofo persuadir al soldado a sacudir, a su vez, el peso bajo el cual gime y aun bajo el cual sangra, si son verídicas las acusaciones del Príncipe Jorge de Sajonia? El soldado sale del pueblo y sabe leer. Y si, como toda Alemania afirmó, fué el maestro de escuela quien venció en Sadowa y en Sedán, tal vez es él también quien, con su nuevo libro y su nueva férula, vencerá en Berlín.

Tiene razón, pues, el Sr. Renán, que le sobra; y nada más atractivo, en este momento del siglo, que asistir a la solución final de Guillermo II. Dentro de varios años (que Dios haga muy lentos y muy largos), este mozo ardiente, imaginativo, simpático, de corazón sincero y tal vez heroico, puede muy bien estar con tranquila majestad en su *Schloss* de Berlín rigiendo los destinos de Europa, o puede estar, melancólicamente, en el Hotel Metropole, de Londres, desempaquetando de la maleta del destierro la doble corona abollada de Alemania y de Prusia.

Biblioteca Nacional de España

IV

EL GRAND-PRIX.—LA ESTATUOMANIA.—LOS COCHEROS.—VICTOR HUGO.—EL CAMPO EN PARIS.

En la semana pasada se corrió el "Grand-Prix", que es la solemnidad oficial del *sport*, del juego y de las *toilettes*. Todos estos elementos estuvieron magníficamente representados en la planicie de Longchamps, bajo un sol más duro que el de Java. Los caballos eran tan buenos, que el vencedor, un caballo francés, con el nombre de un héroe húngaro, venció sólo por "una cuarta parte del hocico". Las apuestas se elevaron a más de "seis millones". Y había *toilettes* portentosas, entre las cuales un vestido negro, todo adornado de crisantemos blancos.

La tribuna republicana del presidente estaba salpicada de sangre real: la Reina-madre de Portugal, Doña María Pía; la Duquesa de Aosta, cuñada del Rey de Italia, una mujer espléndida, que parece una Venus de Milo metida dentro de un vestido de Laferrière, y que sería realmente digna de Grecia si no fuese no sé qué de japonés en los ojos oblicuos; y después, un príncipe indio, el Mararajah de Laho-

Biblioteca Nacional de España

re, infortunadamente de sobretodo negro y sin diamantes. (¿Qué dirían a este sobrio sobretodo sus rutilantes abuelos, que ya reinaban muchos siglos antes de Cristo?)

El calor era horroroso. Por la noche, en el "Jardín de París", hubo bajo los árboles y los faroles de gas la orgía tradicional. Toda la mocedad estaba brillantemente borracha, *sicut licet*. La única innovación fué un trueque general de sombreros; los hombres habían coronado las cabezas, rizadas o calvas, con los floridos y emplumados sombreros de las mujeres, y ellas, las dulces criaturas, enarbolaban todas sombreros de copa alta. Este modesto delirio no debe hacer suponer que París perdiese la seriedad.

Nunca existió ciudad más grave que Roma (la verdadera, la romana). Pues en el día de las Saturnales, que eran una especie de "Grand-Prix", los ciudadanos más circunspectos, hasta magistrados, bailaban en las plazas con la toga remangada, y el austero Catón aparecía en el Senado con una gran nariz postiza.

En esta semana festiva no hay política. Los ministros andan todos por las provincias, celebrando inauguraciones y haciendo discursos. Un americano muy ingenioso ya afirmó que lo que caracterizaba la civilización francesa era el ser una civilización completa, acabada, con todos los puntos sobre todas las

Biblioteca Nacional de España

ies. El concepto es agudo y brillante. Mas no parece verdadero, porque cada semana, a través de Francia, se inaugura alguna cosa que faltaba: una carretera, un acueducto, un puerto, un faro. Sobre todo, estatuas de grandes hombres. Francia no acaba realmente de fundir en bronce a todos sus beneméritos.

Desde 1875, el año en que comenzó la estabilidad republicana, cada mes (¡qué digo!, cada semana) se descubre en alguna parte una estatua de alguien, entre discursos, tambores y champagne. Ya van casi veinte años de este ferviente trabajo, y aun hay genios que no tienen estatua. En compensación, hay otros que tienen dos, como un cierto Guerin, de quien hablaba recientemente Jules Simón. Digo "un cierto" Guerin porque yo no conocía su existencia antes de esa alusión de Jules Simón, que fué el inaugurador de los dos monumentos, uno en Pontivy y otro en Nantes. Por lo demás, tal vez Guerin sea ampliamente merecedor de campear así en dos plazas, sobre dos pedestales de granito. ¿Hay alguien por ahí que sepa quién es Guerin? En Francia, para que un gran hombre consiga estatua, es esencial que haya dejado un hijo con influencia en la política o en la sociedad. Dumas, padre, arregló su monumento de la plaza Malesherbes, menos por causa de Artagnan que por causa de Dumas, hijo. Y Balzac, como no dejó hijo, no tiene estatua. Ni Chateaubriand. Ni Víctor Hugo. Quien tiene dos, en cambio, es Guerin.

Biblioteca Nacional de España

No sé si hablé ya del calor. Está asfixiante. Y lo que lo hace más duro de sufrir es la huelga de los cocheros. París está sin coches de alquiler, lo cual es, sobre todo en estos momentos, como el desierto sin camellos. Si en esta supercivilizada ciudad el servicio de ómnibus o de los *bonds* fuese fácil, exacto y rápido, la falta de carruajes no causaría disgustos, y hasta sería una saludable instigación a la economía. Mas el ómnibus y el *bond*, en París, son instituciones rudimentarias. Es más fácil para un parisién entrar en el cielo que en un ómnibus. Para obtener el lugar de la bienaventuranza, basta, según afirman todos los Santos Padres, tener caridad y humildad. Para obtener el sitio del ómnibus, estas dos grandes virtudes son inútiles y hasta contraproducentes. Antes bien, el egoísmo y la violencia. Después de conquistado el sitio, la otra dificultad insuperable es salir de él por aquel medio natural y lógico que consiste en apearse. Nunca se llega, sino cuando ya es necesario. Yo y un amigo partimos un día de la estación de Orleáns; yo, en el tren para Portugal; él, en el ómnibus para el "Arc de l'Etoile". Cuando yo llegué a Madrid, supe por un telegrama que mi amigo iba aún por la plaza de la Concordia. Pero iba bien. El ómnibus en París es el gran refugio y el local del enamoramiento. Cuanto más larga la jornada, más duradero, por lo tanto, el encanto. Mi amigo encontró en el ómnibus la criatura de sus sueños. Era una rubia con pecas prometedoras. Cuando, por fin, llegaron al Arco de la Estrella, eran novios o algo peor.

Biblioteca Nacional de España

Son estas pequeñas comodidades de la vida sentimental las que conservan la parroquia a los ómnibus.

Una de las causas, o más bien la causa de la huelga, es que los cocheros quieren ser funcionarios públicos. Ni más, ni menos. Su pretensión consiste en que la municipalidad de París se convierta en propietaria de los coches de plaza, y que pasen ellos, por lo tanto, a ser empleados municipales, con sueldos e inamovilidad. Cada carruaje constituirá así una verdadera oficina, de la cual el cochero será, en todos los aspectos, el director general. No sé lo que el público se lucraría en que incorporen todos los carruajes al carro central del Estado. El funcionario francés es un sujeto terriblemente estirado. El cochero de París ya es horriblemente impertinente. ¿Qué será cuando forme parte de la Administración? Añádase que la famosa Administración francesa envuelve y embaraza todos los actos de la vida del ciudadano con formalidades innumerables. Es peor que la Administración china, y menos pintoresca. Basta acordarse de que quien quiera canalizar gas para su casa, ha de implorar licencias sucesivas a veinte autoridades sucesivas, entre las cuales se cuenta el Ministro del Interior. Y después es casi seguro que, cuando los servicios de los coches de plaza pasen al Estado, el ciudadano que aspire a ocupar uno de esos coches públicos, habrá de hacer previamente una instancia en papel sellado. El cochero, por otra parte, ha de querer mantener su derecho de diferir o no diferir. Estoy, pues, viendo ya, en un día de diciem-

Biblioteca Nacional de España

bre, una familia a la hora del teatro con los pies en el lodo, presentando humildemente a un cochero su petición para ocupar el coche, y el digno funcionario, con las riendas bajo el brazo, después de recorrer el documento, contestando con superioridad: —*Indiferido por causa de la distancia y del mal tiempo.*

No sé por qué, hablando de ómnibus, me acuerdo de Víctor Hugo. Seguramente porque el divino poeta gustaba de recorrer su París, meditando y componiendo versos, en lo alto de esos pacienzudos vehículos.

Víctor Hugo publicó este mes un volumen más: *Toute la lyre*. Como el Cid, que ganaba batallas después de muerto; Hugo lanza cada año, desde dentro de su sepulcro, un radiante y victorioso poema. A propósito de éste, se discutió de nuevo si estas publicaciones póstumas de versos, que él en vida arrojaba a un lado, aumentan realmente la gloria poética. ¡Discusión ociosa! De fijo que no aumentan su gloria. Está ya consolidada y fija en su máximo esplendor con *Les Contemplations, La Legènde des siècles* y *Les Châtiments*. Mas aumentan vuestros conocimientos del poeta, revelando nuevos pensamientos, nuevas emociones o formas diferentes de expresar las emociones y los pensamientos que le eran familiares. Víctor Hugo era un gran espíritu que sentía y pensaba en verso. Cada verso nuevo que nos es descubier-

Biblioteca Nacional de España

to constituye, pues, un documento nuevo sobre el poeta, sobre su visión espiritual y sobre su verbo lírico. Ahora bien: cuantos más documentos se reúnan sobre un hombre de genio como Hugo, más complejo se hace el trabajo crítico sobre su individualidad y sobre su obra. Para alargar y completar el conocimiento de los grandes hombres, publícanse las cartas, todos los papeles íntimos, hasta las cuentas del sastre... Así se ha hecho con Lamartine, con Balzac, etcétera.

Aun hace poco se averiguó y probó con documentos el número de pares de medias de seda que Napoleón usaba cada año. Eran 365. Nadie se quejó. Fué un detalle histórico generalmente apreciado. Ahora bien: si para provecho de la Historia se ponen así en evidencia los calcetines de un grande hombre de guerra, que tiene rivales, es bien justificado que se publiquen los versos, todos los versos, hasta los menos interesantes, de un poeta que, sin discusión, es el mayor de todos en todos los siglos.

La moda, o, más bien, aquellos que la implantan, acaba de tomar una resolución sapientísima. París, de ahora en adelante, será considerado, para todos los efectos sociales, durante los meses de verano, como campo y no como ciudad. Es permitido, por lo tanto, pasear, hacer visitas, ir al teatro, etc., de sombrero de paja, chaqueta clara y botas blancas. Nada más jus-

Biblioteca Nacional de España

to. Era absurdo, en efecto, que París nos sirviese treinta grados a la sombra y que los parisienses continuasen sufriendo la tiranía del sobretodo apretado y de la dura chistera. La moda debiera ir más lejos y permitir la pampanilla (1). El vestuario fué inventado por causa de la temperatura, y debe, por lo tanto, variar con ella armónicamente. La nieve pide pieles, pieles suplementarias, arrancadas a los animales. El sol del Senegal—o de París, en julio—sólo pide la propia piel, sin nada más, fuera de una hoja de parra. Esta sería la lógica de las cosas. La moda no osó ser tan radical, y sólo llegó a la paja y a la alpaca.

Mas es ya un primer paso en la senda del buen sentido. Dentro de un año, tal vez nos sea permitido ir a la Opera como debiéramos ir, en mangas de camisa. Allá en Río de Janeiro, según me afirman, hasta en verano se anda de levita de paño. Es un lamentable exceso de decoro social. Aun se comprendía en tiempo del Imperio, cuando la constante levita negra del Emperador dominaba en las instituciones y, por lo tanto, determinaba los trajes. Hoy, la República debía extinguir ese verdadero vestigio del antiguo régimen y derribar la tiranía del paño y del sombrero de copa. Estoy convencido, incluso, de que esa gran reforma influiría ventajosamente en el estado de los espíritus. Un pueblo que con cuarenta grados de calor anda entallado en paños obscuros y sobrecargado con un sombrero alto de ceremonia, es necesariamen-

(1) Especie de taparrabos que se ciñen al cuerpo los negros africanos.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

te un pueblo constreñido, lleno de un vago malestar, propenso a la melancolía y al descontento político. Que a ese pueblo le sea permitido poner en la cabeza un fresco sombrero de paja y refrigerar el cuerpo con *cheviots* (1) claros, alegres y leves, y respirará consolado, y todo, desde luego, parecerá apacible en la vida y en el Estado.

(1) Paño especial hecho con tejidos de carneros de la colina de Cheviot (Escocia).—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

V

EL 14 DE JULIO.—FIESTAS OFICIALES.—SIAM

París está disgustado con la República. Y para mostrar bien visiblemente su despecho, no colgó banderas en sus balcones, no iluminó, no danzó y no gritó en la fiesta nacional del 14 de julio. Nunca tuvimos, en efecto, un 14 de julio más silencioso, más apagado, más vacío, más descontento; añadiéndose que el sol también se enfurruñó y el horizonte apareció colgado de largas y foscas nubes de crespón. En las calles desiertas, con su polvareda inviolada, sólo aquí y allá ondeaba alguna bandera tricolor arrugada, del balcón de las oficinas o de los cafés. Ninguna garganta entusiasmada entonó roncamente *La Marsellesa*. Las filas de *fiacres* dormían en las esquinas. Y el séquito del Sr. Carnot y de los grandes Cuerpos del Estado, al retirarse de la revista de Longchamps hacia los Campos Elíseos, entre escuadrones de coraceros, tenía la lentitud y la gravedad aburrida de un entierro cívico.

Ni un "¡vive Carnot!" ¡Ni un aplauso al viejo Saussier, gobernador militar de París, y a su muy emplumado Estado Mayor! Y cuando París no aplaude los penachos, es que París está realmente aburrido.

Biblioteca Nacional de España

Tal taciturnidad, tal apatía, no proviene sólo de que los parisienses estén despechados porque la Policía republicana y el Gobierno republicano los acuchillaran bárbaramente. Es cierto que en cada barrio se formó una Comisión para *desorganizar* la fiesta y promover una melancolía de protesta; pero esas Comisiones sólo impidieron luminarias, que ya estaban decididas a no iluminar, y sólo encerraron en las cornisas banderas que realmente nunca habían intentado tremolar. La verdad es que París y Francia cada vez se interesan menos por la fiesta del 14 de julio. Nunca fué esencialmente popular. Si el pueblo bailaba, es porque el Estado le situaba una orquesta en las plazas, entre linternas chinas; y dondequiera que haya una flauta y un clarinete, con luces entre el verdor, inmediatamente muchachas y muchachos se enlazarán para una polka. Pero espontáneamente, si el Estado no proporcionase la orquesta (como sucedía desde los últimos años), no hay pueblo que la alquile y que baile sólo porque en cierto día, hace cien años, se derribó cierta fortaleza. ¿En qué puede la toma de la Bastilla entusiasmar al pueblo? Quieren decir que era la suma y el símbolo del despotismo monárquico y del derecho divino. Pero ese despotismo sólo se ejercía en la Bastilla sobre los aristócratas. La plebe no disfrutaba del honor de ser encarcelada en la Bastilla. Si su destrucción debe regocijar a una clase, será a la clase noble, la aristocracia del barrio Saint Germain. A esa competía alquilar la orquesta y bailar polkas el día 14 de julio. En vez de

Biblioteca Nacional de España

eso, la aristocracia, en esa fecha gloriosa, vuelve el semblante con tedio, cierra las vidrieras, huye al campo, a esconderse en los bosques. Lamenta, por lo tanto, la pérdida de la Bastilla. Querría aun, en medio de París, las cuatro grandes torres donde pudiese ser sepultada *pro vitâ* al arbitrio del Rey. Ahora bien: si la aristocracia, que es la interesada, no se regocija con el día que la libertó, ¿por qué se ha de regocijar el pueblo de París?...

A más de eso, fiestas decretadas, impuestas por la ley, nunca se hacen populares ni duran, porque son horriblemente ficticias. Es lo que sucede con los aniversarios de las Constituciones. En los primeros tiempos, cuando aun viven los hombres que hicieron las Constituciones, allá se van poniendo por las ventanas algunos rollos de banderas y allá se encienden algunos centenares de linternas, que hacen salir por la noche a la calle a las familias "para disfrutar de la iluminación". Después, los años pasan; poco a poco se va olvidando el hecho mismo de que existe una Constitución; el Municipio disminuye las lamparillas; ya nadie sale a la calle, y la fecha gloriosa queda interesando a los estudiantes, que tienen día feriado. En Lisboa, la fiesta de la proclamación de la Carta Constitucional está reducida a cuatro lamparones muy empañados y muy tristes que se cuelgan en lo alto del castillo de San Jorge. Ya nadie sabe

Biblioteca Nacional de España

siquiera que hay una fiesta. En realidad de verdad, ya nadie sabe que hay una Carta Constitucional.

Fiestas nacionales, fiestas para celebrar una idea o un hecho histórico, nunca causarán entusiasmo en el pueblo, ni le tornarán festivo, porque el pueblo no se interesa ni con las ideas ni con la historia, y es por naturaleza *simplista;* sólo se mueve por sentimientos sencillos e individuales, y así como sólo se aficiona a los individuos, sólo comprende fiestas celebradas en honor de individuos. Para el pueblo, los santos, los santos populares y demócratas, como San Pedro, San Juan, San Antonio, son individuos que él conoce, con quienes conversa en las oraciones, con quienes convive, a quienes tiene dentro de casa, en un altarcito doméstico, y de quienes recibe constantemente servicios y patrocinios. La vida de esos santos, sus hazañas, su faz barbuda o rasurada, sus vestidos, sus atributos, todo le es familiar; y son como verdaderas personas de familia, ligadas a toda la historia doméstica, y por ello profundamente amadas. Cuando llega el día de su fiesta, "su cumpleaños", se arreglan con genuino fervor ramos de flores y se cocina el plato de dulce, y se encienden por la noche luminarias y se danza en la plaza y se disparan alegres cohetes. La holganza de cada hogar constituye el festival de toda la ciudad; y es el dulce amigo, el patrono que está en el cielo, a quien se celebra con cariño en la certeza de que ve la fiesta y se mezcla a ella desde lo alto de las nubes, y sonríe de gratitud y ternura a sus amigos de la tierra. Mas si en vez de San Juan o San Pe-

Biblioteca Nacional de España

dro fuese impuesto al pueblo el deber de celebrar un gran acontecimiento de la Iglesia, como la conversión de Constantino o los artículos del Concilio de Nicea, no habría ni una luminaria ni un cohete. Y el pueblo diría con razón: "San Juan es un amigo mío, muy íntimo, cuya imagen yo tengo a la cabecera, a quien debo favores y a quien festejo con inmenso placer; pero esa Nicea, que yo no sé dónde está, y ese Constantino, con quien nunca trabé relaciones, no valen para mí el precio de una lamparilla."

Es lo que sucede con las fiestas nacionales por acontecimientos públicos. Pertenecen demasiado al dominio de los principios y de los movimientos sociales para que el pueblo, que es muy individualista, sienta por ellos la menor partícula de entusiasmo o de cariño. Para que la República pudiese tener una gran fiesta, debía organizarla en favor de un gran republicano. Mas ahí está la dificultad. ¿Qué gran republicano? Ninguno reúne la admiración unánime.

Si se decretase la fiesta de Robespierre, todos los liberales girondinos protestarían con furor, y habría sangre.

Si se decretase la fiesta de Danton, todos los jacobinos autoritarios saldrían a la calle con bastones. En verdad os digo que sólo el cielo nos envuelve a todos, y que sólo San Juan puede ser festejado sin descontentar a nadie.

Hay, a lo que parece, una grave, muy grave nove-

Biblioteca Nacional de España

dad internacional. Francia e Inglaterra están enfadadas. Más aun: están frunciendo terriblemente el entrecejo una para otra, y hablando con acritud de *casus belli*. Este latín, que significaba antaño "caso de guerra", quiere decir hoy solamente, en el moderno lenguaje internacional, que dos amigos se enfadan, se tratan de "pillos y mal criados", se enseñan mutuamente los puños y mutuamente se vuelven las espaldas.

Este rompimiento de relaciones entre Francia e Inglaterra tiene por motivo Siam. Siam es un reino del Extremo Oriente, muy rico y, por lo tanto, muy apetecible. Tiene un rey bastante curioso, según se desprende de la fotografía; porque de la cintura para arriba anda vestido a la china y de la cintura para abajo, a lo Luis XV... Y todo el reino, a lo que dicen, participa así de Asia y de Europa. Sus fortalezas ofrecen una arquitectura fantástica, de magia; y están armadas de cañones Krupp. A más de su rey, Siam posee toda suerte de riquezas naturales, en plantaciones y en minas. Es, por lo tanto, un delicioso y provechoso país para poseerlo. Si yo tuviese medios de apoderarme de Siam, ya ese reino sería mío, y yo ejercería allá mis derechos de conquistador, con dulzura y magnanimidad. Mas no tengo medios de apoderarme de Siam. Francia los tiene; Inglaterra, también. Y ambas, muy naturalmente, se encuentran hace años en esos confines de Oriente, una al lado de otra, con la mirada golosa clavada sobre Siam. Yo no las censuro. Yo mismo, como dije, si poseyese

Biblioteca Nacional de España

ejércitos y flotas, me habría ya embolsado Siam. El animal inconsciente fué puesto sobre la tierra para nutrir al animal pensante; y por eso con bueyes se hacen chuletas. Los países orientales están hechos para enriquecer a los países occidentales, y por eso, con los Egiptos, los Túneces, los Tonkines, las Cochinchinas, los Siams, se hacen para Inglaterra y Francia buenas y pingües colonias. Yo soy civilizado; tú eres bárbaro; luego dame acá primeramente tu oro y después trabaja para mí. La cuestión toda está en definir bien lo que es ser civilizado. Antiguamente se pensaba que era concebir de un modo superior un arte, una filosofía y una religión. Pero como los pueblos orientales tienen una religión, una filosofía o un arte, mejores o tan buenos como los de los occidentales, nosotros alteramos la definición y decimos ahora que ser civilizado es poseer valiosos navíos, acorazados y muchos cañones Krupp. Tú no tienes cañones, ni acorazados; luego eres bárbaro; estás maduro para vasallo, y yo voy sobre ti. Y este ha sido, en realidad, ¡oh, Dios mío!, el verdadero derecho internacional desde Radamés y el viejo Egipto. ¿Qué digo? Desde Caín y Abel.

Sin embargo, en virtud de un respeto innato a las exterioridades (que data de la hoja de parra), los hombres crearon al lado de este descarado derecho internacional; otro: el derecho ceremonial, todo lleno de fórmulas y de reverencias; y, según el cual, no es lícito a cualquier nación apoderarse de otra con la sencillez con que en una carretera un muchacho coge

Biblioteca Nacional de España

una fruta. Hoy está establecido entre los pueblos civilizados que para que el fuerte ataque al débil es necesario tener un pretexto. Tal es el gran progreso adquirido.

Ahora, Francia acaba de hallar con júbilo inmenso el pretexto para caer sobre Siam. El pretexto es múltiple y complicado. Hay una vaga cuestión de frontera en una región llamada Mekong; hay un cañonero que iba remontando un río y que recibió un tiro siamés; hay un marinero que fué preso o que cayó al agua; hay unos siameses que berrearon *¡hu! ¡hu!* Todo esto es gravísimo. Parece también (y eso desgraciadamente es doloroso) que hubo hace tiempo un negociante francés secuestrado. Y, sobre todo, sucedió que unos oficiales siameses enarbolaron la bandera de Siam por encima de la bandera de Francia. Si no fueron ellos, fueron sus padres, como dijo el lobo al cordero. En fin, lo que es cierto, es que el pueblo francés necesita, para su honra, vengar la afrenta hecha al pabellón tricolor. Y no hay duda de que los días de Siam acabaron. Francia tiene su pretexto. ¡Adiós mi buen rey de Siam, vestido de la cintura para arriba a la china y de la cintura para abajo a lo Luis XV!...

Calculen, pues, el furor de Inglaterra. Hacía mucho tiempo que se instalara al pie de Siam, en espera de un pretexto para devorar aquel magnífico pedazo de Oriente, y es la Francia, la nación rival entre todas, la que aprovecha el pretexto. Es contra Francia, y no contra ella, contra quienes los siameses berrea-

Biblioteca Nacional de España

ron *¡hu! ¡hu!* Es sobre la bandera de Francia, no sobre la de ella, sobre la que los siameses izaron impúdicamente la bandera de Siam. Es Francia, en fin, la que está en deliciosa posesión de estas afrentas, la que saborea la felicidad preciosa de ser insultada, y la que, por lo tanto, tiene el costoso derecho de vengarse. Tanta fortuna no debe ser tolerada, e Inglaterra no la tolera. Y ya lo declaró a través de sus periódicos, a través de su Parlamento: "Toda vez que, en esta ocasión, Siam no puede ser para mí, tampoco será para ti... Que Francia haga lo que juzgue necesario a su honor; pero que no toque, ni con una flor, en la independencia de Siam. La autonomía de Siam es cosa sagrada. El mundo, para mantenerse en equilibrio, necesita que Siam sea libre. Siam, sólo para Siam, desde el momento en que no puede ser para Inglaterra. Y si Francia atenta contra la independencia de Siam, a las armas..."

He ahí lo que dice, en un decir, más diplomático y solemne, aquel excelente John Bull.

Y aquí está como de repente, por causa de un pedazo de tierra y de un poco de minería, dos grandes naciones, guardianes fieles de la civilización y de la paz, se amenazan, ladran, se embisten como dos simples perros vagos delante de un hueso.

Lo que prueba una vez más la suprema unidad del Universo, puesto que naciones, hombres y perros, todos tienen el mismo instinto, el mismo pecado de gula, y delante del hueso, el mismo olvido de toda justicia.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VI

FRANCIA Y SIAM

Francia comenzó, por fin, a devorar a Siam. Este ingenuo, amable y pálido pueblo recibió hace cuatro o cinco días un *ultimatum,* en que era intimado a entregar sin demora a Francia una inmensa porción de su territorio y una no pequeña porción de su dinero. Según la prudente manera de los orientales, el pueblo de Siam ni consintió ni rechazó. Con aquella mansedumbre y humildad que tan propia es de budhistas y fatalistas, replicó que no comprendía bien las exigencias de Francia, que apetecía la paz, que por amor a ella estaba dispuesta a dar algún dinero, pero no tanto, y a abandonar algún territorio, pero no tan vasto.

Antaño, cuando las costumbres internacionales eran más dulces y complacientes, y los pueblos orientales gozaban aún (por ser menos conocidos) de una feliz reputación de lealtad, esta discreta respuesta habría dado motivo a nuevas negociaciones, nuevos telegramas, inacabables conversaciones de embajadores.

Hoy las maneras internacionales son más bruscas y rudas; los países de Oriente tienen una deplorable fama de duplicidad y falsedad y Francia, sin dete-

Biblioteca Nacional de España

nerse en más explicaciones con el infeliz Siam, bloqueó sus costas e hizo marchar sobre las provincias del interior sus tropas coloniales de Cochinchina.

Ante estos actos, el furor de los ingleses ha sido tremendo. Pero es un furor únicamente de políticos, de periodistas y de comerciantes que tenían grandes negocios con Siam. El pueblo, la masa del pueblo, permanece indiferente. No tiene sentimiento alguno hacia Siam; no cree que sea indispensable a la felicidad de Inglaterra; no comprende por qué Inglaterra codicia aún más tierras en Oriente, y ve a Francia caer sobre Siam, sin que eso le irrite el patriotismo ni le haga amarga la cerveza. Ahora bien: en Inglaterra, que es una verdadera democracia, cuando el pueblo se desentiende de una cuestión, los políticos y los periodistas han de abandonarla también, porque allí no se crean artificialmente corrientes de opinión; y el Gobierno que provocase un conflicto europeo sin apoyarse en un fuerte sentimiento popular, no duraría más que las rosas de Malherbe, que, como todos sabemos, sólo duran el espacio de una mañana.

¡No! No hay posibilidad hoy día de que dos naciones europeas se batan por causa de tierras coloniales. Los europeos sólo se mueven por intereses o sentimientos europeos, y sólo por ellos desenvainan la espada.

Para cuestiones de colonias ya están los congresos y los tribunales de arbitraje. Y una señora que, últimamente, en un salón, consideraba la cosa más pueril y más grotesca que dos naciones tan elegantes como

Biblioteca Nacional de España

Francia e Inglaterra se batiesen por causa de "bichos tan feos como los siameses", establecía, sin saberlo, la verdadera doctrina del siglo. Cuando Francia e Inglaterra no vinieron a las manos por causa de Egipto, que es la joya del mundo, la tierra preciosa entre todas, por la cual se han desgarrado todos los pueblos desde el diluvio, no hay temor de que jamás dos naciones de Europa quiebren la dulce paz por causa de intereses orientales.

De suerte que todas las declaraciones de los periódicos sobre guerra son un mero desahogo de retórica heroica. Y como no hay el menor peligro (y ellos lo saben perfectamente) de llegar a la buena cuchillada, no es desagradable en estos ociosos días de verano tronar desde lo alto, con el entrecejo fruncido y la mano en la empuñadura del sable. Así se va gastando a regañadientes alguna tinta, sin miedo de que se venga a verter sangre.

***

En todo caso, en estas rivalidades coloniales entre Francia e Inglaterra, yo pienso que Inglaterra tiene, en principio, más derecho. Cuando se apodera de uno de esos desgraciados reinos de Oriente (como Birmania, hace poco), sabe, al menos, cómo ha de utilizar y valorizar su conquista.

En primer lugar, tiene en seguida un número ilimitado de hombres enérgicos y emprendedores, que, o solos o con sus familias, embarcarán para ir a po-

Biblioteca Nacional de España

blar, colonizar, cultivar, industrializar y por todos los medios explotar la nueva tierra inglesa. Después tiene una prodigiosa cantidad de productos fabriles para exportar y vender allá sin competencia. Después tiene una colosal flota mercante para hacer con la nueva posesión un comercio activo y continuo. Y, por fin, tiene una formidable flota de guerra para defender su adquisición. Francia no tiene nada de esto; ni flota, ni productos, ni hombres. No tiene, sobre todo, hombres, porque la población de Francia no basta siquiera para Francia. Cuando se apodera violentamente de Túnez o del Tonkín, el único acto colonial que después practica es enviar a la reciente colonia algunos soldados y muchos empleados públicos. Francia hace conquistas para exportar amanuenses. En Tonkín, por ejemplo, posee ocultas riquezas maravillosas en el suelo; pero no tiene colonos que las vayan a explotar. La expansión colonial de Francia no da así lucro ninguno o ampliaciones a la civilización general. Sólo promueve a través de los mares un traslado de amanuenses aburridos y disgustados. Por el contrario, cada palmo de tierra que Inglaterra ocupa, entra en el movimiento universal de la industria y del comercio.

Inglaterra tiene virilidad colonial, y Francia sólo tiene impotencia. Cuando un hombre joven, robusto, activo, penetra en una aldea y roba a una linda muchachita, comete de fijo un acto escandaloso y que todos deben condenar con severidad. Mas ese hombre valiente tiene una justificación, un motivo que se

Biblioteca Nacional de España

comprende (y con el cual hasta se simpatiza); y si de ese enlace, lamentablemente ilegítimo, naciesen hijos sanos, fuertes, activos, hay allí un positivo lucro para la humanidad y para la civilización. Cuando es un viejo de ochenta años, yerto, caquéctico y babándose, el que penetra en la aldea y roba a la linda moza, estamos entonces delante de un escándalo que no tiene justificación posible. Es un escándalo ignominiosamente estéril. Nada lucra con él la humanidad ni el viejo. Y sólo podemos cruzar los brazos con indignación, y exclamar: "¿Para qué quiere aquel viejo aquella moza?"

Es lo que exclamamos ahora, también cruzando los brazos: "¿Para qué quiere esta Francia aquel Siam?"

Yo tengo un amigo que estuvo en ese pobre Siam, hospedado por el Rey en el palacio, y cuenta detalles muy pintorescos.

Todo el reino de Siam pertenece al Rey tan completamente como ahí (1) una hacienda de café pertenece al hacendado. El Rey es dueño del suelo, de los edificios, de los habitantes y de la riqueza de los habitantes. Puede, si quiere, donar, hipotecar, trocar o

(1) No olvidemos nunca que estas cartas en su primitiva redacción (que el autor no pudo revisar porque ya había muerto al publicarse en volumen) eran escritas para periódicos del Brasil (de São Paulo y Río de Janeiro).—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

vender el reino con todo lo que está dentro de las fronteras.

Es una posesión agradable. El pueblo, por su parte, considera al Rey, no como su dueño, sino como su dios. Y la fórmula religiosa (como si dijésemos, el artículo de la Constitución) que define las relaciones y deberes entre pueblo y Rey, es ésta: "Del Rey recibe el pueblo la vida, el movimiento y el ser."

El Rey tiene un nombre inmenso; llámase Prabat-Tomedetch-Pra-Parammdir, etc., etc. Todo él no cabría en cincuenta líneas. Y cada vez que se habla del Rey (sólo los nobles gozan de ese privilegio), es de etiqueta invocarlo con el nombre todo.

Una conversación con Su Majestad dura así largas y largas horas por causa del nombre. En realidad, la más laboriosa y pesada ocupación de la corte es pronunciar el nombre del Rey.

Personalmente, el Rey es un hombre excelente, culto, afable, gracioso, bondadoso y hasta guapo para ser siamés.

Sus modales tienen nobleza. Lo que le echa a perder es su ilimitado poder, su posición de divinidad y la prodigiosa e inverosímil adulación que le rodea. Así, es una regla, cumplida con fervor, que todo siamés que tiene una hija bonita la dé como regalo al Rey. Sus concubinas oficiales exceden en número a las de Salomón. Son a millares. Y el Rey, a pesar de ser joven, de no contar aún cuarenta años, ya tiene ¡ciento ochenta y tantos hijos!... Todos ellos, esposas e hijos, viven en el palacio, que ofrece las pro-

Biblioteca Nacional de España

porciones de una vasta ciudad. Hay calles enteras de esposas. Hay barrios enteros de hijos. Toda esta inmensa familia vive con un lujo inmenso, y el Rey, a pesar de disponer de todas las riquezas de Siam como suyas, está horriblemente empeñado en Londres. A veces, sin embargo, él mismo procura hacer economías; y así ocurrió que en el momento en que mi amigo estaba en Siam, el Rey dió órdenes para que, por economía, no se herrasen más los caballos de las caballerizas. Había cien jinetes: eran cien herraduras ahorradas. ¡He aquí un rasgo bien siamés!...

El Rey nunca sale de palacio; no conoce su reino; sólo conoce su capital, que es Bangkok. Cuando por acaso da un paseo, es una gran fiesta, una gran gala. Las calles son allanadas y aireadas; píntanse las casas de fresco; los canales (porque Bangkok se asemeja a Venecia) reciben una rápida limpieza; toda la población se lava y se atusa y se cubre de joyas, y para que no llueva se celebran rogativas en los templos. Después el Rey se recoge, y por muchos y muchos meses Bangkok recae en su usual porquería y abandono. Si no hay palacio, no hay aseo. Por lo demás, el palacio es la nación.

Mas ¡basta de Siam! La culpa es de París, que no se quiere ocupar sino de este remoto reino, cuya existencia él ignoraba aún hace ocho días. Porque el francés, y sobre todo el parisiense, continúa siendo

Biblioteca Nacional de España

aquel que Gœthe describió (1): "Un individuo de muchos cumplidos que no sabe Geografía." Y tal vez para enseñar Geografía al pueblo francés es por lo que su Gobierno emprende conquistas. Para que fuera de Europa conozca una nación, el Gobierno hace de ella previamente una colonia.

Así se irá ampliando la instrucción geográfica en Francia. Y con las adquisiciones coloniales hechas en este siglo, ya el francés, cuando se le pregunte cuántas son las partes del mundo, podrá (lo que antaño no podía) responder, con un saber exacto y fuerte:

"Cinco: la Europa, la Argelia, Túnez, el Tonkín y Siam..."

(1) Paréceme que debo rectificar a Eça de Queiroz, sin que ello implique falta de respeto. No fué Gœthe, sino Bismarck, quien dió esa definición pintoresca y generalizadora. La frase está algo cambiada. Es así, literalmente: *Le Français, c'est un monsieur decoré qui ne saît pas la Geographie.—N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

VII

LA CUESTION BULOZ.—LA REVISTA DE AMBOS MUNDOS.—PARIS EN EL VERANO

Por fin, el Siam cedió—y muy avisadamente—, para evitar la inmensa necedad de batirse (lo que es extremadamente penoso en verano para un oriental de hábitos dulces y lánguidos); para evitar también el horrible fastidio de ser vencido y tal vez destronado, el Rey de Siam entregó a Francia, incondicionalmente, todos los millones y todas las provincias que ella reclamaba "para vengar su honra".

Puede, pues, ese excelente y ameno monarca continuar plácidamente educando en las ideas de la civilización occidental (de que él acaba de tener una tan directa experiencia) a sus ciento ochenta hijos. Y Siam desaparece de las preocupaciones del mundo. Ya era tiempo; hacía semanas que se abandonaban los grandes asuntos, los que verdaderamente interesan a la humanidad, como el caso del Sr. Buloz.

No sé si conocen la cuestión Buloz. Pues es una cuestión tremenda. Basta ver cómo diariamente los periódicos la repiten, la sondan en todos sus escondrijos, anuncian su evolución, profetizan sus soluciones, hacen depender de ella los destinos de las

Biblioteca Nacional de España

buenas letras francesas. No hay nadie que no conozca a Buloz. Por lo menos, nadie debe ignorar su nombre en esos "dos mundos" a quienes él esclarece, educa y entretiene cada quince días, por medio de su ilustre y famosa *Revista*. Porque es de él de quien se trata, de Buloz, del verdadero Buloz, del único Buloz, de Buloz, director de la *Revista de Ambos Mundos*.

¡Qué recuerdos nos trae de nuestra mocedad este nombre de Buloz!... Ninguno había entonces que nosotros pronunciásemos con más alegre horror, porque él representaba, para nuestro grupo revolucionario y entusiasta de las formas nuevas y audaces, todo cuanto en la literatura había de más conservador y más burgués. Toda aquella su ponderada y seria *Revista de Ambos Mundos* nos parecía entonces exhalar un olor horrendo a moho y a letras muertas.

Y escribir en la *Revista*, pertenecer a la *Revista*, para nosotros era una manera especial de ser fósil. ¡Cuántos motes pintorescos puestos a esa majestuosa *Revista!* ¡Cuántas fantasías edificadas sobre su facultad de adormecer y de embrutecer! Un amigo nuestro compuso un cuento en que el héroe, arrastrado por un amor sincero, y deseando la muerte, escogía, en vez de un frasco de láudano, un número de la *Revista de Ambos Mundos*, y al llegar a las últimas páginas, a la "Crónica de la política extranjera", sumergíase en el sueño eterno. Aun me acuerdo de una definición de la *Revista*, dada por uno de nos-

Biblioteca Nacional de España

otros: "Una publicación color de ladrillo, que tiene dos lectores en El Havre..."

Todo esto era excesivo e injusto. La *Revista*, en verdad, tenía lectores por todo el mundo; y, como se sabe y ya se ha dicho, todo el mundo es un sujeto que tiene más ingenio que Voltaire. Con sus treinta años de valiente existencia, era ya entonces una amplia y fecunda removedora de ideas y de hechos; y no había, por lo demás, ningún francés, desde Alfred de Musset, que no hubiese cometido ese acto, para nosotros tan vergonzoso: escribir en la *Revista*. Todos habían escrito, hasta Murger, el bohemio. Nosotros, sin embargo, sólo comenzamos a desarmar nuestro rencor cuando ella publicó versos de los dos grandes ídolos de nuestra generación: Léconte de Lisle y Beaudelaire. Es verdad que los versos de Beaudelaire (1), sacados de *Las Flores del Mal*, fueron presentados al público con la punta de las tenazas, por decirlo así, y con enormes precauciones sanitarias. Había por debajo de los versos una nota de la Dirección, muy enojada, en que rechazaba cualquier solidaridad con semejante infección, y juraba que sólo la exhibía como una lección moral para mostrar a qué excesos y desórdenes puede arrastrar la literatura cuando sacude audazmente la saludable disciplina y las buenas reglas de Boileau. Pero, al fin,

(1) Conservo la ortografía caprichosa que atribuye Eça al apellido del autor de *Les Fleurs du mal*, ortografía que, por cierto, según he leído en un crítico francés, tenía el priviegio de enojar horriblemente a *Baudelaire*.—*Nota del traductor.*

Biblioteca Nacional de España

publicaba Beaudelaire (y aun algunos de los versos más temerarios); y esta concesión, este comienzo de homenaje tributado al Satanismo (el Satanismo era entonces una escuela, y todos nosotros nos considerábamos satánicos), endulzó un poco nuestras relaciones intelectuales con la *Revista*. Modificamos incluso la definición irreverente. Era entonces "¡una publicación color de salmón, que ya tenía dos lectores en el Infierno!"

Tan persistentes son las impresiones de mocedad, que aun hoy no veo yo la *Revista de Ambos Mundos* sin un sentimiento vago e inexplicable de tedio. Sé perfectamente que está llena de buen sentido y de sabiduría especializada, posee un lenguaje sobrio y puro, tiene mucha elegancia y finura académica, y a veces se encuentra aquí o allá un soplo de fuerte originalidad. Pero... Su presencia es para mí como la de una grave matrona, obesa, rica, bien instalada en el mundo, cuyos labios descoloridos, faltos de sangre viva, sólo dejan caer con un arte discreto lo que está absolutamente dentro del decoro y de la tradición. No dudo que la convivencia con esa matrona sea saludable, provechosa y conducente a buenas ventajas sociales; pero prefiero, aun así, una musa alegre del *Quartier Latin*. Es tal vez para fingirme a mí mismo que aun soy joven.

Por eso leí con cierta alegría maliciosa, en las gacetas, que el Sr. Buloz, y con él la pudibunda *Re-*

Biblioteca Nacional de España

vista de Ambos Mundos, se hallaban envueltos en un escándalo de amores y de intrigas. ¡Cómo! Ella, la *Revista,* que con tan austera altivez denunciara tantos años a Zola a la execración pública, ¡chapuzada ahora hasta el pescuezo en una aventura escabrosa! ¿Cómo así? Buloz, el propio Buloz, que ejercía una tan severa policía dentro de su *Revista,* que escudriñaba todas las novelas con temor de que allí estallase en algún rincón un beso más voraz, que perseguía rencorosamente, con la férula de su honestidad y en nombre del "pudor doméstico", toda la literatura de observación sincera y libre, ¡helo ahí ahora por tierra, enredado en faldas ligeras e ilegítimas! ¿Cómo así? Y todo esto, por el contraste eterno entre lo que fray Tomás predica y lo que fray Tomás hace, parecíame divertido.

Después, mejor informado, lamenté sinceramente al excelente Buloz y a la excelente *Revista.* Porque no había aquí realmente una novela de esas que el propio Buloz condenaba sombríamente como "infectas", sino un robo, un largo y abyecto robo, organizado contra Buloz y, por lo tanto, contra la *Revista,* de que él es la encarnación viva, por dos de esos horribles personajes a quienes Balzac llamaba impropiamente "los tiburones de París". Tiburones, sí, en el sentido de nadar ansiosamente en el océano parisiense a cata de alguna presa. Pero eso mismo lo hacen todos los peces, en el mar y en París.

Los tiburones, sin embargo (y ese es su rasgo característico), engullen indiferentemente y con igual

Biblioteca Nacional de España

apetito una vieja botella vacía o un gordo y suculento pescado; y estos tiburones de París, de que habla Balzac, escogen con cuidado la presa, y sólo arremeten contra ella cuando ella es tan suculenta y gorda como Buloz.

El caso, tal como aparece, a través de tantas versiones y hasta de tantas ficciones, es lamentable. Buloz, hace años, en medio del camino de su vida (como dice Dante, que tiene un modo incomparablemente magnífico de contar estos casos), encontró a una muchacha. No era una Beatriz, sino una fulana cualquiera, que ni siquiera tenía belleza justificativa. Pero cuando se ha vivido durante veinte años dentro de la *Revista de Ambos Mundos*, todo semblante joven, con un poco de lumbre en los ojos, parece una visión de alto esplendor. Buloz, a pesar de ser director de revista, era hombre, y sensible. Tuvo en una hora nefasta (¡tal vez entre dos artículos de Charles de Mazade!) una de aquellas tentaciones que, a creer a San Agustín, ningún alma, ni siquiera robustecida en la constante convivencia de los Broglie y los Remusat, evita o vence...

Buloz cedió, o, más bien, la muchachita cedió. (Y el ingrato Buloz sostiene ahora, en confidencias que hizo a un reporter de *Le Gaulois*, que "fué una sosería".) Sosería o delicia, desde ese momento pasó a ser el hombre más explotado de toda la cristiandad y aun de toda la morisma. Pagó, naturalísimamente, las *toilettes* de la muchacha y de la familia de la muchacha; amuebló para la muchacha una casa en el

Biblioteca Nacional de España

campo y una casa en la ciudad, y, para hacerla más respetable y robustecer su posición en la sociedad, dió una dote y un marido a la muchacha.

Educado en el idealismo incorregible de las novelas de la *Revista*, imaginaba Buloz que, habiendo suministrado la dote y el marido, había liquidado para siempre el error sentimental de su vida. Buloz ignoraba la realidad humana, y, sobre todo, la parisiense. Desde ese instante, la muchacha y el marido tomaron posesión definitiva de Buloz. Amenazando al desventurado señor con revelar "su infamia de seductor" a Mme. Buloz y a la *Revista de Ambos Mundos*, la horrenda pareja se dedicaba a saquear a Buloz como se saquea una ciudad conquistada.

Al principio con método, con orden, mensualmente. A primeros de mes, los dos bandidos presentaban la cuenta de su silencio, y Buloz pagaba puntualmente el silencio de los dos bandidos. Después las exigencias fueron más urgentes y tumultuosas. El comer es lo que estimula el apetito. La abominable pareja quería reunir rápidamente una fortuna; y cada día entonces, a veces hasta dos veces por día, Buloz recibía la reclamación de nuevas sumas a pagar. Y pagaba para mantener intacta en el mundo, con su posición doméstica, su situación social de director grave de una revista grave. Estaba casi arruinado, y la muchacha y el marido no estaban saciados. Por el contrario, hartos de las sumas menudas "que no lucen", querían la suma enorme, y con amenazas más feroces forzaron al infeliz señor a firmar una

Biblioteca Nacional de España

carta promisoria de cerca de "setecientos mil francos".

¡Buloz ya había dado más de un millón! Según él afirma, Buloz se quejó a la Policía. Pero, a lo que parece, los dos bandidos, por lo mismo que estaban ricos, habían adquirido ya respetabilidad y amigos. Había considerables influencias que les protegían contra las querellas de Buloz; influencias tal vez pagadas con el dinero sacado a Buloz. "Alianza de tiburones", como diría Balzac. El hecho es que la policía se mantuvo en una magistral indiferencia. Entonces, un día, atontado y desesperado, Buloz fué a contarlo todo a su mujer y a su *Revista*. Inmediatamente, implacablemente, Mme. Buloz se separó de su marido, y la *Revista de Ambos Mundos* se separó de su director. Y el grave escándalo doméstico y literario estalló sobre París.

¿Qué hará, en definitiva, Mme. Buloz? Sobre todo, ¿qué hará, en definitiva, la *Revista de Ambos Mundos?*... Esta era, durante varias semanas, la ansiosa interrogación de París, que, más que ninguna otra ciudad de Europa, se compone de comadres murmuradoras. La solución no se retardó, y fué cruel.

Una sentencia del Tribunal de los divorcios pronunció secamente el divorcio entre Buloz y Madame Buloz. Y una Junta de accionistas de la *Revista* pronunció igualmente el divorcio entre la casta *Revista de Ambos Mundos* y su galante director Buloz. Así, Buloz, al final de su vida, pierde su mujer y su *Revista*. ¿Y por qué? Por haber sido robado abyecta-

Biblioteca Nacional de España

mente, durante dos años, por dos odiosos bandidos. Esos son los que no perderán nada, los bandidos; ni siquiera la consideración de su barrio, porque durante todo el escándalo ni siquiera fueron pronunciados sus nombres, a la manera de nombres sagrados. Tal es París.

Sobre la resolución de Mme. Buloz, no es lícito hacer comentarios. Pero la resolución de los accionistas de la *Revista* paréceme excesivamente austera e ilógica. Durante esta su amarga aventura, Buloz no hizo sino adquirir nociones exactas sobre las realidades de la vida, y su peculio de conocimientos sobre el hombre y la mujer debe haberse enriquecido singularmente. Está, pues, más que nunca, en las condiciones experimentales de dirigir una *Revista*, sobre todo aquella sección de la *Revista* de que él se ocupaba con más particular amor: la novela. Ahora realmente es cuando la opinión de Buloz sobre enredos, caracteres tortuosos de las heroínas y miserias finales de todo sentimentalismo, tendría valor y autoridad. ¡Y ahora es precisamente cuando le separan de esa poltrona directorial de la alta crítica, para la cual sus desventuras le habían hecho idóneo, al fin!... Hay aquí, evidentemente, un error de criterio, a más de una falta de misericordia.

En todo caso, así acaba en la *Revista de Ambos Mundos* la gran dinastía de los Buloz. Este, si no me engaño, era el Buloz III. ¿Qué diría Buloz I, el fundador, si supiese que su raza había sido destronada de la *Revista* por un escándalo del corazón? ¡Tal es

Biblioteca Nacional de España

la ironía de las cosas! La más austera, solemne y púdica de todas las publicaciones europeas, habiendo llegado a los sesenta años sin que nunca una realidad ardiente de amor hubiese maculado sus páginas, ¡tiene que separarse repentinamente de su director, del hombre que la simbolizaba, por motivos de regodeos en alcobas ilegítimas! *Habent sua fata Revistæ.*

París huyó de París. Con este calor fenomenal (40 grados a la sombra), en que se puede tostar el café a la sombra de las casas sólo con extenderlo sobre el pavimento, la población abandonó la ciudad, en un verdadero éxodo, y mayor que el de Moisés, porque ese fué sólo de cuarenta mil hebreos, y de aquí, según afirman los periódicos, salieron ayer, en centenares de trenes, cerca de ciento treinta mil personas.

Sólo quedaron los empleados públicos. Y aun así, había hace días una administración de barrio en que todos los empleados, desde el jefe al ordenanza, se hallaban en el campo o en el mar.

Era un vecino de la oficina, o un tendero, el que hacía el servicio, por abnegación cívica.

En los Campos Elíseos sólo rara vez se divisa algún carruaje fatigado. Todo el follaje de los árboles se secó.

Aquí y allí, en las calles desiertas, pasa a veces, huyendo aprisa, un quitasol; y uno de los últimos

Biblioteca Nacional de España

parisienses, que corre del café donde se atracó de cerveza a otro café donde se va a inundar de limonada. Los caballos de los ómnibus llevan sombrero, y, a creer a los periódicos, ya se piensa en hacerles usar, por causa de la gran reverberación de la luz, lentes ahumados.

Sin embargo, Londres está más ardiente. Allí, el calor produce casi una crisis en las costumbres... Ayer, los miembros del Parlamento celebraron sesión en la Cámara de los Comunes, en mangas de camisa.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VIII

LAS ELECCIONES.—ITALIA Y FRANCIA

Las elecciones en Francia celebradas el último domingo fueron tal vez el más sólido y completo triunfo que la democracia ha obtenido en estos veinte años; por lo menos, fueron su más franca, más positiva y más valerosa afirmación.

En esa abrasadora mañana de misa ha sido consultado el sufragio universal (ese sufragio universal que aun hace poco, en departamentos remotos, los hombres del campo consideraban como un personaje vivo, vestido, condecorado, lleno de poder, de quien particularmente dependían las leyes del impuesto y del servicio militar), que comenzó por eliminar de la representación nacional a todos aquellos que, en los últimos tiempos, se habían erigido como paladines de la moralidad pública y valientes barrenderos de las caballerizas de Angias; y así, los que durante la legislatura pasada se irguieron en la tribuna y en el periódico contra la corrupción parlamentaria y financiera, como Drumont, Andrieux, Delahaye, etc., fueron derrotados en todos los distritos, con un entusiasmo aplastante y jovial.

Hecha esta primera eliminación, el sufragio uni-

Biblioteca Nacional de España

versal pasó a borrar cuidadosamente del Parlamento a todos los políticos profesionales y militantes que en la derecha o en la izquierda hacían esa política negativa, corrosiva y destructora, ocupada, apasionadamente y con un arte sutil, en obstruccionar a los ministros y desorganizar los ministerios.

Y así, hombres como Clemenceau y Cassagnac, que entraban en la Cámara con unanimidades triunfales, están, si no ya derrotados, al menos humillantemente empatados y dispuestos en el próximo domingo a volver a aquella ocupación tan justamente loada por la sabiduría antigua, y que consiste en que cada uno plante sus coles dentro de su huerto.

Terminada esta segunda limpieza, el sufragio universal pasó a expulsar de la representación nacional a todos los ideólogos, a todos aquellos que procuran hacer la transmutación de las formas sociales por medio de una revolución en las ideas morales. Y así, el noble Conde de Mun, el caballero andante del socialismo cristiano, es vencido en Bretaña, su patria espiritual, por un pequeño abogado bretón, que, en vez de anunciar a los electores el próximo advenimiento del cielo sobre la tierra, muy comineramente les promete una reforma del impuesto rural.

Realizada esta tercera expurgación, el sufragio universal pasó a desterrar de las Cámaras, enojado, a los artistas, a los cinceladores de la palabra, a los maestros inspiradores de la oratoria. "¡Basta de lira!", gritaban en 1848 los obreros hambrientos a Lamartine, una tarde en que él, en la tribuna del

Biblioteca Nacional de España

Hôtel de Ville, estaba arengando y siendo sublime. Toda la Francia industrial y agrícola repite ahora el mismo grito positivo: ¡Basta de lira! ¡Abajo la elocuencia! ¡Fuera la retórica y su ráfaga ardiente!..

Y así, todos los grandes oradores contemporáneos de la tribuna francesa quedan de repente sin tribuna y sin profesión, porque (caso único en la Historia) la democracia rechaza definitivamente la elocuencia como factor de su progreso.

Habiendo realizado estas sucesivas depuraciones y repelido a lo lejos hacia sus elementos naturales, a los Catones, a los obstructores, a los ideólogos y a los artistas, el sufragio universal pasó a elegir con cuidado y amor una Cámara muy mediocre, muy sosegada, muy práctica, muy positiva, muy experta en cifras, superiormente conocedora de los intereses regionales, capaz de trabajar catorce horas en las comisiones y hecha a la imagen y para el útil servicio de esta Francia nueva, que es simultáneamente un banco, un almacén y una finca. Después, el sufragio universal descansó y vió que su obra era buena.

En efecto, es una buena obra de democracia. En primer lugar, todas las superioridades que podían dividir y desnivelar la igualdad intelectual de la Cámara (y la igualdad debe ser el supremo cuidado de toda democracia), fueron eliminadas con aquella decidida franqueza con que el buen Tarquino cortaba antaño, en su huerto, las cabezas purpúreas y brillantes de las amapolas más altas.

En la Cámara no habrá sino espíritus medios y

Biblioteca Nacional de España

planos, y toda ella será, realmente, como una larga planicie, productiva y chata, sin una eminencia ni una línea que se eleve hacia las alturas; molino girando al viento, o torre airosa de donde vuelen aves.

Después, todos los moralistas de moralidad rígida y casi abstracta fueron suprimidos, como incompatibles con la realidad social, con las costumbres financieras de una democracia industrial, con el regular y fecundo funcionamiento de los negocios. El sufragio universal entiende que, para bien de la democracia, de la cual es él el motor inicial, el sitio de estos hombres, desarregladores estériles de todo arreglo útil, no era en los bancos de un Parlamento, sino en las celdas de un monasterio o en el desierto, entre los santos que, como San Juan, predican allí por gusto y por profesión.

Después, todos los ideólogos, los filósofos, los hombres de elevados sistemas sociales, que constantemente intentan introducir en las cosas públicas Dios, el alma, el infinito, la bondad progresiva y otras entidades que les son completamente extrañas y perjudiciales, fueron arrojados como perturbadores impertinentes del buen orden democrático, donde las masas disciplinadas, con los ojos prácticamente puestos en la tierra y en la herramienta, sólo deben ocuparse de producir bien y de vender bien.

Y, finalmente, los oradores, los artistas, los poetas, fueron por este sufragio universal, y según el precepto prudente de Platón, ignominiosamente expulsados de la República.

Biblioteca Nacional de España

Estas elecciones fueron, pues, indiscutiblemente, una buena obra de democracia. Y por eso los periódicos afirman que Francia, purificada al fin, y libre de los elementos mórbidos que la agitaban y la debilitaban, va a entrar en un período dichoso de estabilidad y de fuerza fecunda. *Amén.*

Mientras el sufragio universal estaba así tonificando la República, un conflicto entre obreros franceses e italianos, en un departamento del Sur (en Aiguesmortes), vino a avivar y exacerbar esta enemistad, más política que nacional, que hace años viene desarrollándose entre Italia y Francia.

Fué la antigua historia de los salarios El italiano emigra a Francia como emigra a América, a buscar el trabajo cada vez más difícil en Italia, que, aparte de un pedazo suculento de Sicilia y de un pingüe pedazo de Lombardía, es toda huesos y montaña. O por ser de una raza más sobria o de una raza más inteligente, el italiano acepta salarios muy inferiores a los del obrero francés. Como, al mismo tiempo, tiene mucha inteligencia y mucha destreza, es, naturalmente, preferido por los patronos, porque el capital es cosmopolita. De aquí despecho, rencor, del obrero francés, amenazado en su pan, y constantes riñas en que el italiano, naturalmente, saca la faca, esa faca meridional que llena de horror y de asco a los pueblos del Norte.

Biblioteca Nacional de España

Fué lo que aconteció en Aiguesmortes, con la lamentable agravante de que una bandada de italianos que, después de una tremenda colisión, se habían refugiado en un bosque, fueron allí perseguidos por los franceses, en montería, como lobos, y diezmados a tiros uno a uno. Indignación inmensa en toda Italia. Manifestaciones en Roma, en Génova, en Nápoles. Asaltos a los consulados de Francia; ultrajes a la bandera de Francia. Y, como en las Vísperas Sicilianas, el antiguo grito de "¡Muera el francés!", acompañado ahora, para mayor ofensa, del grito nuevo de "¡Viva Alemania!"

Los franceses aun pueden tolerar magnánimamente que Italia, que ellos consideran como obra suya, hecha por sus armas y con el cimiento de su sangre, grite: "¡Abajo Francia!". Hay sólo para ella en eso olvido e ingratitud. Pero no puede soportar que Italia grite: "¡Viva Alemania!".

Ahí hay ya un desafío y como una afrenta a la dignidad de la nación. De suerte que si los italianos asesinados en Francia indignaron a Italia, la indignación de Italia, bajo esta forma oblicua y casi irónica de entusiasmo por Alemania, indignó mucho más profundamente a Francia. Y las dos naciones estaban ya así hace dos semanas enfrente una de otra, quietas, pero penetradas de mutua hostilidad, tanto mayor de parte de Francia, cuanto que ha de ser, por prudencia, silenciosa. Mas he aquí que ahora, en estos últimos días, Italia infirió otro ultraje supremo al sentimiento francés.

Biblioteca Nacional de España

El Emperador de Alemania viene este año a dirigir las grandes maniobras militares en las provincias francesas conquistadas: Alsacia y Lorena. Y ¿quién acompaña al Emperador de Alemania, como su huésped y aliado? El Príncipe Real de Italia. Ahora bien; para los franceses, esta presencia del Príncipe italiano en la tierra alsaciana es una ofensa monstruosa. ¿Es realmente una ofensa?

Hay aquí una susceptibilidad muy delicada, que es difícil criticar. En realidad de verdad, hoy la Alsacia y la Lorena son, geográfica y administrativamente, provincias alemanas, como la Pomerania y el Brandeburgo, y no parece que en el hecho de que el Príncipe de Italia vaya a Estrasburgo haya mayor injuria que en ir a Berlín o a Leipzig. A más de eso, su presencia no va a consagrar la conquista, que es un hecho consumado hace más de veinte años y que no necesita consagración. Añádase que el Emperador de Alemania no viene a Alsacia y Lorena con intenciones arrogantes de desafío; y el Príncipe de Italia no está, por lo tanto, colaborando tácitamente en una provocación alemana. Después, fué solemnemente convidado a asistir a las maniobras alemanas que se realizan, por casualidad, en las provincias anexionadas, y si el *aceptar* un convite para esa región es ofender a Francia, el *rehusar* el convite sería, por los mismos motivos, insultar a Alemania. Todo esto es indiscutible. Mas el patriotismo, como el amor, no raciocina cuando está herido. Para los franceses, la Alsacia y la Lorena son dos tierras francesas que

Biblioteca Nacional de España

gimen bajo la opresión. Y el hecho de que el Príncipe de Italia venga a caracolear sobre ese suelo vencido y dolorido, al lado del opresor, es para los franceses una afrenta incomparable. De suerte que una reconciliación entre Francia e Italia es hoy casi imposible, tanto más cuanto que a las cuestiones de política se juntan cuestiones de dinero (siempre irritantes), y a éstas aun otra cuestión sentimental de gratitud, más irritante que la de dinero.

En efecto; Francia pretende que Italia esté con ella en un perpetuo y enternecido estado de gratitud. Y esta exigencia de Francia tiene el don de exasperar a Italia, de exasperarla hasta la desesperación. Es un hecho psicológico bien conocido (y Labiche superiormente lo describió en una de sus comedias geniales) que el libertado siente siempre un secreto desdén hacia el libertador. Mas cuando el libertador, constante y gárrulamente, cita, recuerda y celebra el beneficio de la liberación, no es desdén entonces: es intenso y vivo odio lo que el libertado comienza a alimentar hacia el héroe que lo libertó. Es bien natural, porque el débil no puede olvidar que el apoyo prestado por el fuerte fué una demostración pública y aparatosa de su debilidad. Todos aquellos que Hércules, antaño, vino a salvar con gran alarido y gran jactancia, quedaron detestando a Hércules.

Ahora bien; Italia ha sido demasiado libertada por Francia desde Carlos VII... Y todas estas intervenciones libertadoras le salieron horrorosamente ca-

Biblioteca Nacional de España

ras, a más de que algunas de ellas le fueron desoladoramente inútiles.

La de Napoleón I casi la arruinó, a más de anarquizarla. Y Napoleón III, que concurrió, efectivamente, a construir el reino de Italia, volvió de ello bien pagado en buenas tierras, con Niza y con la Saboya. A más de eso, Francia tomó la costumbre arrogante y humilladora de afirmar que ella, y sólo ella, creó el reino de Italia por la fuerza de sus armas y de su dinero, cuando, realmente, Italia sostiene, y con razón, que ella contribuyó sobre todo en gran manera a ese resultado magnífico con su dinero, sus armas, su patriotismo y la habilidad suprema de sus hombres de Estado. En estas condiciones, es fácil comprender la irritación de los italianos cuando los franceses les acusan de ingratitud y les recuerdan altivamente que si Italia hoy es una nación, es porque así lo quiso Francia en su magnanimidad.

Todo esto va llevando a una guerra. Es un dolor que dos naciones como Italia y Francia vengan a destrozarse. Hay ahí algo semejante a un parricidio. Italia, en otros tiempos, es cierto que ha sido ayudada; mas ella fué, en su soberbia mocedad, la que nos hizo a nosotros todos pueblos de la Europa occidental, y nos civilizó y nos modeló a su imagen. Ella es, y permanecerá, la *Italia-máter*, la madre venerable de las naciones. Todos nosotros somos aún,

Biblioteca Nacional de España

religiosamente, jurídicamente e intelectualmente, provincias de Roma. Cuando terminó su tutela política aun quedamos, para grandeza nuestra, bajo su tutela espiritual. Aun no hace doscientos años que, como último regalo, nos dió la Música.

Biblioteca Nacional de España

IX

ALIANZA FRANCO-RUSA

En este momento el Brasil, muy naturalmente, sólo se interesa por el Brasil; y si pudiese prestar aún a los ecos de Europa una atención vigilante (1), sería, de seguro, a aquellos que le llevasen la impresión de Europa, o, por lo menos, de París, que es un resumen de Europa, sobre la lucha que a él tan tumultuosamente le perturba.

Pero París, a pesar de alardear siempre de su generosidad mesiánica y de su amor a los pueblos, es una ciudad burguésmente egoísta, que sólo se conmueve con lo que pasa dentro de la línea de los *boulevards,* cuando más, dentro del recinto de las fortificaciones.

A más de eso, las noticias del Brasil llegan tan truncadas, tan vagas, tan discordantes, que ni sabemos aún si son simplemente personas o si verdaderamente son principios los que ahí combaten; y esta incertidumbre disipa, si no impide totalmente, la emoción.

(1) No se olvide que estos artículos de Eça de Queiroz eran primitivamente cartas dirigidas a la *Gaceta de São Paulo*, del Brasil.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

Además, las naciones, a medida que perfeccionan sus formas de civilización, se exceden en el sentimiento de la neutralidad, que es la suprema cortesía de las naciones. De suerte que, en esta duda y en esta reserva, todo cuanto Europa puede ahora sentir por el Brasil es el deseo fuerte de que al patriotismo ilumine ahí las almas y que Dios haga brillar bien esa luz.

Por lo demás, tampoco Europa está tendida sobre rosas festivas. Por el contrario, cada pobre nación sufre dolorosamente de su haga o de su fiebre. El viejo mundo es un verdadero hospicio, donde el aire viciado por las teorías se torna mortífero. Países que aún no tienen treinta años, como Italia, que todos nosotros vimos nacer y bautizar, están inválidos. Hasta los más ricos y los más fuertes padecen por motivo de su propia riqueza, que es un origen constante de revoluciones sociales, y por motivo también de su fuerza, que hace pesar sobre ellos la perenne y arruinadora amenaza de la guerra. Por todas partes, huelgas sangrientas; por todas partes, ruinas causadas por los apetitos materiales o por los idealismos políticos. En España no pasa un día sin una revuelta regional o municipal. Hasta Holanda, tan tradicionalmente pacienzuda, alimentada con queso y leche, envuelta en nieblas emolientes, se convierte en un horno de anarquismo. Y la única nación que, realmente, muestra equilibrio y salud es

Biblioteca Nacional de España

Suiza, no por ser una república (no parece haber salubridad en este régimen), sino tal vez por haberse desentendido de todas las teorías y de todos los ideales y haber adoptado en lo alto de sus montes la ocupación, entre todas pacata e higiénica, de dueña de hospedería.

A pesar de este estado mórbido, Europa se divierte; y aquí tenemos a Francia, hace un mes, organizando ardientemente, casi convulsivamente, una fiesta suprema y suntuosa. Rusia, o más bien el Zar (porque el Zar es quien verdaderamente constituye la Rusia, y todos los periódicos de París, aun los más revolucionarios, los más celosos de la soberanía popular, aconsejan que se grite, no "¡Viva Rusia!", sino "¡Viva el Zar!"), manda este mes su escuadra del Mediterráneo a Tolón a pagar aquella respetuosa visita que hizo hace un año las escuadra francesa a Rusia; quiero decir, al Zar. Y Francia toda, desde París hasta las minúsculas aldeas que casi no tienen nombre, procura realizar una demostración de amistad hacia Rusia, tan ardiente y estridente que permanezca histórica y que marque incluso el comienzo de una nueva era histórica.

En efecto, esos cuatro o cinco acorazados rusos que vienen a anclar en el puerto de Tolón crean casi una transformación en la política de Europa. Desde 1870, y aun hasta hace uno o dos años, Francia estaba en una de esas situaciones que, por el contraste violento del mérito y de la suerte, son tan particularmente penosas a una nación altiva.

Biblioteca Nacional de España

Hidalga entre todas, con pergaminos históricos de incomparable nobleza (antaño Dios, cuando quería realizar en el mundo un gran hecho, encargaba de él a los francos: "*Gesta Dei per Francos*"); Francia estaba en Europa entre viejas monarquías aristocráticas con el aire embarazado de una mercera entre duquesas. Guerrera entre todas, poderosamente armada, con tres millones de soldados fácilmente movilizables; Francia estaba entre las grandes potencias militares con el aire inquieto y timorato de un débil entre valentones... Situación absurda, pero lógica, porque era republicana y había sido vencida. Las antiguas casas reinantes veían su republicanismo con desconfianza, sino con desdén. Y su derrota y el aislamiento que ella le trajera, autorizaban a los jefes de guerra a tener a veces con esta nación fuerte, a pesar de su fuerza, aires fanfarrones y provocadores que la enervaban. Francia, realmente, estaba siempre en la posibilidad de ser desdeñada o brutalizada. Con todos sus pergaminos, que datan de Clodoveo, con sus tres millones de soldados, políticamente en Europa estaba fuera, a la puerta. Y sólo se resarcía de esta humillación por aquella otra influencia suya, que es indeleble e invencible: la de la literatura y del arte.

Para que tal situación cambiase era necesario que una gran nación amiga, una potencia militar y aristocrática la viniese a buscar a la puerta, la llevase por la mano dentro del concilio de las naciones, la proclamase, a pesar de ser republicana, como su

Biblioteca Nacional de España

semejante y hermana, y poniendo fin a su soledad política, la salvaguardiase para siempre de amenazas y provocaciones bruscas. Y esta nación fraternal fué Rusia. El Zar no vino personalmente a París, como vendría tal vez si Francia tuviese un rey. Pero viene moralmente mandando una flota, que es como una embajada de alianza. Durante diez o doce días, Francia y Rusia, la gran República y la gran Autocracia, van a juntar delante de Europa sus banderas, y por el impulso sentimental de todas las multitudes, sus almas. Y desde ese momento, no sólo Francia, como República, recibe el reconocimiento supremo, el último que le faltaba: el de una alianza monárquica tan real y natural como si Monsieur Carnot fuese un Rey de Derecho Divino; sino que al mismo tiempo Francia, como tal Francia, recibe al lado de su propia fuerza el aditamento de una fuerza hermana que la torna invencible. De suerte que la visita del almirante Avelane abre realmente un nuevo e interesante capítulo de Historia.

Hay aquí, en resumen, algo parecido (¡salvadas, Dios mío, las proporciones!) con el caso del corredor de Bolsa de Hamburgo y del viejo Rothschild. No sé si conocen la anécdota, que es clásica. Un cierto corredor de Hamburgo, a pesar de su honestidad, de su inteligencia y hasta de un comienzo de fortuna, no conseguía vencer en la Bolsa una vaga hostilidad que le envolvía, mezclada de desdén, y no lograba, por lo tanto, redondear su millón. Parece que el hombre se casara deplorablemente con una

Biblioteca Nacional de España

lavandera y, aun en relación con ese error sentimental, recibió bastonazos en un muelle de Hamburgo. De ahí su situación de pestífero. Sin embargo, un día, este corredor, afortunado o hábil, apareció en la Bolsa del brazo con el viejo Rothschild, el primitivo jefe de la casa inmensa. Y durante una hora, la de mayor afluencia y publicidad, el corredor despreciado y el banquero venerado paseaban por entre los grupos, conversando, con las mangas de las levitas bien pegadas y bien íntimas. Para quien conoce a los hombres, es inútil añadir que, desde esa mañana, el corredor fué rodeado de una consideración fervorosa, vió a su dulce lavandera convidada a las fiestas cívicas y redondeó obesamente su millón. ¡Era el amigo de Rothschild!... Y quien es visto en la intimidad de un poderoso posee desde luego en el mundo una parte del poder.

La diferencia está aquí en que el corredor de Hamburgo no experimentaba un placer real y material en sentir su manga rozar cariñosamente la manga (de seguro gastada y sebácea) del viejo Rothschild. Todo su placer, como todo su interés, estaba en que los otros corredores y los negociantes repartidos por el peristilo de la Bolsa viesen durante toda una mañana las dos mangas bien juntas y bien pegadas.

Francia, por el contrario, siente un placer intrínseco y genuino en abrazar triunfalmente al honesto, bueno y fuerte Zar. De seguro le es grato sobremanera que toda Europa, sobre todo Alemania, vea el

Biblioteca Nacional de España

apretón y la vehemencia del abrazo...; y por eso lo quiere bien prolongado, encendido por todos lados con fuegos de bengala y destacando espléndidamente en un fulgor de apoteosis.

Pero Francia es una francesa, con todas sus gracias de sensibilidad y sociabilidad, y con el corazón siempre pronto a palpitar ante un homenaje que sea simultáneamente fino y natural. La acogida solemne y cariñosa que el Zar hizo en el año pasado, con gran sorpresa de Europa, a la escuadra francesa del Norte, enterneció a Francia y la conquistó del todo; y Francia, que es una francesa, está hoy enamorada de Alejandro III.

Cuando los periódicos de París lo proclaman ahora un justo, casi un santo, escriben, no con su interés, sino cándidamente y con su emoción. Es el guerrero fuerte que inesperadamente abrió los brazos fuertes a la Francia abandonada y le dijo la dulce palabra que hace mucho no oyera: "Sé mi hermana y mi igual". ¿Cómo no amar al hombre magnánimo, al Teseo salvador? Todo en él parece bello: su estatura, la formidable vigorosidad de sus músculos, su amplia y conmovedora paternidad, la grave quietud de su vida familiar. Y estoy cierto de que en la alta burguesía conservadora, ya muchos buenos franceses pensaron secretamente cuánto ganaría Francia con tener un rey del tipo moral y físico del Zar. Por eso estas fiestas van a tener no sé qué de nupcial.

El Zar se desposa con Francia. No faltarán, tal

Biblioteca Nacional de España

vez, ni las bendiciones de la Iglesia. Y, o mucho me engaño, o esta Francia racionalista y radical que botró a Dios de los manuales y desterró los crucifijos, va a celebrar *Tedeums* loando al Señor por esta alianza llena de incomparables promesas.

Alianza hecha particularmente por el pueblo francés y por el Zar. Los políticos profesionales, los hombres de Estado, los Gobiernos sucesivos de la República desde el 70, no la estimularon ni la previeron. Por el contrario, como liberales y parlamentarios, sus simpatías estuvieron siempre por la Inglaterra parlamentaria y liberal. El Zar, autócrata y absoluto, sólo inspiraba, a los estadistas radicales del tipo de Ferry, Spuller, Goblet, etc., una antipatía que ningún interés político podía dominar. Y aquella parte de influencia que todavía pertenecía a Francia, aún vencida y aislada, fué siempre puesta por ellos al servicio de Inglaterra, y, por lo tanto, contra Rusia. En el Congreso famoso de Berlín fué Francia la que más contribuyó para arrancar a Rusia las ventajas y los territorios que ella conquistara a Turquía, después de una larga y penosa guerra. Y la desconfianza del gran "déspota del Norte", el horror de los demócratas a que él se inmiscuyera, aun remotamente, en los negocios republicanos de Francia, subió a tal grado, que cuando el general Appert, Embajador de Francia en Rusia, se comenzó a hacer muy íntimo y familiar del Zar y a tomar té en el Palacio de Invierno más veces de las exigi-

Biblioteca Nacional de España

das por el protocolo, el general Appert fué brutalmente destituído.

Por debajo de los políticos estaba, no obstante, la multitud (que no tiene en Francia gran compatibilidad de espíritu con el personal que la gobierna), y estaban patriotas como Derouléde y otros, más íntimamente en comunión con los deseos y las esperanzas de la multitud. Fueron éstos quienes sembraron a manos llenas la buena simiente. En Rusia, sin embargo, ninguna simiente fructifica sin el consentimiento del Zar. Ahora bien: el Zar, no sólo admitió esta simiente, sino que hasta la regó. Comenzaron entonces esas repetidas visitas de los grandes duques a París, que eran como las golondrinas del Norte, anunciando las esperanzas de una resurrección. Poco más hacían estos grandes duques que almorzar por la mañana en el *Voisin* y comer a la noche en el *Paillard*. Por lo menos, los periódicos no les narraban otros fastos. Mas ya de restaurant a restaurant, o por dondequiera que fuesen, les acompañaba un surco ancho de simpatía popular. Y ningún gran duque llegaba o ningún gran duque partía sin que las estaciones estuviesen todas floridas y resonasen ya los primeros y tímidos clamores de "¡Viva el Zar!"

Después, algunos hombres de letras, sobre todo M. de Vogué—que ya había hecho particularmente la *alianza* casándose con una señora rusa—comenzó a popularizar la literatura rusa. Tolstoi fué revelado a Francia. Su neo-evangelismo, nacido del pavoroso

Biblioteca Nacional de España

espectáculo de la miseria rural en el centro de Rusia, entusiasmó a aquellos que en París se volvían tambien hacia el idealismo, por fatiga y hartura de las viejas y secas fórmulas positivas. Pero Tolstoi y los demás novelistas rusos fueron aclamados, sobre todo, por los mismos motivos por los que lo eran los grandes duques. La clara y bien equilibrada inteligencia del francés ni comprende ni puede amar la dolorosa y tenebrosa literatura rusa. La naturaleza del espíritu de los dos pueblos es tan diferente como sus dos estados sociales. No sólo ya en sus formas de pensar, sino también en sus formas de sentir, el francés y el ruso se diferencian; y casi se puede decir que uno y otro aman y odian de modos que son totalmente diversos en su esencia y en su expresión. En todo lo que más fundamentalmente constituye la civilización en materia de religión, de familia, de trabajo, del Estado, las dos naciones discrepan; porque una es aún primitiva, gobernada por creencias primitivas, organizada por instituciones primitivas, mientras la otra es una nación trabajada violentamente en el fondo del alma y en todo su orden social por cuatro siglos de filosofía y un tremendo siglo de revoluciones.

Pero esta misma popularización de la literatura rusa contribuyó a la confraternización. Francia (repito), es una francesa; y como tal, extremadamente sensible al brillo de las letras y de la cultura.

No creo que fuese jamás popular en Francia la alianza con un pueblo estúpido y sin libros. Todo

Biblioteca Nacional de España

ser de alta civilización espiritual gusta de que los amigos con quienes se muestra ante el mundo pertenezcan a la misma *élite*.

Así, lentamente, se hizo esta fraternidad de dos naciones, que persistirá tal vez en la Historia. Los franceses pretenden ahora que ella realmente existió siempre (es agradable referir todo a una vieja tradición) y van a buscar su origen hasta el fondo del siglo XVIII (antes de eso tampoco existía casi Rusia), al Zar Pedro el Grande, que fué espléndidamente festejado en París, en la corte jovial del Regente, donde su fuerza colosal, sus bigotazos, su brutalidad, encantaban a las *petites dames*. Pero van sobre todo a filiar esta fraternidad en la guerra de Crimea de 1855, donde oficiales franceses y rusos confraternizaban en las trincheras, entre los combates, bebiendo *champagne*. ¡Buena novedad! Ya antaño, durante las viejas guerras de los Cien Años, los caballerescos ingleses y franceses, después de duras batallas, o en el reposo de los asedios, se juntaban para murmurar de armas y de amores, trasegando por gruesos pellejos el mosto del Rosellón. En todos los tiempos, en los ejércitos aristocráticamente organizados, los oficiales aristócratas, cuando no se batían, bebían, según las circunstancias, vino peleón o *champagne*.

¡No! La alianza franco-rusa, si se realiza, es obra especial, por parte de Francia, de esta nueva generación que sucedió a la guerra y, por parte de Rusia, del Zar. En Rusia no fué el pueblo quien la

Biblioteca Nacional de España

hizo, porque el pueblo no tiene opinión, y, por lo tanto, políticamente no existe. Y en Francia no fué el Gobierno quien la hizo, porque los hombres que lo constituyen son aún de los que gritaban hace veinte años: "¡Viva Polonia! ¡Abajo el Zar!"

Y esta es su originalidad, por lo demás, consecuente con los estados sociales de dos naciones. Una gran democracia trata directamente y particularmente con un gran autócrata. Y un hombre y una multitud firman, sin papel y sin tinta, un tratado formidable y pintoresco.

Biblioteca Nacional de España

X

LAS FIESTAS RUSAS—LA "TOILETTE" DE UN PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.—NOTICIAS DEL BRASIL.

Estamos, por fin, en el remolino y brillo y estruendo de las fiestas. El almirante Avelane y los oficiales de la flota rusa cayeron sobre París. Digo *cayeron*, como si se tratase de seres llegados de las blancas esferas celestiales, porque el propio almirante clasificó esta visita de *sobrenatural*, y el Sr. Hervé, director de *Le Soleil*, un académico, un moderado, un escéptico, no vaciló en atribuirle un carácter *milagroso*. Debe haber, pues, aquí algo transcendental. Está París en delirio; pero un delirio lleno de bonachonería y hasta lleno de diplomacia.

Loemos sin reserva a este pueblo eminentemente racional. Todos sus amigos estaban recelando (y todos sus enemigos esperando) que París, en la alegría de su gran sueño al fin realizado, y en el orgullo de su nueva fuerza, se exaltase desmedidamente, dejase escapar, en tumulto y sin discreción, todos los sentimientos que le agitan, y en medio de las aclamaciones a sus amigos lanzase, aquí y allá, alguna injuria a sus viejos enemigos. ¡Recelos infundados, esperan-

Biblioteca Nacional de España

zas indiscretas!... París está demostrando la prudencia de un diplomático encanecido en la carrera, y los propios pilletes se comportan como Metternichs.

Nunca seguramente pensó París tanto como hoy en Alemania; y en el fondo, todas estas banderas se ondean, y todas estas luminarias se encienden, y todo este *champagne* estalla, tanto por Rusia como contra Alemania. Pero ese pensamiento queda cautelosamente encarcelado en los más hondos rincones del alma, y lo que transborda es sólo el clamor de entusiasmo y de fraternidad. Y es como si no existiese Alemania, ni la ingrata Italia, ni Tríplices Alianzas. Hay sólo dos pueblos, el francés y el ruso, y como ellos se abrazan, todo el mundo se convierte en su amable santuario de paz.

Ocho días han pasado desde que los rusos enloquecen a París. La ciudad toda está en la calle. El tiempo está cálido y asfixiante. Por todas partes se desbordan la cerveza y el vino, como en unas colosales bodas de Camacho. Y, sin embargo, en ningún barrio, ni siquiera en los más ruidosos y excitables, hubo aún un grito, una algarada en un café, una alusión que trastornase la armonía pacífica del soberbio festival.

Esto prueba, una vez más, que París no es, como se cree, la ciudad que entre todas se embriaga y se enloquece. Y prueba también que ninguna otra hay en que la inteligencia general sea tan abierta, accesible y pronta; esto es, en que una idea, considerada justa o necesaria, penetre tan claramente y tan unán-

Biblioteca Nacional de España

nimemente en las multitudes. En Londres es fácil, extremadamente fácil, hacer sentir a las clases cultas, hasta a la pequeña burguesía, la belleza o la ventaja de tomar y conservar en un gran momento público una cierta actitud, aun contraria a sentimientos legítimos; pero ¿cómo hacerla sentir a aquella turba obtusa y ruda que los ingleses llaman los *roughs*, los *ásperos?* Para ellos no hay interés público que les refrene o modifique el instinto o la pasión. Y no serían ellos, si Londres hubiese sido durante seis meses cercado y brutalizado por los alemanes, los que se privarían en una fiesta igual de desahogar el viejo rencor y de lanzar entre el muy alto grito de "¡Viva Rusia!", gritos aún más altos de "¡Muera Alemania!" Aun ha poco lo probaron (con ocasión del breve resentimiento entre Francia e Inglaterra, a propósito de Siam), cuando una platea de dependientes del comercio, en el Teatro de la Alhambra, al aparecer, no sé en qué baile, la bandera francesa, rompió en aullidos de furor y se abalanzó sobre el escenario para despedazar y pisotear la bandera tricolor. Sólo fué un momento: una brusca ebullición de fuerte sangre sajona. El bailable continuó, y cada cual comenzó de nuevo serenamente a reír y a trasegar *bocks*.

En el fondo, todo es tal vez una cuestión de cortesía y de dulzura. Matthew Arnold, el más fino crítico que ha tenido Inglaterra, sustentó siempre que estas dos inapreciables cualidades faltan completamente al inglés. Era ciertamente una generalización excesiva,

Biblioteca Nacional de España

que provenía de que ese delicado espíritu se había nutrido y entusiasmado en demasía con la literatura francesa del siglo XVIII. Mas es cierto que, por lo menos, la cortesía y la dulzura en Inglaterra faltan al populacho. En Francia, ni a éste le faltan.

En estas fiestas rusas, en efecto, la cosa más interesante y conmovedora para mí ha sido la multitud. Hace días que dos millones de parisienses viven permanentemente apiñados en tres calles: el Boulevard de los Italianos, la Avenida de la Opera y la calle de la Paz. La clásica sardina en su clásica lata, un mazo de cigarros densamente apretados, granos de café dentro del saco panzudo que casi revienta, son imágenes materiales muy débiles para expresar esa masa compacta de criaturas de Dios que se mueve con la pesadez y la lentitud de un metal mal fundido. Y es la innumerable multitud del tiempo de Boulanger, el último creador de multitudes. Mas no hay ahora la vivacidad, la vibración petulante y batalladora de esos días de cesarismo. Esta multitud es enternecida y grave. Es, sobre todo, dulce. No hay una brutalidad, una impaciencia, un empujón. Las mujeres vinieron confiadamente, trayendo hijitos al cuello. Tanto es el decoro y el recogimiento, que recuerda una turba devota dentro de los muros de un templo.

Toda esta parte de París, con efecto, en derredor del Club Militar, donde se hospedaron los rusos, se

Biblioteca Nacional de España

convirtió como en un vago templo de fraternidad y de paz.

Ese espíritu pacífico y fraternal que aquí yerra dispersamente, hasta se comunica a los animales.

En la Avenida de la Opera, un gran *mailcoach*, tirado por cuatro caballos de pura sangre, queda enclavado, atollado en la densa masa viva. En tiempos de Boulanger sería un escándalo de berridos y coces, porque, para hombres y animales, los tiempos eran agresivos. Ahora, el cochero, allá en lo alto, sacó risueñamente la petaca y encendió un paciente cigarro. Los caballos no se movieron, discretos y corteses. La gente que se hallaba pegada a ellos terminó por recostarse familiarmente, descansando, en las grupas ardorosas. Los animales, a su vez, también derrengados, descansaban los hocicos sobre el hombro del ciudadano. Encima, las ventanas engalanadas están llenas de mujeres, que tiran flores, hasta tiran besos, por entre los pliegues amarillos del pabellón del Zar. El propio cielo se adorna, y ahora toma siempre, al fin de la tarde, un tono de oro y apoteosis.

A veces, entre coraceros que rodean un *landeau*, albean a lo lejos los gorros blancos de los oficiales rusos. Una aclamación rompe al punto de: "¡Viva el Zar! ¡Viva la Rusia!"... Toda la maciza multitud arremete en una ansiosa ondulación; los sombreros tremolan frenéticamente entre el revolar de los pañuelos. Es una corta explosión de amor. De nuevo, el decoro, la compostura risueña se consolidan. Ni siquiera se levantó un polvo importuno. Nadie suda.

Biblioteca Nacional de España

Toda esta turba huele agradablemente a agua de Colonia y a violetas de otoño. Hasta el aire se atercio-peló. Las ventanas de las casas dardean flechazos de alegría. Los ciudadanos cambian la lumbre de sus cigarros con una sonrisa de gratitud y concordia. Todo es armónico, suave, pulido, amable y fino. En el fondo, todo este orden es simplemente el resultado precioso de una civilización muy vieja. Y en días de éstos, en medio de dos millones de paisanos apiñados por el entusiasmo en calles estrechas, es cuando se aprecian los beneficios de una antigua cultura que, a través de los tiempos, han afinado al animal humano. Yo, por mi parte, durante toda una hora que tardé en atravesar la Plaza de la Opera, sin que nadie me empujase, me pisase, me estorbase, me contrariase, no cesé de loar a Julio César por haber hecho, tan anteriormente a mi tiempo, la conquista de las Galias.

En cuanto a las fiestas, propiamente, creo que fueron mediocres; sobre todo, las fiestas exteriores y de calle. El francés nunca tuvo el genio decorativo, ni conoció el arte suntuoso de organizar una función de gala. Ese don pertenece al italiano. El francés sólo es hábil en ornamentar un salón; aunque últimamente el clasicismo, que es uno de los rasgos de su inteligencia, le había inmovilizado en dos géneros, que repite monótonamente, infinitamente: el *Luis XV* y el *Enrique II*. En todo caso, posee en alto grado la ciencia de las luces y de las flores. Y todas estas fiestas realizadas en salón, los banquetes, los bailes,

Biblioteca Nacional de España

las funciones de gala de la Opera (que es un salón), tuvieron mucho refinamiento y mucho brillo. En las calles, el esfuerzo inventivo no pasó de algunas banderas tricolores clavadas en los balcones, al lado del pabellón amarillo con el águila negra bicéfala.

La calle de la Paz ofrecía una decoración de mástiles de navíos, con vergas, el velamen recogido y flámulas en el tope, que la asemejaba a una linda rada de ópera cómica. La calle del Cuatro de Septiembre, con su ancho toldo de linternas chinas, recordaba una calle de Cantón en noche de devoción budhista.

Las fiestas, aparte de eso, fueron muy atropelladas. Todas las instituciones, corporaciones, asociaciones, clubs, almacenes, querían honrar ansiosamente a los rusos; y hubo un día pavoroso, en que el almirante Avelane y sus oficiales se vieron forzados a participar de tres almuerzos, cuatro *lunchs*, dos comidas y cinco cenas!... Apenas acababan aquí de sorber el café, habían de saltar aprisa dentro de los carruajes, para ir allá a comenzar la sopa. Es grave pensar que estos hombres inocentes hubieron de comer ocho o diez veces, por día, salmón a la rusa o codorniz trufada. Y como en estos ágapes de alianza el acto importante eran los *toasts* (1), las salutaciones de confraternidad y de reverencia por el Zar; no es menos grave pensar que a cada uno de esos marinos vigoro-

(1) Palabra inglesa que significa brindis.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

sos correspondió, durante el día, agotar de setenta a ochenta copas de *champagne*.

En fin, si ya en tiempo de Enrique IV, París "valía una misa", no hay duda que ahora, con todos los progresos de tres siglos, bien vale una dispepsia.

Pero estas fiestas fueron tal vez menos deslumbradoras por causa de las levitas negras del Gobierno. El Estado en Francia, como republicano que es, no tiene uniforme, y en las grandes fiestas oficiales está obligado a presentarse de levita y corbata blanca, como los criados que sirven el ponche. Este inconveniente, tan considerable en un país habituado hace ocho siglos al esplendor suntuario de la Monarquía, nunca resaltó tanto ni se tornó tan patente como ahora en estas fiestas, que eran especialmente militares. En medio de los uniformes, de los penachos, de los bordados, de las corazas, de los dorados, de las armas ricas, algunos sujetos circulaban empaquetados, aun de día, bajo el esplendor del sol, en siniestras levitas negras. ¿Quiénes eran? Los ministros, el Gobierno, el Estado: Francia. Ahí se ve adónde llegó la seda blanca, recamada en perlas, de los Valois; el terciopelo bordado y los lazos floridos, y los diamantes, y los cabellos empolvados de los Borbones; y los uniformes centelleantes de los Napoleones; ¡a una levita de paño negro, casi siempre mal hecha, como la de un criado que sirve copas o la de un dependiente de funeraria!...

Todo París sintió y sufrió la humillación de este desaliño oficial. Y periódicos serios, en artículos se-

Biblioteca Nacional de España

rios, recuerdan la necesidad de que se establezca para el Presidente de la República, para los Presidentes de las Cámaras, para los ministros (los tres poderes del Estado), un uniforme noble y severo que les dé prestigio; ese prestigio material y exterior, que para un pueblo amigo del arte y de la belleza de las formas, es tal vez el más persuasivo y durable. Esto es extraordinariamente sensato. Es necesario que el Poder inspire siempre el sumo respeto. Ahora bien: entre dos Jefes del Estado, uno revestido de una coraza rutilante, con un sombrero emplumado, y otro embutido dentro de un paletó negro, con un sombrero hongo, el respeto instintivo de la multitud impresionable va hacia el guerrero de magnífica coraza y no hacia el sujeto del hongo triste. Por lo menos, para él van las miradas de las mujeres, y luego, detrás, por lo tanto, y por una ley natural, la consideración de los hombres. Los filósofos, claro está, no regulan la fuerza moral y el valer por estas exterioridades. Toda la pompa de Alejandro no logró impresionar a Diógenes. Pero la turba no se compone de filósofos; y para ella, la magnificencia solemne será perpetuamente la prueba real del poder.

Pero, ¿qué uniforme se deberá imponer al señor Carnot? No sé. Evidentemente, no deberá ser el traje de Luis XV, de satén blanco, y el manto de buche de tucán (1) que el Emperador del Brasil revestía a veces, y del cual él mismo se reía tan alegremente.

(1) El tucán, equivalente a nuestra picaza, es un ave especial del Brasil.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

Mas es bueno que no continúe siendo esa lamentable levita civil, encasquetada desde por la mañana a la luz irónica del sol, de que el Emperador gustaba tanto y que tanto le perjudicó.

Y ya que, a través de uniformes y levitas, vine a recordar el Brasil, ¿cómo no aludir discretamente al gran silencio que súbitamente se hizo en Francia sobre la revuelta que lo agita? A pesar de estar atareados con las narraciones de las fiestas y con Rusia, que es voluminosa, los periódicos de París, aun así, reservan siempre algunas líneas, veinte o treinta, a los casos curiosos del mundo.

En vano se busca ahora, no obstante, una noticia, aunque sea falsa, sobre el Brasil. ¡Nada! Es como si el almirante Mello y sus acorazados se hubiesen sumido para siempre en las brumas atlánticas. ¿Qué digo? Es como si el Brasil hubiese desaparecido o, más bien, hubiese entrado en aquella era de felicidad, clásicamente conocida, en que los pueblos dejan de tener historia. Y así parece ser, puesto que el único rastro del Brasil se encuentra en algún boletín financiero, donde se cuentan los sacos de café vendidos y la indicación de los cambios. Y hasta este mismo cambio, hasta hace poco tan agitado, nos aparece ahora lleno de quietud y reposo...

Un silence parfait régne dans cette histoire, como dice Musset. ¿Es de bueno o de mal augurio este silencio? En todo caso, es único en la historia de las re-

Biblioteca Nacional de España

revoluciones. Había tiros, sangre, cólera, tumultos. De repente todo se calla, todo se sumerge; y aquí quedamos en Europa, boquiabiertos, delante de una enérgica revolución que se desvaneció en el aire, como una visión de magia. ¿Dónde están los acorazados? ¿Dónde están los fuertes? ¿Dónde están los regimientos? No hay nada; no se entrevé una figura, no se escucha un rumor.

Seguramente ahí, en Río de Janeiro, se agradecería saber la impresión que se tiene aquí en París de esa lucha desoladora. Pues la impresión es ésta, no otra, hace una larga y vagorosa semana. El asombro ante una cosa real y terrible, que tronaba y centelleaba, y que de repente desaparece, se hunde en la mudez y en la sombra. Y aquí estamos espantados, revirando los ojos hacia el Brasil y teniendo solamente la vaga conciencia de que allí se continúa pacíficamente vendiendo café.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XI

ESPAÑA.—EL HEROISMO ESPAÑOL.—LA CUESTION DE LAS CAROLINAS.—LOS ACONTECIMIENTOS DE MARRUECOS.

El *Teatro de los Acontecimientos* (como antes se decía), y que es, sin duda, un teatro ambulante, atravesó los Pirineos, y es ahora de España de donde nos llegan esos ecos con los cuales se hace la historia. Esto, desde luego, garantiza que deben ser interesantes, porque de España nada puede venir que sea mezquino o banal, a no ser, a veces, versos y discursos.

España es hoy, en Europa, la última nación heroica (1); por lo menos es la última donde los hombres, públicamente y en las cosas públicas, se comportan con aquella arrogancia, y bravura estridente, y magnífica imprudenia, y soberbia indiferencia por la vida, y desdén idealista de todos los intereses, y prontitud para el sacrificio, que constituyen o nos parecen constituir el tipo heroico (porque ni los dic-

(1) Este artículo está escrito en 1893, a raiz de los sucesos de Melilla y de la muerte del general Margallo.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

cionarios ni las psicologías están bien de acuerdo sobre lo que es un héroe).

Así, yo no creo, por ejemplo, que haya nada más español, o que se nos figure más heroico, que el atentado contra el general Martínez Campos. El viejo general está pasando una revista, en una plaza de Barcelona, cercado de oficiales y de paisanos, que en España se mezclan siempre fácilmente a los Estados Mayores. De repente, un mozalbete de veinte años, un anarquista, atraviesa el grupo, desata tranquilamente, y con el cigarro en la boca, las puntas de un pequeño envoltorio, y tira sobre el general una bomba de dinamita. Hay una horrenda explosión, una nube de polvo y de astillas, gritos, y todo el tropel de una catástrofe. Mas resuena una gran voz, una voz de mando, serena y casi risueña. Es Martínez Campos, de pie, cubierto de sangre, que clama levantando la mano: "¡No es nada, no es nada!" (1). Su caballo yacía despedazado en una laguna de sangre. En torno, en el suelo, agujereado por la bomba, han caído algunos oficiales y paisanos muertos o terriblemente heridos y gimiendo. El general tiene el uniforme hecho harapos, y de él brota sangre. Y, no obstante, indignado, porque se levante tanto alarido por causa de una bomba, continúa encogiendo los hombros y gritando: "¡Pero si no es nada, hombre; si no es nada!" (2).

Más adelante sale otro grito aún más alto. Es el

(1) En español, en el original portugués.—*N. del Tr.*
(1) En español, en el original.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

del mozalbete, el del anarquista, que agita la gorra y clama en triunfo: "¡Fuí yo! ¡Fuí yo!" Tiene veinte años, acaba de cometer un crimen que lo llevará a la horca, y está ansioso de que todos sepan que *fué él, sólo él.* No vaya otro a ser preso y a robarle allí, delante del pueblo, delante de todas aquellas mujeres, la gloria de su hazaña anarquista. A través del terror, de la confusión, podía huir. Pero ¿ha de perder todo el prestigio que le corresponde por su hazaña? ¡No! Por eso se golpea el pecho y llama a los policías y vocea: "¡Fuí yo! ¡Fuí yo!" Y cuando lo prenden, va por las calles, con las manos amarradas, clamando aún con orgullo hacia las ventanas llenas de gente: *que fué él; sólo él...*

Al mismo tiempo, por otra calle, va el viejo general, en brazos, medio desmayado, que continúa sonriendo y afirmando que *no es nada,* que *no es nada.*

El cuadro es admirablemente español, y sólo puede ser español.

El español es heroicamente bravo; mas otras razas, el inglés, el ruso, el francés, poseen ese heroísmo especial, que consiste en soltar un grito, florear la espada y correr soberbiamente hacia la muerte. Donde el español se muestra único es en el desprendimiento con que sacrifica todos los intereses, desde que se trata de la honra de España, o de lo que piensa momentáneamente ser la honra de España. Ahí invariablemente reaparece el sublime Don Quijote.

Biblioteca Nacional de España

Y tanto más heroicamente, cuanto que al español no le faltan el raciocinio y la prudencia y el claro sentimiento de la realidad y el amor a los bienes acumulados y hasta cierto egoísmo pacienzudo, como superiormente lo prueba Sancho Panza. Mas conociendo y pensando bien lo que va a perder, marcha jovialmente y todo lo pierde con entusiasmo, porque se trata de su patria.

No hay en el alma española sentimiento más poderoso que este de la patria. Los cafés de Madrid o de Sevilla están atestados todas las noches de descontentos que maldicen de la cosa pública y claman, vaciando anchas copas de agua y anís, que en España todo va mal y que España está perdida... Mas que alguien de fuera pase y tire una piedra a la tierra de España, y todo ese gentío se yergue y ruge y quiere matar y quiere morir, para vengar, no sólo la pedrada, sino el gesto.

El español, en efecto, a pesar de que gruñe tanto en las tabernas, tiene una idea inmensa de su tierra. Basta comprobar la manera ardiente y ovacionante, como él pronuncia "¡mi tierra!" Para él, España es la mayor de las naciones, por la fuerza y por el genio.

Hay aquí, ciertamente, un orgullo tradicional, hereditario, procedente de los siglos de dominación y de verdadera superioridad. Muchos buenos españoles viven aún, por una ilusión magnífica, en la España del pasado, y no se compenetraron de la decadencia y aun piensan que los regimientos de Madrid son los viejos y temibles tercios de Carlos V y que

Biblioteca Nacional de España

cualquier piloto de El Ferrol o de Cartagena podría volver a descubrir las Indias y que cada nuevo novelista continúa a Cervantes y cada pintor sevillano resucita a Murillo. Mas, además de ese hábito de sentirse grande, natural, por lo demás, en una raza que llegó a dominar el mundo y que dió a la Humanidad algunas de sus almas más fuertes y de sus genios más profundos, hay aún en el español un amor prodigioso hacia la tierra de España, hacia el terruño que sus pies pisan, hacia el monte y hacia la planicie, hacia las ciudades o hacia las aldeas que allí se levantan, hacia cada tallo de cardo que brota entre cada roca. El inglés, otro gran patriota, ama ardientemente y exclusivamente la civilización que creó en su isla, sus instituciones y sus costumbres; mas no tiene entusiasmo alguno por su isla, por ella misma. que abandona con facilidad y placer. Y con tal de que lleve hacia Italia y hacia otro clima dulce sus *sports,* sus periódicos, sus distinciones sociales y su *club,* prefiere siempre la suavidad de un ambiente luminoso a las ásperas nieblas de su Norte sombrío. Por eso emigra y va fundando en suelos más amenos que el suyo una infinita galería de pequeñas Inglaterras. Para el inglés, la patria es una entidad social y moral. Para el español, la patria es el pedazo de tierra que abarcan sus ojos y que ama como se ama a una mujer, con un amor celoso y carnal. Ese amor crea en él, naturalmente, la ilusión; y el manchego y el navarro, que habitan dos de las más feas y tristes regiones de la tierra, no las cambiarían por el

Biblioteca Nacional de España

Paraíso, porque nada les parece realmente tan hermoso y radiante como la Mancha o Navarra. Yo he visto a un hombre muy inteligente, que era de Mérida (uno de los más lúgubres rincones del mundo), declarar muy seriamente y convencido, que París, como monumentos, interés y brillo, *no valía tanto como Mérida*. Por lo demás, ¿quién no ha oído a muchos españoles, muy cultos y que han viajado mucho, preferir cándidamente cualquier Mérida suya a Roma o a Londres, y considerar a tal politiquete de su provincia mayor que Gladstone y Bismark, y hallar en cualquier folletín publicado en un periódico de Andalucía más genio que en todas las obras de Hugo? A esto se llama ordinariamente la exageración española. ¡No! Es simplemente la cándida ilusión de un patriotismo transcendental.

Considerando así su patria tan hermosa, tan grande, tan fuerte, tan genial y dedicándole un culto como a verdadera y única divinidad, ¿cómo el español no ha de exaltarse hasta el enloquecimiento cuando la supone ultrajada? Para él, una ofensa a España es un sacrilegio, y tiene entonces el santo furor de un devoto que viese a alguien escupir a un crucifijo. Para castigar la abominable profanación, hará con entusiasmo todos los sacrificios y luego, inmediatamente, el de la vida.

Todos se acuerdan aún de la famosa *cuestión de las Carolinas*. Una mañana, Madrid sabe que, muy lejos, en mares remotos, un oficial alemán plantara en ciertas islas, vagamente españolas, llamadas las

Biblioteca Nacional de España

Carolinas, la bandera alemana. Nadie en Madrid conocíía la existencia de las Carolinas ni la geografía de las Carolinas. Mas los periódicos contaban que España había sido ofendida; y Madrid entero, todas las clases y todas las edades, hidalgos, carreteros, toreros, curas, magistrados, viejos, niños de la escuela, señoras y criadas, todos corrieron a practicar el acto más inmediato y urgente: ultrajar la bandera alemana, matar al embajador alemán, arrasar el edificio de la Embajada de Alemania. ¡Y después, la guerra! ¡Una guerra implacable, toda España en armas, cayendo sobre Alemania! ¿No hab,a tropas? ¡Cada hombre sería un soldado! ¿No había armas? ¡Cada uno tomaría su cayado o su navaja! ¿No había dinero? ¡Las mujeres empeñarían hasta la cruz que llevaban al cuello!... Y a través de este delirio, nadie distinguía aún dónde estaban las Carolinas. Así, en la primera cruzada, cuando las multitudes, pueblos enteros, partían a vengar la ofensa hecha por el turco al sepulcro del Señor, nadie sabía dónde caía Jerusalén...

Fueron dos días sublimes esos de Madrid. El viejo Bismarck, atónito y aturdido, retrocedió, mandó retirar la bandera alemana de las Carolinas, apeló al Papa. Realmente, Alemania, ante aquella explosión magnífica de la vieja alma castellana, empalideció. Y España salió de la aventura más engrandecida, más consciente de su grandeza y rodeada de las admiraciones del mundo. Es que nada se impone a los

Biblioteca Nacional de España

hombres como la afirmación heroica de un sentimiento justo.

Pues ahora tal vez va a suceder una aventura igual. España fué herida en su patriotismo y en su orgullo. La ofensa ya no vino de europeos, sino de africanos. Es, sin embargo, indiferente para España que el sacrílego sea fuerte o débil, civilizado o bárbaro. Hubo sacrilegio, esto es, hubo ultraje a la bandera de España, y, por lo tanto, ¡a las armas y guerra implacable!...

España posee en el Norte de Africa, más allá de Tetuán, de Ceuta y de otros puntos fortificados, una pequeña ciudad, poco mayor que una ciudadela, que se llama Melilla (1). En rededor hay, como en todas las otras posesiones, una zona de cultivo, defendida por trincheras y fuertes. Y más allá hay serranías pobladas por tribus moriscas, a las que se da el nombre genérico de moros del Riff o rifeños.

Los moros, naturalmente, odian a los españoles, sus enemigos hereditarios, con el odio de raza y con el odio de religión, y los españoles están allí, por lo tanto, en estado permanente de defensa. Ultimamente, después de vagas cuestiones que habían surgido entre españoles y moros en la vecina feria de Frajana, las tribus rifeñas mostraron una agitación tan visiblemente hostil, que el gobernador de Melilla, gene-

(1) Cuando se escribía esto, era así, un villorrio; hoy, todo el mundo sabe que Melilla es una gran población moderna y civilizada.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

ral Margallo, mandó reforzar las obras de defensa en torno de la zona cultivada, y construír en cierto punto más abierto un fuerte.

Ahora bien; precisamente en ese sitio existía un antiguo cementerio morisco. Nada hay más sagrado para el musulmán que un cementerio, porque, no sólo reposan allí los muertos, sino que allí vienen los vivos a orar y meditar, y a estudiar y organizar asambleas, y hasta a celebrar fiestas. El cementerio, en el mundo mahometano, constituye el verdadero centro de piedad y de convivencia.

Los moros del Riff expusieron, pues, al general Margallo que aquel fuerte, en aquel sitio, venía a dominar el cementerio y constituía, por lo tanto, una invasión moral y material de su territorio. Fué por un motivo idéntico, por causa de la famosa Torre Antonia, que sobrepujaba y estropeaba el templo de Jerusalén, por lo que tantas veces los judíos se sublevaran bajo la dominación romana. El general español respondió (como acostumbraba a responder el procónsul romano) que, dentro de su zona, él tenía absoluto derecho para levantar todos los fuertes que juzgara necesarios a su seguridad. Y mandó construír la obra. Los moros descendieron de noche de las alturas y destruyeron la obra. Con el acostumbrado tesón español, en lugar de conciliar, de escuchar razones que eran atendibles, porque nacían de un sentimiento religioso, el general Margallo ordenó la reconstrucción del fuerte. Los rifeños volvieron a descender más numerosos y volvieron a destruír el fuerte. ¡Dia-

Biblioteca Nacional de España

blo! No se podía continuar así, en plena morisma, esta tela de Penélope tejida al sol, destejida al claro de luna. El general Margallo volvió a comenzar las obras y las colocó bajo la protección de un destacamento de sesenta soldados. Los moros tocaron inmediatamente alarma a través de los aduares, bajaron y desmantelaron las obras y atacaron el destacamento. Había corrido sangre; era la guerra.

Lo que después ocurrió aún no está bien aclarado. El general Margallo, sin esperar refuerzos, con su pequeña guarnición de reclutas, hizo una salida temeraria para castigar a las tribus, que finalizó en una tremenda derrota de los españoles (a pesar de la espléndida bravura con que se batieron) y en la muerte del propio general Margallo, alcanzado por tres balas en el comienzo de la acción. Entre los oficiales gravemente heridos había un infante de Borbón. Los moros habían capturado dos cañones y una bandera, que los españoles recobraron.

Cuando el desastre se supo en Madrid, hubo otro *día de las Carolinas*. Madrid entero corrió al Palacio, a los Ministerios, gritando: *¡Venganza y guerra!* Todo hombre válido se quiso alistar como voluntario. Para que no faltase dinero (y el Gobierno no lo tiene), el Banco de España ofreció ochenta millones, las grandes casas hidalgas prometieron copiosos donativos, las propias iglesias deseaban dar sus joyas. España, toda, rompió en otra de sus sublimes explosiones de patriotismo. El reyecito, que tiene siete

Biblioteca Nacional de España

años (1), cercado en el Paseo del Prado por una inmensa mutitud que lo aclamaba, se puso en pie en el asiento del carruaje y comenzó a gritar: *¡Vamos todos a matar a los moros!* (1)... Fué un delirio. Y España, entusiasmada, allá va para la guerra.

¡Y en qué momento viene! Cuando España, muy pacientemente, con un esfuerzo en que también había heroísmo, estaba reconstruyendo, día a día, migaja a migaja, su Hacienda arruinada. La guerra es la ruina, porque las tribus del Riff pueden poner en armas sesenta mil hombres aguerridos, de incomparable bravura, con espingardas Remington, y teniendo por coto sus serranías inaccesibles. Para vencer a esta formidable guerrilla es necesaria una expedición de treinta mil hombres, que han de ser alimentados desde España, porque en el Riff sólo hay arenales. La Hacienda española queda desorganizada por infinitos años. Y aun hay el peligro de complicaciones europeas, porque España se verá forzada a penetrar en el territorio de Marruecos (los moros del Riff son súbditos del Sultán de Marruecos), y allí encuentra la oposición de Inglaterra, de Francia, de Italia, que tienen todas tres pretensiones, por motivos de fronteras coloniales, o por motivos de dominación estratégica en el Mediterráneo, a ese vasto y rico sultanato. La cuestión de Marruecos substitu-

(1) Téngase en cuenta, como ya se advirtió antes, que este artículo está escrito en 1893.—*N. del Tr.*

(1) En castellano, en el original portugués, aunque con una falta gramatical leve: la de omitir la preposición *a*, que yo restauro en su debido puesto.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

yó hoy en Europa, por sus peligros, a la antigua y clásica cuestión de Oriente.

Lord Salisbury afirmaba, aun hace poco, que si la paz del mundo viniese a ser rota, sería de seguro, por causa de ese terrible Marruecos. Y, ya en Gibraltar, delante de las costas de Africa, tiene Inglaterra, por precaución, una gran escuadra de acorazados. Así España arruina su Hacienda y arriesga una horrenda guerra europea. Mas ¿qué le importa? Murieron oficiales españoles, fué ultrajada la bandera de España, y ella vende las joyas de sus templos y avanza sublimente.

Por lo menos yo encuentro sublime este patriotismo vehemente, todo este noble *arranque* (1). ¡Heroica España! ¡Dios te dé ventura!... Aunque los moros del Riff, con su piadoso amor por su viejo cementerio, no dejan de ser interesantes...

Y así, en pleno siglo XIX, tenemos de nuevo, como en el Romancero, la Cruz contra la Media Luna, y a España en su antigua y laboriosa ocupación de *matar a los moros*.

(1) Esta expresiva palabra empléala Queiroz en castellano.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

XII

EL SR. BARTHOU.—"LA ANTIGONA", DE SOFOCLES.—"LES ROIS", DE JULES LEMAITRE.

Hubo en Francia, súbitamente, una caída, o más bien, una descoyuntación del Ministerio. Los ministros, que eran unos de substancia radical, y otros de substancia conservadora, estaban mal engrudados, El calor de las primeras discusiones, en la Cámara nueva, despegó estos pedazos heterogéneos del Poder ejecutivo. Inmediatamente, sin embargo, se manufacturó otro Gobierno. Y la única característica de esta crisis, digna de perpetuarse en las crónicas, fué el haber aparecido de repente, y con motivo de ella, un hombre de Plutarco.

Este hombre es el Sr. Barthou.

Es necesario retener este nombre, Barthou, porque representa a un justo. La Biblia diría "un vaso de elección"; pero esta imagen es arriesgada y da lugar a equívocos lamentables, cuando se trata de hombres y de cosas parlamentarias.

¿Quién es el Sr. Barthou? Un político, y, por lo tanto, un ambicioso. A más de eso, un inteligente y un entusiasta.

¿Qué hizo el Sr. Barthou?

Biblioteca Nacional de España

El Sr. Barthou realizó un hecho sin precedentes en la historia constitucional; invitado en esta nueva organización del Ministerio para secretario de Estado de las Colonias, rehusó.

Y rehusó por un motivo que le eleva precisamente a esas alturas morales en que Plutarco se comienza a entusiasmar. El Sr. Barthou rehusó porque (según dijo), "no estaba capacitado, ni por sus estudios anteriores ni por la experiencia, para hacerse cargo de estas funciones". ¿Conocen alguna resolución más heroica? Yo no la conozco. Un político de profesión, un ambicioso, que se niega a entrar en un Ministerio por no considerarse competente, ni teórica ni experimentalmente, para dirigir un ramo determinado de la Administración, ¡es verdaderamente prodigioso! Y nosotros, todos los que nacimos bajo el régimen de las cartas constitucionales, no podíamos suponer que existiese en alguna parte, en esta Europa política y parlamentaria, un bachiller que sinceramente se juzgase inepto para gobernar, desde el fondo de su gabinete, fumando el cigarrillo del Poder, las colonias de su país.

En el antiguo régimen de derecho divino, frecuentemente solía ser llamado un peluquero para salvar la hacienda del reino. Pero en esos tiempos deliciosos, todo dependía de la voluntad del Rey. A veces, el peluquero, mostrando sus peines, confesaba, aterrado, su incompetencia. El Rey, sin embargo, mandaba, y el peluquero, con las manos aún pegajosas de las pomadas, se hacía cargo del tesoro real. Cuan-

Biblioteca Nacional de España

do Felipe II de España dió al Duque de Medina-Sidonia el mando de la "Armada Invencible", que partía a conquistar Inglaterra, el pobre duque escribió a su Rey y señor una carta desolada, en que le decía que estaba viejo y lleno de achaques, que se mareaba horriblemente en el mar y que no sabía mandar una flota... Felipe II frunció el entrecejo y ordenó al duque que embarcase. El desgraciado allá embarcó, ya mareado, y todos saben la buena cuenta que dió de la "Gran Armada". Para evitar esta deplorable confusión de las profesiones, se hizo la revolución del 89. Y de ella surgió entonces esa clase de políticos, poseedores de aptitudes universales y de ciencia universal. Todo aquel que, por gusto o por necesidad, se incorporaba a esa clase, parecía recibir del Espíritu Santo el don de conocerlo todo y de poderlo todo. El médico soltaba sus lancetas e iba a confeccionar códigos, absolutamente seguro de la propia capacidad. El folletinista arrojaba la pluma, empuñaba la espada y allá partía con una soberbia confianza para el ministerio de la Guerra a reorganizar los ejércitos. Ninguno jamás vacilaba. Y tal que dudaría, por causa de su inexperiencia, en aceptar la administración de una huerta de coles, estaba dispuesto, arrogantemente dispuesto, a dirigir un ministerio de Agricultura y Comercio.

Esta confianza de los políticos en sí mismos acababa por comunicarse al público. Y todos nosotros, desde que Fulano era electo diputado, estábamos ciertos de que, tocado de una luz divina, de "la len-

Biblioteca Nacional de España

gua de fuego", como los apóstoles, podría, si no hablar todos los idiomas, al menos dirigir, bajo todas las formas, los grandes servicios públicos de su país e indiferentemente, según las circunstancias, salvar la hacienda o mandar la flota.

La extraña confesión del Sr. Barthou viene a destruir esta cómoda confianza. ¡Cómo! ¿Hay, pues, políticos que no conocen, ni por estudios anteriores, ni por experiencia adquirida, los negocios coloniales? ¡Diablo! ¿Cómo ha estado entonces gobernado el mundo hasta ahora? ¿Será posible que hayamos tenido por ministros y gobernantes otros Barthous que, al contrario de éste, escondieron cuidadosamente su incompetencia?

No lo sé. Pero de fijo que la declaración del señor Barthou, singularmente honrosa para él, es altamente nociva para su clase. Crea una enorme sospecha entre nosotros, los gobernados.

Si hay un político a quien el Espíritu Santo no concedió el don de saber universal, es muy posible que otros muchos hayan encontrado de parte del Espíritu Santo la misma resistencia a otorgarles el don divino. Y ya no podremos ver a un bachiller subiendo las clásicas gradas del Poder, con la cabeza alta y los lentes centelleantes, sin murmurar dentro de nosotros mismos, mirando de revés al gallardo mozo en su ascensión: "¡Demonio!... ¿Será este gandul un Barthou, que se calló?..."

Biblioteca Nacional de España

Poco interesante, por el lado de la política, París está, a lo que parece, interesante por el lado de los teatros. Para comenzar tenemos a Sófocles en el Teatro Francés, con su vieja *Antígona*. ¡Envidiable destino el de este Sófocles!... Hace ya más de dos mil trescientos años que disfrutó su primer éxito en Atenas, el día en que Cimón derrotaba a los persas en las márgenes del Eurymedon, y ahí lo tenemos aún, después de veintitrés siglos, haciendo derramar en París las mismas lágrimas que hacía correr de los bellos ojos de las atenienses, cuando Antígona, cubriendo la faz con el velo, marchaba hacia la muerte. ¿Cuántos imperios, cuántas razas, cuántas civilizaciones han pasado? Cuando él en Colona, en casa de su padre, que era un sencillo fabricante de armas, desenvolvía, verso a verso, en las tablillas enceradas, a la sombra de algún olivo, las quejas de Edipo, París no era más que una obscura selva, donde por la noche aullaban los lobos, viniendo a beber a las lagunas. Y en el sitio de ese vetusto matorral, convertido ahora, a su vez, en una Atenas infinitamente más complicada, todas las noches, millares de voces, trémulas de emoción, continúan gritando: "¡Bravo, Sófocles!", y de fijo algunos devotos de su genio irían, como los soldados de Lysandro, a coronar de flores su tumba, si aun fuese posible saber dónde se encuentra su tumba. Dicen que era en la Decelia, y que cuando ya no existía la tumba, ni siquiera había ya Decelia, aún los pastores notaban que constantemente se juntaban allí las abejas en grandes en-

Biblioteca Nacional de España

jambres dorados. Es que las abejas, desde hace siglos, eran atraídas hasta aquella colina por la dulzura y por el aroma que exhalaban los restos de Sófocles.

Esta *Antígona* que ahora se representa en el Teatro Francés, fué para Sófocles la obra de más rendimiento, porque valió al poeta ser nombrado general o *estratega*, como los griegos decían, en una expedición a Samos. ¡Singulares "derechos de autor!"... Y singular pueblo, que recompensaba la belleza de una tragedia con el mando de una escuadra. Mas, servir a la ciudad, ganar Atenas en una batalla, era, en esos tiempos de civismo heroico, la más espléndida, la más noble de las tareas humanas, y no podía darse mejor recompensa a un gran poeta que suministrarle la posibilidad de tornarse un gran ciudadano. Por lo demás, Sófocles era soldado; ya se batió en Salamina, donde también combatiera el viejo Esquilo.

Así, los dos trágicos concurrieron, "por la pluma y por la espada", a asegurar el predominio de la civilización helénica y de la civilización occidental.

Y no fué sólo como combatiente con lo que Sófocles cooperó en Salamina, sino como poeta, porque, por su belleza y por su genio lírico, fué escogido para corifeo de los coros de mancebos que, con cantos y danzas, celebraron durante tres días esa magnífica victoria, que nos salvó a todos nosotros, hombres de raza aria, de ser aún hoy orientales, y tal vez persas...

Biblioteca Nacional de España

Pues la *Antigona* continúa dando rendimientos. Ni Sófocles, ni sus herederos, se aprovechan de los cinco o seis mil francos que ella arroja todas las noches en la caja del Teatro Francés. Pero no es menos provechoso para su gloria inmortal que, al fin de veintitrés siglos, este dramaturgo de Atenas continúe enriqueciendo a los demás.

Dejemos, sin embargo, la *Antígona* y Sófocles, porque de las obras representadas en París, la que más interesará, de seguro, en el Brasil, es *Los Reyes* (*Les Rois*), de Jules Lemaître.

Este drama, tan esperado, tan loado, comienza, en efecto, por una historia de la revolución del Brasil. Exactamente, como les cuento. Por una historia de la revolución del Brasil, de la otra, de la antigua, de la que derribó el Imperio.

Cuando el telón se levanta, vemos delante de nosotros el salón del trono del palacio real de Alfania. La Alfania es un gran reino, una monarquía absoluta, con treinta y ocho millones de vasallos; pero esta sala no presenta más lujo o majestad que la del municipio de una villa democrática. La primera impresión es que, en Alfania, las artes decorativas y suntuarias están en deplorable decadencia; pero en breve, se descubre que las colgaduras de seda y brocado, que debían revestir esta sala regia, fueron arrancadas de las paredes para hacer con ellas las *toilettes*

Biblioteca Nacional de España

de Mme. Sarah Bernhardt, que es la princesa real de Alfania.

Por la puerta noble de esta sala desguarnecida entran dos señores de casaca y calzón de corte, con grandes cruces, que me parecieron ser de la Orden de la Concepción. Uno, el más gordo, es el bibliotecario del rey de Alfania, Cristián XVI. El otro, un mozo rubio y alegre, es el ministro de los Estados Unidos del Brasil, que aquí, en la pieza y en la Alfania, tiene el nombre de la *República de las Cordilleras*. El ministro responde al nombre caballeresco y españolesco de Alvarez. Muy jovialmente, y no sin malicia, este ministro Alvarez comienza a contar al bibliotecario (de quien fué condiscípulo en el Colegio Stanislas, de París) sus tribulaciones diplomáticas.

Hace dos meses que fué nombrado ministro para Alfania,; hace dos meses que reside en la corte de Alfania y aun no consiguió que el viejo rey Cristián reconociese la República del Brasil. Bien comprensible, por lo demás, esta resistencia de Cristián XVI, que tiene ochenta años y es un autócrata de derecho divino, y vive en el santo horror de todo el liberalismo y de toda la democracia, y no puede comprender que el pueblo de la "Cordillera" expulsase a un viejo Emperador tan magnánimo y tan paternal.

Y, sin embargo (como Alvarez explica, en parte para el bibliotecario y en parte para el público), nunca hubiera en el mundo una revolución republicana más impregnada de buenos sentimientos monárquicos.

Biblioteca Nacional de España

El pueblo de la "Cordillera" no detestaba, antes amaba, a su Emperador. Pero ¡cómo! Ese Emperador nunca residía en su Imperio, y constantemente recorría Europa, rodeado de eruditos, robusteciendo su ciencia de las lenguas muertas y leyendo manuscritos en el seno de las Academias. Ahora bien: un pueblo que no se ocupa de filología, no gusta de ser gobernado por un filólogo. Sobre todo, por un filólogo que parece preferir a su trono su sillón del Instituto de Francia. El trono estaba siempre vacío, cubriéndose de polvo, y el Emperador siempre en Francia, en el Instituto, desmenuzando raíces hebraicas. A más de eso, aquel Imperio de la "Cordillera" desentonaba en la armonía republicana de la América del Sur. ¡Cómo! Todos los países en derredor, disfrutando de las venturas de la República, y sólo la "Cordillera" sobrecargada con una monarquía y una corte. Era discordante.

De suerte que el pueblo decidió despedir a su Emperador. Pero este acto de buen sentido político fué hecho con toda la delicadeza, todo el respeto, toda la bonachonería. La República surgió una madrugada, naturalmente y serenamente, como el sol. El Gobierno provisional fletó en seguida un vapor (un vapor muy confortable, añade Alvarez), metió dentro a su viejo Emperador con todas las cautelas, saludó y mandóle zarpar para Europa. Ni una palabra, ni un gesto que revelasen amargura o cólera en esta separación.

¡Por el contrario! El pueblo tenía los ojos nubla-

Biblioteca Nacional de España

dos de lágrimas y el Emperador también. Y durante mucho tiempo, el uno en la playa, el otro en la cubierta del vapor confortable, se saludaron en un largo, eterno *adiós,* ambos llenos de simpatía y de nostalgia. Y realmente no había motivo para que el viejo Cristián XVI recelase reconocer una República tan cortés, tan amable ¡y, en el fondo, tan monárquica!

Así narra el ministro Alvarez, en el primer acto de *Los Reyes,* esta risueña revolución que le hizo ministro. ¡Y con qué ironía lo cuenta! No fío mucho en la fidelidad de este funcionario. Pero apenas él termina la historia de tan bella aventura a que se lanzó su país, entra toda la corte de Alfania.

Es que estamos en un considerable momento histórico. El viejo rey de Alfania va a abdicar. No es sólo por vejez, por fatiga de aquella corona secular. Es que ya no comprende a su pueblo y teme que su pueblo no comprenda a su rey. Hasta entonces fuera sencillamente el pastor muy solícito de un rebaño muy manso. Ahora, sin embargo, bajo su cayado, veía, no carneros, sino hombres. Y esta nueva ciencia de gobernar hombres y no carneros, él, rey de otras épocas, no la poseía. Por eso traspasa el cayado a su hijo, el príncipe Hermann. Ese no sólo es nuevo por los años, sino es nuevo por las ideas. Príncipe de derecho divino, fué educado, sin embargo, en otros tiempos, por otros libros, y conoce los derechos humanos. Todas esas libertades extrañas que el pueblo de Alfania reclama (libertad de votar, de im-

Biblioteca Nacional de España

prenta, de asociación, de reunión, etc.), y que al viejo Cristián le parecen horrendos atentados contra su autoridad real, son para este buen príncipe Hermann aspiraciones legítimas que deberán ser satisfechas con una prudente generosidad. De suerte que, con este nuevo pueblo de Alfania, tan diferente del viejo rebaño gótico, que está ya hoy lleno de teorías y medio revolucionado; mejor se entenderá el príncipe joven que el rey viejo. Y Cristián XVI abdica.

Allí está él, en su poltrona real, todo vestido de verde, con su blanca cabeza inclinada al peso de presentimientos tristes, mientras el canciller del reino lee el rescripto que entrega la Regencia del reino de Alfania al democrático y humanitario Hermann. Este pobre príncipe tampoco parece feliz, atacado ya por el terror de sus responsabilidades. Quien resplandece es la princesa Mme. Sarah Bernhardt, una archiduquesa del seco y puro tipo feudal, ansiosa de majestad y de poder. Pero, al fin, he ahí a Hermann regente de Alfania, recibiendo los homenajes de los grandes dignatarios. ¿Y saben cuál es su primer acto de regente? El reconocimiento de la República del Brasil. Exactamente como les cuento. Cuando el ministro del Brasil, a su vez, va a saludarle y a rendirle pleitesía, el príncipe Hermann dice con aire grave y decidido de quien hace su primera afirmación democrática:

—Señor Alvarez; preséntemе mañana sus credenciales...

Ni más ni menos. Está reconocido el nuevo Bra-

Biblioteca Nacional de España

sil por el nuevo rey de Alfania. El pobre Cristián suspira; y Alvarez parece bien contento.

Obtenido este espléndido resultado, nada más nos queda sino salir del teatro y de la Alfania, resfregando las manos. Pero ¡no!... Debemos quedarnos para ver en el segundo acto una situación verdaderamente bella, de un patético nuevo y más conmovedor y profundo que los que resultan de los conflictos de la pasión. He aquí una verdadera tragedia intelectual.

El pobre príncipe Hermann, más que democrático, realmente socialista, ya dió a su pueblo todas las libertades políticas y hasta un parlamento y una carta constitucional.

El viejo reino de la Alfania está todo transformado y arreglado a la moderna, en el mejor estilo Luis Felipe. El primer ministro es un jacobino que, como él mismo confiesa, pasó su mocedad en hacer revoluciones contra el antiguo Cristián y en ser preso como cabecilla irreconciliable. Mas el pueblo permanece, sin embargo, descontento. Hay una crisis industrial en toda Alfania, una intensa miseria traída por las huelgas, y los obreros de la capital, obedeciendo a la vieja ilusión de que el ejercicio de más derechos públicos les traerá más salarios, preparan una tremenda manifestación en la calle para reclamar el sufragio universal. El príncipe Hermann permite alegremente la manifestación, porque (como él dice), si el sufragio universal no cura los males del proletariado, al menos le sirve de consuelo, le infunde en el al-

Biblioteca Nacional de España

ma una esperanza; y el proletariado sufre tanto y está bajo el peso de tan fatales injusticias, que por todos los modos debe ser consolado y atendido en las exigencias reales o ficticias.

Lo que el buen Hermann querría (como él también declara), sería distribuir entre los pobres lo superfluo de los ricos; mas como esa liquidación social no es posible inmediatamente, y como no se puede dar al proletariado todo el pan que él necesita, désele, al menos, todo el voto que él reclama. Y la manifestación de los veinte mil obreros viene ya por la calle, inmensa y clamorosa. En el palacio, reina el terror.

Esos millares de obreros, sueltos en la capital, ¿permanecerán ordenados y disciplinados? Los propios ministros, antiguos jacobinos, dudan; tanto más cuanto que la manifestación está presidida por anarquistas que estaban presos, a quienes Hermann, apenas nombrado regente, luego amnistió con entusiasmo. Y, en efecto, no tardan las malas noticias. Los manifestantes enarbolan la bandera negra. Ya aquí y allá hubo conflictos; y las tropas fueron apedreadas. ¡Y he aquí que ahora la enorme masa popular avanza sobre el palacio! Pero Hermann sonríe tranquilamente. ¿Qué puede tener él, que ama tan ardientemente a los pobres, y que es, en verdad, el rey de los pobres? ¿El pueblo avanza sobre el palacio? Pues que se abran de par en par, bien amplias, todas las verjas de los jardines; que el pueblo entre, porque su rey está allí extendiéndole con amor los brazos. Y él mismo abre las ventanas, por donde pe-

Biblioteca Nacional de España

netra un prolongado, sombrío y sospechoso tumulto de clamores.

Pero he aquí un ayudante de campo anunciando que la turba está en plena revolución, asalta los puestos de la guardia y comienza a saquear las tiendas. ¡Qué espanto para el pobre Hermann! ¡Cómo! ¿Pues el pueblo no comprende que él lo ama y que trabaja para su felicidad, y que va él mismo, socialista coronado, a hacer lentamente, y desde arriba, la revolución social?

No; el pueblo no parece comprender, porque precisamente comenzó a apedrear las ventanas del palacio. Ya una piedra iba a matar al príncipe real, una pobre criatura enferma, en brazos de su nodriza. Hermann, afligido, corre a un balcón para gritar al pueblo toda la verdad. Cae sobre él una granizada de piedras. Y ya no son solamente piedras: son tiros. Otro ayudante, enloquecido, corre a contar que la guardia real está siendo desarmada por el pueblo. ¡Es la revolución! ¿Qué hacer? Madame Sarah Bernhardt, que está aquí magnífica, arrástrase a los pies de Hermann, suplicándole que salve la corona, ¡que salve el reino! ¡Aun hay tiempo! Las tropas, absolutamente fieles, están en la calle; sólo esperan una orden para cargar y barrer el populacho... Pero Hermann vacila, lívido, en una agonía, gritando solamente: "¡Oh, brutos, brutos, que no comprenden!..."

Otro ayudante. ¡La revolución triunfa! Va a acabarse el reino secular de Alfania. Ya el pueblo rompe las puertas del palacio. En poco tiempo aquella

Biblioteca Nacional de España

rica ciudad será saqueada por una plebe feroz. Y el general gobernador manda intimar al rey que le diga claramente lo que debe hacer como general. Hermann, en un tono de voz de moribundo, murmura:

—¡Su deber de soldado!

Y cae aniquilado en un sillón. Fuera hay un lento redoblar de tambores. Es el primero y lúgubre aviso para que la multitud se disperse antes que sobre ella rompa el fuego. Hermann, aun se precipita a la ventana y grita: "¡No, no!"... Es tarde; una descarga, otra descarga.

Y luego el horrendo clamor de los gritos. ¡Son los que mueren!...

Un silencio siniestro. Está salvado el orden y con él la corona. Un oficial aparece, muy pálido, con el uniforme desaliñado. La princesa, que cayó de bruces encima de una mesa, levanta lentamente el rostro y pregunta entre lágrimas:

—¿Mujeres muertas?

El oficial murmura:

—Muchas...

—¿Criaturas?

—También...

Hermann quedó como petrificado, sin voz, sin vida, con los ojos clavados en la alfombra. Es que está viendo en la alfombra, cubiertos de sangre, los pedazos de su bello sueño humanitario que se despedazó. Es el primer rey demócrata de Alfania; y he ahí que, por amar mucho al pueblo y colmarlo de grandes esperanzas y lanzarlo francamente por

Biblioteca Nacional de España

el camino de todas las satisfacciones sociales, se ve forzado, por la lógica terrible de las cosas, a erguirse delante de su pueblo como un represor violento y a ametrallar a su pueblo—lo que nunca sucedió en la vieja Alfania, cuando el pueblo era un rebaño pastando mansamente su ración de hierba bajo el cayado de sus viejos reyes. Su socialismo naufragó en sangre.

La escena es verdaderamente bella; y por la aparición de la Fatalidad, ese gran factor de toda tragedia, pero de una Fatalidad nueva, brotada de las leyes sociales, da una tan fuerte emoción como la pueden dar Esquilo y Sófocles. Después el drama acaba en un conflicto de amor, que es al mismo tiempo vulgar y complicado y lleno de ironía. Y no volvemos a ver a Alvarez.

Ligero y jovial, como me pareció, estoy temiendo que se dedicase a galantear con las damas gentiles de la corte de Alfania, en lugar de componer y mandar a su Gobierno un informe instructivo demostrando, por el ejemplo "alfánico", el peligro que se corre en destruír, por amor a las teorías, un régimen lleno de paz, de orden, de prosperidad y de crédito, para lanzar a la nación en un sendero incierto y obscuro, donde va tambaleándose a través del descrédito, del desorden, de la ruina y de la guerra.

Pero Alvarez no es hombre para comprender las lecciones de la historia.

Biblioteca Nacional de España

XIII

LOS ANARQUISTAS.—VAILLANT

Desde que nos vimos, caros colegas y amigos, este viejo mundo fué de nuevo trastornado por una bomba: la bomba del anarquista Vaillant. Esta, sin embargo, no causó estragos en piedra y cal, como la bomba ya clásica y casi simbólica de Ravachol, ni hizo tampoco la devastación mortal de la bomba española del teatro de Barcelona (1).

La bomba de Vaillant sólo deterioró algunos terciopelos de poltronas y pedazos de estuco dorado, y la única herida peligrosa que causó (y ya hoy curada) fué la de un primo intelectual del anarquismo, de un sociaista neo-cristiano, el dulce abate Lemire. Pero difundió un terror más intenso que las de Ravachol, o la de los españoles, porque por primera vez la sociedad sintió la temible dinamita lanzada contra uno de sus grandes órganos vitales, contra el centro regulador de sus funciones, contra el Parlamento. Las otras bombas sólo pretendieron destruír fincas ricas como las formas más materialmente palpables del capitalismo; o bien burgueses opulentos en el

(1) Se refiere a la célebre bomba puesta en el Teatro del Liceo.

Biblioteca Nacional de España

acto de disfrutar un lujo que ofende especialmente a la miseria: el de la ópera. La bomba de Vaillant estalla, sin embargo, con imprevista audacia sobre el seno augusto de la Representación Nacional. En una República parlamentaria, el Parlamento es el Rey. Por lo tanto, Vaillant cometió verdaderamente un regicidio. Y no hay crimen que impresione más que el regicidio, porque en una sociedad donde no se eliminó por completo la idea de que el jefe es el padre, participa de la naturaleza del parricidio.

De seguro saben por el telégrafo y por los periódicos la historia del hecho. En el Palacio Borbón, estando la Cámara en sesión y un diputado en la tribuna; Vaillant tira su bomba compuesta de clavos y pólvora verde, dentro de una caja de hojalata que choca en una columna y estalla antes de caer. Densa humareda, gritos, terror, tumulto; e inmediatamente, también, entre los diputados, aquella serenidad valerosa, aunque un poco afectada, que es una tradición de las asambleas francesas, acostumbradas desde 1789 a ser invadidas, asaltadas y hasta tiroteadas por las plebes en revolución. Todas las puertas del Palacio Borbón se cierran; las salas de las Comisiones son convertidas en ambulancias, donde, sobre colchones traídos aprisa de un cuartel, los heridos reciben curaciones precarias. Entre esos heridos hay uno con clavos clavados en las piernas, que vacila en dar su nombre y su dirección, y que despierta, por lo tanto, el olfato embotado de la Policía. Es conducido al hospital por dos agentes que se sitúan al lado de la cama y

Biblioteca Nacional de España

comienzan amigablemente con él una conversación hábil sobre anarquistas y fabricación de bombas. El herido, por uno de esos impulsos de vanidad bien humana, bien francesa (que Balzac se deleitaría en notar), alardea de su conocimiento íntimo con los jefes del anarquismo y con los procedimientos empleados en la fabricación de las bombas. Los otros se encogen de hombros, niegan su competencia. Y el hombre, irritado con la contradicción, termina por gritar:

—Pues bien, fuí yo. ¡Fuí yo quien arrojó la bomba! ¡Viva la anarquía! Y ahora no me molesten más, que quiero dormir.

Era Vaillant. Y saben también de seguro que fué condenado a muerte por un Jurado que se mostró feroz para que en París, y sobre todo en su barrio, no le supusiesen medroso. Lo cual es también muy francés y muy humano.

La bomba de Vaillant y la sentencia que condena a Vaillant a muerte, siendo dos actos en el fondo idénticos, porque ambos procuran aniquilar un principio por la violencia, son también dos actos absolutamente inútiles.

En un crimen como el de Vaillant, entran, en resumen, tres impulsos emotivos determinantes. Primeramente hay un deseo de venganzas, muy personal, por miserias largo tiempo padecidas en la oscuridad y en la indigencia. Hay después el apetito mórbido de la celebridad, como lo prueba el hecho de que Vaillant, en vísperas de lanzar la bomba, se hubiese

Biblioteca Nacional de España

fotografiado en una actitud arrogante, vuelto hacia la posteridad. Y, por fin, hay el propósito de aplicar la doctrina de la secta que, habiendo condenado a la sociedad burguesa y capitalista como único obstáculo a la definitiva felicidad de los proletarios, decretó la destrucción de esa sociedad. Sólo ese aspecto sectario del crimen nos interesa particularmente en cuanto a su inutilidad. (Porque por los otros dos aspectos el acto no fué inútil, puesto que Vaillant realizó su venganza y alcanzó su celebridad.)

Aquí tenemos, pues, a Vaillant como anarquista, con su bomba en la mano, preparado a demoler en provecho del proletariado oprimido un fragmento de la sociedad que le oprime, algunos de sus miembros más activos e importantes, y, por lo tanto, para él, más opresores. Lanza su bomba; y supongamos que, causando un máximum inverosímil de destrucción, mata a los seis ministros, aniquila a los quinientos diputados y arrasa el edificio del Parlamento. ¿Qué sucedería? ¿Qué ventajas traería este hecho estupendo al proletariado esclavizado? Primeramente se difundiría por toda Europa un terror y una conmoción mayores (porque hoy somos más sensibles, y el telégrafo y el reportaje dan un alimento más pronto y más abundante a esa sensibilidad) que la conmoción y el terror causados por el terremoto de Lisboa en 1755. Después, inmediatamente, el Poder ejecutivo, que no había sido demolido, nombraría un Ministerio en substitución del Ministerio asesinado; y ese nuevo Ministerio, aun asumiendo provisionalmente

Biblioteca Nacional de España

la dictadura, fijaría una fecha para que la nación eligiese una Cámara nueva en substitución de la Cámara desbaratada. En seguida, Francia haría a sus muertos funerales magníficos. Vaillant sería guillotinado en vista de que no existe aún para crimen tan prodigioso pena más completa que la guillotina.

El Gobierno decretaría terribles leyes de represión, y con el apoyo entusiasta de todo el país, los anarquistas serían perseguidos en monterías como lobos. El Estado reedificaría el edificio del Parlamento en condiciones más seguras y con líneas de fijo más bellas. Y, finalmente, otra vez la Cámara se reuniría en el nuevo edificio, y el tiempo, que es un gran apagador, iría apagando la impresión penosa de la catástrofe, y los pobres sufrirían las mismas necesidades y Rothchild gozaría los mismos millones y la sociedad burguesa y capitalista continuaría su movimiento sin haber perdido un átomo de su capital y de su burguesismo. Del lance horrendo sólo restaría por los cementerios del Père-Lachaise o de Montmartre algunas viudas llorando. Y el proletariado anarquista, ¿qué habría conseguido? El odio insaciable de los egoístas, la desconfianza de los propios humanitarios. Y también habría logrado crear, para su confusión y mayor humillación, al lado de la clase, ya desagradable, de los *mártires de la libertad*, la clase aún más desagradable de los *mártires de la autoridad*. De suerte, que estas bombas arrojadas contra la sociedad, aun cuando tuviesen medios destructivos, que son hoy inaccesibles con nuestra limitada ciencia,

Biblioteca Nacional de España

nunca pasarían, en relación a la fuerza y a la estabilidad de esa sociedad, de ser actos impotentes y tan inútiles como pompas de jabón lanzadas contra un muro.

A esto replican los anarquistas: "Así es; pero nosotros no pretendemos destruír: sólo deseamos aterrar..." Razonamiento vano. ¿Qué significa en este caso aterrar? ¿Significa probar por la experiencia de una pequeña destrucción la posibilidad de una destrucción inmensa? ¿Significa inspirar a la burguesía, demoliéndole una finca y matándole tres miembros, el temor de que le pueda ser arrasado un barrio y deshechos en astillas tres mil de sus representantes? Pero está comprobado que, por grandes que sean esas devastaciones por la dinamita, aun cuando súbitamente por una de ellas pudiese desaparecer todo el Poder ejecutivo y todo el Poder legislativo, los millones de burgueses que gobiernan y que conservarían intactos su ejército, su oro, todas sus fuerzas, no consentirían en abdicar de derechos que ellos consideran como casi divinos y los únicos capaces de mantener el orden y la seguridad en las agrupaciones humanas. Es la eterna inutilidad del regicidio que, matando al hombre, se mata el sistema.

El nihilismo ruso experimentó esa inanidad de la violencia; un Zar era asesinado; en seguida otro era coronado, que del propio crimen cometido sobre el padre parecía sacar un aumento de fuerza y como una nueva sanción. Por eso Proudhon, a quien el anarquismo venera como uno de sus Santos Padres,

Biblioteca Nacional de España

predicó constantemente contra el tiranicidio, contra las tendencias tiranicidas de los jacobinos del Segundo Imperio (hoy hombres de poder y autoritarios), como predicaría, si viviese, contra la bomba de los anarquistas por constituír otra forma de tiranía y ser, sobre todo, un tan lamentable desperdicio de energía heroica.

Pero, por otro lado, si la bomba de Vaillant y de muchos Vaillants es impotente para arrasar ni siquiera aterrar eficazmente a la sociedad burguesa, la sentencia que condena a los Vaillants es impotente para suprimir ni siquiera asustar al anarquismo. Con estas sentencias, inspiradas por un deber y por una esperanza, el deber queda seguramente cumplido, porque el criminal queda castigado; pero la esperanza no se realiza, porque ni los anarquistas disminuyen ni se tornan más raros o más tímidos sus asaltos contra la sociedad. Por el contrario. Está demostrado por la propia Policía, que desde las primeras bombas, y, por lo tanto, desde las primeras represiones, el número de anarquistas ha crecido en la proporción formidable de uno por mil; y mientras que la primera bomba fué lanzada contra una simple casa, la última es ya arrojada contra el propio Parlamento en sesión, ejerciendo soberanía. Lo que era una banda está organizado en secta.

Y odios dispersos, operando sin método y sin dogma, se fundieron en una religión (o si quieren, en una herejía) en la que el odio, de seguro, es aún un factor, pero en la que es un factor mayor el amor,

Biblioteca Nacional de España

el amor de los miserables y de los oprimidos, y que, por lo tanto, tiene por este lado una gran fuerza de propaganda y una segura condición de vitalidad. Sobre esta secta, que bien podemos llamar religiosa (o si quieren herética), las sentencias de muerte no tienen acción, porque no hacen más que vibrar un golpe únicamente material sobre lo que es inmaterial, la creencia; y se asemejan, por lo tanto, a cuchilladas lanzadas al viento. La guillotina corta una cabeza, pero no alcanza la idea que dentro reside. Durante un momento, de fijo, a fuerza de registros, de prisiones, que son el acompañamiento usual de la sentencia, la secta queda desorganizada y descoyuntada; pero para reorganizarse inmediatamente después, más fanatizada, más numerosa, por lo mismo que acaba de padecer una persecución. Tales sentencias no tienen sino el efecto desastroso de crear mártires. Ahora bien; no hay simiente más fecunda que una gota de sangre de mártir, sobre todo cuando cae en un suelo tan preparado para que ella fructifique como es el alma especial de los humanitarios que llegaron a la exacerbación del humanitarismo, no por teoría, sino a través de realidades dolorosas y de una experiencia constante de las miserias serviles. Imagínese lo que será (cuando un Vaillant sea guillotinado) una reunión secreta de anarquistas, de los verdaderos, de los puros, de esos millares de obreros de corazón generoso y exaltado, para quienes el anarquismo es la verdadera redención de la Humanidad, que admiran en el hombre que se sacrificó por esa idea santa, un

Biblioteca Nacional de España

mártir del amor de los hombres. El Jurado sólo vió al bruto que quiso matar; ellos sólo ven al justo que quiso libertar. En una tal reunión, donde cada uno trae su cólera y su maldición, es inevitable que algún alma más violenta se inflame y desee también el martirio y corra desde allí a fabricar la nueva bomba que en su ilusión, casi mística, contribuirá a redimir al proletariado. Aquellos que no pueden morir por la causa quieren al menos sufrir de algún modo por ella y por su justicia. Entre los anarquistas presos recientemente, había uno que se hizo gerente responsable de un periódico anarquista sólo por tener la gloria y el placer espiritual de sufrir los meses de prisión en que los redactores incurriesen por las violencias de sus imprecaciones. Por eso el anarquismo, como la primitiva secta cristiana, tiene ya sus actas de los mártires. La vida y el suplicio de Ravachol andan escritos y son meditados como el más puro ejemplo de la fe y de la confesión anarquista. Todos los objetos que pertenecieron a Ravachol adquirieron el carácter augusto de reliquia. Hay un cántico, *La Ravachole*. Y cada corazón anarquista es para él un altar.

Las persecuciones, las ejecuciones, en lugar de disminuír la secta, sólo le comunican una vehemencia más devota, y, por lo tanto, más peligrosa. Y cuando la sociedad mata a los anarquistas, es la sociedad quien fabrica las bombas.

La violencia no se cura, y el anarquismo es una dolencia. El anarquismo es una exacerbación mórbi-

Biblioteca Nacional de España

da del socialismo. El germen y los desenvolvimientos de esta dolencia no son difíciles de precisar. En el antiguo régimen, el proletariado, mantenido en servidumbre dentro de una organización social muy fuerte, colocaba su esperanza de felicidad, no ya en esta vida que le llegaba irremediablemente consagrada al dolor, sino en la otra vida, más allá del camposanto, como se lo recomendaba la Iglesia, su madre y su educadora, dándole como garantía la promesa de Jesús, que reservaba para los pobres el reino de los cielos.

En este siglo nuestro, sin embargo, el proletariado, adoctrinado por la clase media, que se constituyó en su nueva educadora desde 1789, en substitución de la Iglesia, comenzó a creer que siendo hombre y teniendo, por lo tanto, todos los derechos del hombre, podría realizar su felicidad, aun en vida, en este mundo, bajo la garantía de las leyes. Para eso, según le afirmaba la clase media, bastaba que él demoliese el viejo edificio social, la monarquía y las instituciones monárquicas, que constituían el único obstáculo a la felicidad de las masas. El proletariado, convencido, salió en zancos de sus viejos cubiles y comenzó a destruír. Hizo tres revoluciones, levantó barricadas innumerables, desterró reyes, incendió castillos, abolió privilegios, y pidió a gritos y con las armas en la mano todas las reformas y las libertades políticas que la clase media le indicaba al oído, y que debían realizar esa felicidad terrestre tan ampliamente anunciada. Por fin, al cabo de sesenta años de luchas, el

Biblioteca Nacional de España

pueblo, habiendo arrasado el viejo edificio de la monarquía, construyó el nuevo edificio de la República, llenó de las comodidades e invenciones nuevas de la civilización política, la libertad de reunión, de asociación, de imprenta y todas las demás, entre las cuales bien agasajado y bien proveído, señor de sí mismo, comenzaría por fin a conocer la felicidad de vivir. Así, soberbiamente instalado, esperó. Los años pasaron. La felicidad no venía. A pesar de todas aquellas comodidades políticas (libertad de ésto, libertad de aquéllo), continuaba como en el antiguo edificio feudal, teniendo hambre y teniendo frío. Cuando llegaba la nieve, el derecho del voto no la detenía; y a la hora de comer, la libertad de imprenta no le ponía carne en la cacerola vacía. Por el contrario, reconoció que, a pesar del nombre de soberano que le habían dado, continuaba en realidad siendo siervo; y que su nuevo amo, el burgués capitalista, era mucho más exigente y duro que el antiguo amo a quien él había guillotinado, el aristócrata perdulario. Todas sus barricadas, pues, y todas sus revoluciones habían sido hechas en provecho de la clase media que le pusiera las armas en la mano y le impeliera al asalto del viejo régimen. Su sangriento esfuerzo sólo sirvió para entregar el poder a la clase media, que se aprovechaba de su poder, no para dar al proletariado dentro del nuevo régimen su legítima parte de bienestar, sino para explotarle el trabajo como le explotaba la cólera y hacerle agotarse para

Biblioteca Nacional de España

su enriquecimiento material como le hiciera combatir para su engrandecimiento político.

La decepción fué tremenda; y tremendo es el odio y el deseo de venganza contra el burgués traicionero. La parte más inteligente, más pacífica o más legal del proletariado, concibió luego la necesidad de hacer otra última revolución, no contra la estructura política de la sociedad nueva, sino contra su organización económica, porque no era ahora por causa del régimen político por lo que el proletariado sufría, sino por causa del régimen económico, nacido de las invenciones mecánicas, de los descubrimientos, de los excesos de producción, de la concurrencia de todos los progresos del siglo, realizados sólo en beneficio de la clase media y cada vez más inclinados a separar las dos viejas "naciones" de Aristóteles, los pobres y los ricos, atribuyendo a una todos los provechos e imponiendo a la otra todas las fatigas. Desde ese momento nació o apareció, organizado en la República, el socialismo.

Sin embargo, otra parte del proletariado, la más inculta o la más violenta o simplemente la más naturalista, concibió otra idea más extraña. Para ella, la revolución económica predicada por el socialismo está concebida aún dentro de un funesto espíritu jurídico e ineficaz, casi pueril, porque no ataca el mal. Asociaciones, *Trade-unions*, disminución del capital, seguros de vejez, reclamación para el dominio social de los servicios colectivos, regularización de la competencia, etc., etc.; todas esas reformas revoluciona-

Biblioteca Nacional de España

rias intentadas por el socialismo, son tacitas de agua sucia caídas sobre una gangrena. Son también subterfugios traicioneros del horrendo burgués. El mal, el verdadero mal, que es necesario extirpar, es la propia idea de derecho, de ley, de autoridad, de Estado. El hombre nació libre, como nació bueno y apto para ser feliz, y, sin embargo, por todas partes está esclavizado y sufre bajo esta esclavitud. Pero ¿quién le esclaviza, quién le hace sufrir? La sociedad, con toda suerte de estorbos que se oponen a la libre expansión de la naturaleza humana, que es fundamental e innatamente buena y que nunca podría ser sino un radiante progreso del hombre en el sentido del bien. Esos obstáculos odiosos son las leyes, la autoridad, el Estado. La propia moral es, como el derecho, ficticia, y otro yugo impuesto al hombre. Todo eso, pues, ha de ser destruído para que la nueva Humanidad realice en la absoluta libertad la absoluta felicidad. Pero como la sociedad está irremediablemente impregnada de esos funestos conceptos, que son su alma y sus principios de cohesión, es inútil hacer revoluciones para transformarla o mejorarla; porque cualquiera que sea la forma que se dé a la sociedad, contendrá siempre en sí el virus horrible: el principio del derecho, del Estado, de la autoridad.

La única solución, por lo tanto, es arrasar completamente la sociedad, matando y sepultando para siempre, bajo sus despojos, esos principios fatales que hasta ahora la han gobernado, y después, recomenzar de nuevo la historia desde Adán. Y la sociedad ha de

Biblioteca Nacional de España

ser destruída en bloque, toda ella, sin empujarse hacia un lado los culpables y sin resguardarse hacia otro lado los inocentes. En el mundo actual no hay inocentes. Seguramente existe una clase más especial y odiosamente criminal: la clase de los ricos, que fué quien concibió para su provecho y en contra de los pobres esos estorbos morales y sociales que se llaman derecho, autoridad, Estado, y que son la causa de todo el mal humano. Pero la sociedad entera es solidaria y responsable del mal. Todo aquel que pacíficamente se aprovecha de la protección de las leyes, es tan culpable como el monstruo que inventó las leyes. Y una costurera que se priva de coger una flor en un jardín público, es ya una cómplice de la sociedad, porque por su consentimiento tácito contribuye para que se perpetúe el despotismo del reglamento. Es, pues, necesario destruirlo todo y arrojar indistintamente la bomba redentora contra las clases explotadoras, contra las clases voluntariamente explotadas, contra la ciudad donde se realiza la explotación, contra las propias criaturas que nacen, porque ellas traen ya en sí el virus de la sumisión explotable.

Tal es, en resumen, muy en resumen, la teoría del anarquismo. Basta que ella sea enunciada para que se le reconozca luego todos los síntomas de una alucinación mórbida. No hay proposición en ella que no sea quimérica. Una sola es exacta: aquella por la cual el anarquismo se alía al socialismo y establece con razón que la presente organización social, en

Biblioteca Nacional de España

que una clase posee todas las satisfacciones y otra sufre todas las miserias, es inicua.

Partiendo del hecho de esta grande y atroz injusticia, el anarquista comienza, luego que de él se separa, para buscarle la causa y la curación, a delirar. Delira cuando, al buscar la causa del mal, la entrevé en el principio del Derecho, y delira aún más cuando, al procurar la curación del mal, la entrevé, o más bien claramente la ve, en la destrucción de la Humanidad por la dinamita. El anarquista es, pues, en el fondo, un socialista que caminó seguramente por un camino racional, mientras fué, como socialista, acusando la organización de la sociedad; pero que después, o impaciente de ese lento camino jurídico, o cediendo a los impulsos de una naturaleza desequilibrada, dió un gran salto fuera de la realidad, rodó en el absurdo, y cabrioleando a través de una metafísica insensata, vino a caer miserablemente en prácticas de una ferocidad salvaje.

Hay, pues, razón para decir que el anarquismo es una dolencia, una exacerbación mórbida del socialismo. Pero ¿cómo es que esta secta de enfermos, tan disparatada en su doctrina y tan impotente en sus medios de acción (lo que obsta siempre a la eficacia de cualquier propaganda), se mantiene y se ensancha en la proporción de uno por mil? El anarquismo, seguramente se desenvuelve, como todas las epidemias, por haber hallado en torno una atmósfera propicia y hasta simpática. La verdad es que toda la so-

Biblioteca Nacional de España

ciedad que desean arrasar es tácitamente cómplice de los anarquistas.

Esta complicidad, que apenas advertimos, pero que es real y activa, tiene dos motivos: uno, extremadamente noble y honroso, que es nuestra filantropía, nuestra creciente piedad por los que sufren, y el otro, extremadamente bajo y vergonzoso, que es nuestro enfermizo entusiasmo por todo cuanto es extravagante, monstruoso, histérico, fuera de la sana razón y del equilibrio de la vida. En el anarquista vemos dos hombres con quienes sinceramente simpatizamos en secreto; uno, es el desgraciado que padece frío y hambre; el otro, es el alucinado que se yergue de la sombra con su bomba en la mano para hacer de todo este mundo, de todas sus glorias y de todas sus riquezas, un montón de negros escombros sin forma y sin nombre. Y tan pervertidos estamos, que yo no sé realmente por cuál de estos dos hombres nos interesamos más, si por aquel que sensibiliza nuestro corazón, o por aquel que excita nuestra imaginación. Francamente, ¿cuál nos emociona más: el infeliz o el monstruo? Desconfío de que sea el monstruo.

En todo caso, estamos tácitamente con el corazón y con la imaginación en simpatía con el anarquista. Y casi se puede decir que, exceptuada la porción más egoísta y densa de la burguesía y algunos hombres de Estado, a quienes por profesión están vedadas la sensibilidad y la fantasía, todas las clases mundanas, intelectuales, artísticas, ociosas, se están abandonando con voluptuosidad a las emociones nuevas

Biblioteca Nacional de España

del anarquismo. Desde algún tiempo existe el dilettantismo anarquista, muy contagioso. Duquesas jóvenes, cubiertas de diamantes, condenan la mala organización de la sociedad, comiendo codornices trufadas en platos de Sèvres. En los cenáculos de decadentistas y simbolistas, la destrucción de las instituciones, por la dinamita, aparece como una catástrofe, llena de grandeza, de una poesía áspera y rara, y casi necesaria para que el siglo termine con originalidad. Y nada caracteriza más estos estados de espíritu, donde en alguna sinceridad se mezcla mucha afectación, que la frase ya histórica del poeta Tailhade. Al saber en una cervecería literaria que Vaillant acababa de tirar su bomba en la Cámara de Diputados, este simbolista exclama lánguidamente, y casi en éxtasis: "Ya va, pues, deshaciéndose el viejo mundo... El gesto de Vaillant es bello."

¡El gesto es bello!... Todo París repitió con mal escondida admiración esta frase, que revelaba a los profanos la belleza estética del crimen anarquista. ¡El gesto es bello! Y muchos mozos honrados, incapaces de pisar voluntariamente el pie de sus semejantes, reconocieron, sintieron la belleza del gesto de Vaillant, la belleza de aquel brazo delgado que se levanta lentamente, solemnemente, y deja caer la muerte sobre un mundo condenado. Los anarquistas mismos hablan de la belleza de su gesto. En una sociedad tan culta como la nuestra y tan saturada de arte, una rebeldía social debería, necesariamente,

Biblioteca Nacional de España

tener, a más de la justicia, la elegancia plástica, hasta la gracia majestuosa en su furor. El anarquismo ya se sentía justo. Los poetas más entendidos en harmonía y ritmo acaban de asegurarle que es también estéticamente bello.

Pero es en la Prensa donde encuentra, sobre todo, el anarquismo más vivo estímulo hacia su desenvolvimiento. Todos los periódicos de París, ya sean ferozmente hostiles a los anarquistas, ya sientan hacia ellos una mal disfrazada benevolencia, están unánimes en un punto: en rodearles de la más pródiga y resonante celebridad. Un general victorioso, un gran hombre de Estado, un poeta como Hugo, un sabio como Pasteur, nunca tuvieron en la prensa de París un reclamo tan minucioso como tiene cualquier aprendiz de anarquista que lanza contra un muro viejo una bombita tímida.

Si es anarquista, si lanzó la bomba, es de él la fama universal, que no siempre consiguen ni los santos ni los genios. Mal se puede imaginar a qué excesos se abandonó el reporterismo de París a propósito de Vaillant. Los menores actos de su vida, el cuello de astrakán de su abrigo, su modo de liar el cigarro, lo que comió, lo que dijo, si frunció el entrecejo, todo fué minuciosamente contado al mundo con un ardor en que la propia indignación tenía no sé qué de laudatoria. De suerte que hoy, en París, para ser una verdadera celebridad, es mejor tirar una bomba a un edificio cualquiera del Estado que escribir "La Leyenda de los Siglos".

Biblioteca Nacional de España

Así, fanáticamnte convencido de la justicia superior de su idea, y hecho fanáticamente desesperado por las brutales leyes de excepción que decreta el Estado contra él; rodeado de las simpatías de los humanitarios; declarado estéticamente bello por los poetas; apreciado como una novedad picante por el dilettantismo mundano, y magníficamente popularizado por la Prensa; ¿cómo no ha de propagarse el anarquismo en la proporción temible del uno por mil?

Para que no creciese como planta bien regada, y, por el contrario, se marchitase, sería necesario que él mismo se persuadiese, si nc ya de la falsedad de su idea, al menos de la inutilidad de sus prácticas; que el Estado no suscitase contra él leyes de excepción, odiosas e intolerables al espíritu de equidad; que los humanitarios lo reprobasen por su indiferente condenación de inocentes y culpables; que los poetas y los artistas descubriesen que el gesto es meramente bestial; que el dilettantismo se desentendiese de él como de un banal partido político, y que la Prensa lo envolviese en un silencio helado.

Entonces, sí. Tal vez, eliminadas estas condiciones que la favorecen, la fiebre que produce el anarquismo se calmase, y el anarquista, restituído a la salud intelectual, entrase en el amplio y fecundo partido socialista, del cual se separó en un momento de delirio.

Ojalá pueda ser. Las guerras serviles (y el anarquismo es una guerra servil) nunca consiguieron

Biblioteca Nacional de España

sino desenvolver en las clases opresoras los instintos de tiranía y retardar funestamente la emancipación de los siervos. La bomba anarquista, en efecto, aplaza por muchos años la emancipación definitiva del trabajador. A más de eso, los anarquistas que hasta ahora han lanzado la bomba no son puros: tienen todos en su pasado un crimen, y un crimen feo, de malhechor. De suerte que no se sabe bien si la bomba, en ellos, es un primer acto de justicia o un acto postrero de perversidad. Para que la bomba pudiese tener una alta significación social, sería necesario que fuese lanzada por un justo o por un santo. Hasta que surja ese santo para santificar al anarquismo, lo mejor que se puede decir de él, cuando no se sea un capitalista amendrentado y enfurecido por el terror, es que el anarquismo es una epidemia moral e intelectual.

Ahora bien; el deber de la sociedad ante una epidemia es circunscribirla, aislarla; no crear en torno de ella, por curiosidad depravada de un mal original y raro, una vaga atmósfera de simpatía, de admiraciones literarias, de piedades estéticas y de delicioso terror que goza la novedad de su estremecimiento.

Toda esta amplia atmósfera de favor es un crimen, porque, animando indirectamente la obra abominable del anarquismo, retarda directamente la obra útil del socialismo y contribuye a que se prolongue, más vigorizado por la reacción, este orden social que está lleno de desorden.

Biblioteca Nacional de España

Pero hemos hablado demasiado de bombas. Bien os basta, caros colegas y amigos, con las que os caen ahí en casa (y que, de fijo, tampoco comprendéis bien), sin teneros aún que preocupar, por deber crítico, de aquellas que estallan aquí sobre nuestro viejo mundo. Todas estas bombas, en efecto, son bien difíciles de explicar y de deslindar... Revientan, matan, hay mujeres que lloran y el desorden social crece. Sin embargo, son arrojadas con convicción y por un amor ardiente del bien público. En fin, lo que podemos afirmar sinceramente es que aquí y allí hay otras bombas.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XIV

OTRA BOMBA ANARQUISTA.—EL SR. BRUNETIERE Y LA PRENSA

Las bombas anarquistas (porque tuvimos otra: la bomba de Henry, lanzada en el café "Términus", y que hirió a treinta personas) van entrando lentamente en la clase de los accidentes naturales, donde ocupan un modesto lugar, después de las inundaciones y de los incendios. Evidentemente, el primer río que inundó los primeros campos cultivados o el primer fuego que estalló en la primera ciudad edificada, llenó a los hombres de un terror tanto más desordenado cuanto que, por detrás de esa rebelión de los elementos, veían ellos la cólera de un Dios ofendido. Cada hectárea inundada, cada cabaña quemada, daba motivo así a largas ceremonias expiatorias, a nuevas fórmulas litúrgicas, a un desenvolvimiento excesivo de la autoridad sacerdotal, y aun a especulaciones lírico-metafísicas de los vates, que eran entonces los filósofos que todo lo explicaban. Después, cuando se observó que estas violencias del agua y del fuego ocurrían tan regularmente como las estaciones, y que cada invierno los valles se sumergían, y que cada verano ardían las chozas de ma-

Biblioteca Nacional de España

dera y paja, no hubo más corazón que palpitase de pavor místico. Aun creyendo siempre que a través de tales desastres se manifestaba el descontento divino, fué la autoridad civil, y no ya la casta sacerdotal, quien recibió las peticiones de medidas preventivas o salvadoras. Y no se le confirieron poderes nuevos ni excepcionales, en la certeza de que, para contener el agua y apagar el fuego, bastaría sólo alguna vigilancia y conocimiento técnico de la administración urbana y rural.

En efecto, hace ya algunos millares de años que los ríos devastan vegas y el fuego devora fincas, sin que por eso la Iglesia o el Estado se conmuevan o tiemblen por su estabilidad.

Es exactamente lo que va sucediendo con los anarquistas. A las primeras bombas hubo un tumultuoso terror, como ante una extraña y demoníaca demencia que amenazaba la vieja estructura social. Cada explosión fué motivo para que se promulgasen leyes de excepción, para que se reforzase temiblemente el brazo penal de los Gobiernos, para que los filósofos formulasen complicadas recetas sociológicas, y hasta para que ciertos espíritus, más impresionables, suspirasen por la intervención divina de un Mesías, como único capaz de pacificar a los hombres. Después, cuando cada semana se oyó estallar una bomba sin destruír más propiedades o vidas que ciertos desprendimientos de terrenos o descarrilamientos de trenes, el miedo fantasmagórico de una catástrofe social acabó inmediatamente: el hábito

Biblioteca Nacional de España

embotó la emoción, y estas explosiones revolucionarias comenzaron a ser equiparadas a las que, fatal e inevitablemente, se producen dentro de una civilización industrial y mecánica: las del gas, de las calderas de vapor, de las piezas a bordo de los acorazados, del grisú en el fondo de las minas. Contra ellas ya no parece necesario improvisar códigos ni invocar la intervención mesiánica. Y la opinión, tranquilizada, sólo reclama, para dominar la bomba, esas medidas preventivas que en la industria se esperan de la prudencia técnica de los contramaestres, y, en el orden civil, de la vigilancia profesional de los comisarios de Policía.

Y con este espíritu es como la Policía de París está procediendo a la prisión sistemática de todos los anarquistas. Cada mañana se hace, a través de la ciudad, una recolección de sectarios. Ayer, quince; hoy, veinte. Los periódicos publican sólo, sin comentarios, la lista seca de los nombres. Algunos de estos hombres tienen mujer, tienen hijos a quien el pan va a faltar. Pero de esos detalles mínimos, en estos momentos de saneamiento público, no cuida el pretor. La cosa esencial es que no quede libre en las calles de París un proletario capaz de mezclar un poco de glicerina a un poco de ácido nítrico. Ni siquiera es necesario que el anarquista sea militante. Los simples teóricos, que profesan y metodizan el anarquismo en el libro o en el periódico, son igualmente cazados en la vasta montería policíaca. Por lo demás, lo que el Gobierno pretende con esta en-

Biblioteca Nacional de España

carcelación general de anarquistas, es conocerlos, fotografiarlos, estudiarlos, sorprender sus ligamentos y filiaciones y formar así un registro muy minucioso y muy documentado de toda la secta.

Acabada esta enorme perquisición práctica, todos serán sueltos, como se sueltan las manadas de bueyes en las ganaderías, después de bien numerados y bien marcados. Indudablemente, es una dura ley, pero proviene de una dura necesidad. Era realmente intolerable que, en una ciudad del siglo XIX, un hombre pacífico no pudiese entrar en un café o en un teatro, con la mujer y los hijos, sin correr el riesgo de volver de allá, él y los suyos, acribillados de puntas de clavos, en nombre de una herejía digna del siglo III. Porque el anarquista es, en efecto, un socialista que se volvió herético. Este nuestro anarquismo está con relación al socialismo, como lo estaban con respecto al cristianismo naciente los montanistas y los valentinianos, y los carpocracios que predicaban el amor libre, y los circuncisos, que predicaban la destrucción universal, y tantos otros extravagantes y terribles. Todos esos herejes, retoños venenosos del árbol evangélico, no hicieron sino corromper y desacreditar la pureza de la doctrina, retardar su obra regeneradora y atraerle persecuciones sangrientas. Por eso eran aún más odiados por los obispos cristianos que por los pontífices paganos. Y cuando sobre ellos caía la ley del Imperio, con ferocidad, como sobre enemigos del gé-

Biblioteca Nacional de España

nero humano, había tanto regocijo del ladó de Jesús como del lado de Júpiter.

Igual regocijo acompaña a esta persecución, que nada tiene, loado sea nuestro tiempo, de la crueldad de Decio o de la de Diocleciano. Aun los que lamentan que propague tanta miseria entre mujeres y criaturas abandonadas, desean vehementemente que la secta sea, si no aplastada, al menos, inutilizada. La obra del Estado sería, pues, perfecta sí, inspirada simultáneamente por el sentimiento del orden y de la humanidad, cogiese a los anarquistas por el lado de la policía y socorriese por el lado de la asistencia pública a las familias que quedan sin el pan del salario perdido.

Pero, desgraciadamente, entre tantos órganos de que está provisto el Estado, no hay ninguno que tenga la forma, ni siquiera vaga, de un corazón humano.

No sé si conocen al Sr. Brunetière. El Sr. Brunetière es hoy, en las letras francesas, un gran personaje; casi debía decir, dada la calidad de su espíritu y de sus funciones, un gran mandarín. Cuando el viejo Buloz fué desterrado de la *Revista de Ambos Mundos* por haber amado fuera de la *Revista*, y con una especie de amor que la *Revista* no permite, la asamblea de accionistas de esa venerable publicación nombró, para el cargo de director, al Sr. Brunetière. A más de eso, el Sr. Brunetière era

Biblioteca Nacional de España

ya el director, si no espiritual, al menos intelectual, de las damas letradas del *Faubourg Saint Germain*, teniendo, por lo tanto, la gloriosa misión de enseñar lo que, en materia de literatura, una duquesa debe aceptar o debe rechazar para conseguir un puesto en el reino de los buenos espíritus. Como consecuencia de estos nobles empleos, el de director de la "Revista" y el de confesor literario de las almas aristocráticas, el Sr. Brunetière fué, por influencia de las señoras (y entre las señoras se incluye la "Revista"), elegido miembro de la Academia Francesa. Y, finalmente, para consagrar su reputación, la mocedad de las escuelas silbó furiosamente al Sr. Brunetière, y así como la democracia revolucionaria de antaño quemaba el trono de los tiranos (no sé si ahí en Río de Janeiro, en la revolución de noviembre se omitió esta formalidad clásica), rompió la poltrona profesoral donde él en la Sorbona predicaba la buena doctrina, desmantelaba el naturalismo y explicaba a sus devotas la manera más delicada de saborear a Bossuet. Yo cuento estos arrebatos y furores de la mocedad como uno de los elementos de su gloria, si no ya de su valor, porque desde que la ideas generales comenzaron otra vez a apasionar a los espíritus mozos, y desde que en los patios de las Universidades se cambian otra vez bastonazos por causas de teorías, un profesor sólo podrá ser considerado suficientemente original, vivo, fuerte, fecundo, cuando su enseñanza haya provocado rencores o entusiasmos.

Biblioteca Nacional de España

Los antiguos portugueses habían sacado este proverbio de nuestra historia trágicomarítima: "Sólo a gran nave, gran tormenta." Y con esto significaban un cierto desdén por toda barca chata y desnuda que pasaba inadvertida del viento y de las olas. El Barrio Latino está creando un proverbio paralelo: "Sólo a gran profesor, gran algarada." Cuando el profesor es chato o hueco, en torno de él o de su enseñanza hay silencio y calma chicha. El escándalo, por el contrario, prueba que hay un maestro.

Ahora bien; de un hombre por tantos motivos importante como el Sr. Brunetière, todas las palabras son importantes. Por eso, la feroz invectiva que lanzó en su discurso de recepción en la Academia Francesa contra los periódicos y los periodistas, mereció más atención de lo que generalmente merecen estas grandes y usuales imprecaciones contra la Prensa, el vino, las mujeres y otros males.

Yo conozco imperfectamente al Sr. Brunetière, que es un crítico de profesión. Si en esta nuestra edad de colosal y casi abusiva producción (sólo Francia publica por año doce mil volúmenes) no hay ya tiempo para leer a los autores, ¡cuanto menos a los comentadores! El Sr. Brunetière enseña ahora en la Sorbona la manera de comprender y amar a Bossuet. Pero ¿quién tuvo el dichoso vagar de leer primeramente a Bossuet, si es que no lo leyó en el comienzo de su educación clásica? Yo, en mi mocedad, hojeé los "Sermones" y las "Oraciones fúnebres"; pero no llegué a penetrar como debía en el

Biblioteca Nacional de España

"Discurso sobre la Historia Universal". Y desde entonces, desgraciadamente, no logré aún tener un momento para absorber la teoría del gran obispo sobre la serie de los tiempos, de las religiones y de los imperios. Cuando más, conozco la página clásica, tan majestuosa y rica, en que él describe la omnipotencia de Augusto y la belleza y recogimiento de la paz romana en vísperas de nacer Jesús. Es poco. Pero si tan poco conozco a Bossuet, no me debe ser censurado el ignorar casi por completo a su apologista.

Por lo que he oído, sin embargo, me parece que el Sr. Brunetière está ante las letras como un botánico está entre las flores. Recorriendo los macizos de un jardín, el botánico conoce cada flor y su nombre latino y el número de sus pétalos y todas sus variedades y el amplio género a que se afilia y la zona y el terreno que mejor convienen a su desenvolvimiento, etc., etc. Hay sólo en la flor una cosa en la cual el juicio del viejo botánico siempre claudica, o porque la desdeñe o porque no la sienta; es la belleza especial de la flor, que está tal vez en el color, en los pliegues de las hojas, en la manera como se mantiene en el tallo, en mil particularidades indefinidas, en ese no sé qué que habita en sus formas y que hace que delante de ella nos paremos y la contemplemos y la apetezcamos y la cojamos. El Sr. Brunetière es este sabio botánico entre flores. Que le den un poeta y él inmediatamente lo clasificará, le colocará un rótulo en las espaldas, mostrará el género que cultiva, analizará las

Biblioteca Nacional de España

cualidades que reveló en este género, expondrá las influencias de raza y de ambiente y de momento histórico que concurrieron para el desenvolvimiento de esas cualidades, etc., etc. Será superiormente erudito y sólo le faltará sentir, por gusto, ese no sé qué de íntimo que constituye la belleza o la grandeza de un poema. El Sr. Brunetière es un botánico de las letras. Y, por lo demás, esta comparación no podría desagradarle, porque él es uno de los que recientemente, a lo que parece, más se ha aplicado a introducir en las ciencias morales el método de las ciencias naturales, y a considerar las obras humanas, y, sobre todo, las obras de literatura y de arte, como productos en los cuales la crítica y la estética sólo tienen que comprobar los caracteres y desmenuzar las causas. Esto, desde luego, lo convierte para mí en un crítico extraordinariamente respetable y poco simpático. Ignorante como soy, yo gusto de un crítico que me pueda explicar las causas y los caracteres de la obra de Musset, pero que sienta palpitar el corazón cuando lee las "Noches" y la "Carta a Lamartine", o porque se le comunicó la emoción del ardiente lírico, o porque se extasió en la contemplación de la belleza realizada. Sin la facultad emotiva del gusto, el crítico pertenece a aquella especie de desmenuzadores de causas y clasificadores de géneros que Carlyle llamaba los "resecados".

A más de eso, según oigo decir, el Sr. Brunetière es un rígido, un inflexible, todo él dogmático

Biblioteca Nacional de España

e intolerancia, sin una gota, para ablandarle y lubrificarle, de aquella "leche de la humana bondad" de que habla otro inglés: el muy adorable Dickens. Y esta otra cualidad del Sr. Brunetière aumenta mi antipatía toda de instinto hacia este hombre de talento y de bien. No puedo por eso ser considerado sospechoso al aprobar, como apruebo, todas las acusaciones que en su discurso de recepción, en la Academia, desenvolvió contra los periódicos, contra los periodistas y, por lo tanto, contra mí, que soy, a mi modo, y de un modo bien imperfecto, una especie de periodista.

El Sr. Brunetière censura a la Prensa su superficialidad, su chismorrería, el escandaloso abuso del reportaje y su sectarismo. Ser superficial, chismorrero y sectario es tener, realmente, una respetable suma de defectos.

Uno solo basta para desacreditar en materia intelectual o social. Todos juntos piden las gemonías y, sin embargo, la Prensa, que los posee todos, está en un trono y resplandece. Pero Nerón y Vitelio gobernaron el mundo, ¡y su triunfal autoridad no les quita la indecente monstruosidad!

La Prensa, que también hoy gobierna el mundo, no es (Dios sea loado) ni indecente ni monstruosa. Sin embargo, todos esos vicios que le atribuye el Sr. Brunetière, es cierto que ella los practica en proporciones diversas, según su temperamento de raza

Biblioteca Nacional de España

y sus condiciones funcionales. El *Times* y otros periódicos ingleses, riquísimos, y que poseen toda una cohorte de especialistas, dispuesta a tratar todas las materias, desde las de Metafísica, presentan, generalmente, sobre las cuestiones actuales, estudios sólidos en que está resumido mucho saber y mucha experiencia. Por otro lado, en Alemania, país de las ideas generales, y que sólo se interesa por las ideas generales, y en Portugal y en España, donde todos heredamos de nuestros abuelos, godos y árabes, el respeto, casi sacrosanto, de la vida íntima, los periódicos no son chismerreros ni abusan indiscretamente del reportaje menudo...

En término medio, sin embargo, resueltamente, se puede afirmar que en Europa y en América, la Prensa es superficial, lenguaraz y sectaria. Ahora bien; estos defectos no son, a mi ver, solamente perniciosos, porque debilitan, como sostiene el Sr. Brunetière, la autoridad de la Prensa y hacen lamentar los tiempos sólidos de Armand Carrel, en que se ponía en la composición de un artículo más cuidados que hoy se pone en la preparación de una Enciclopedia. Tales defectos son, sobre todo, nocivos porque la Prensa los comunica al público, con quien está en permanente comunión, y así, en lugar de educadora, se ha tornado lentamente una enviciadora del espíritu y de las costumbres.

Indiscutiblemente fué la Prensa, con su manera superficial y liviana de juzgarlo y decidirlo todo, quien más contribuyó en dar a nuestra época el fu-

Biblioteca Nacional de España

nesto y ya arraigado hábito de los juicios ligeros. En todos los siglos se improvisaron, aturdidamente, opiniones; en ninguno, sin embargo, como en el nuestro, esa improvisación impúdica se convirtió en la operación corriente y natural del entendimiento. Con excepción de algunos filósofos más metódicos o de algunos devotos más escrupulosos, todos nosotros, hoy, nos deshabituamos, o más bien, nos desembarazamos alegremente del penoso trabajo de reflexionar. Es con impresiones con lo que formamos nuestras conclusiones. Para alabar o condenar en política el hecho más complejo, y donde entren factores múltiples que más necesiten análisis, nosotros nos contentamos ampliamente con un rumor escuchado en una esquina. Para apreciar, en literatura, el libro más profundo, nos basta hojear aquí y allá una página, a través del humo ondulante del cigarro. El método del viejo Cuvier, de juzgar al mastodonte por el hueso, es el que adoptamos con magnífica inconsciencia para decidir sobre los hombres y sobre las obras. Principalmente para condenar, nuestra ligereza es fulminante.

¡Con qué espléndida facilidad declaramos, ya se trate de un estadista, ya se trate de un artista: "Es un bestia... es un sinvergüenza!" Para exclamar: "¡Es un genio" o "es un santo!" ofrecemos, naturalmente, más resistencia. Pero, aun así, cuando una buena digestión y un estómago tranquilo nos inclinan a la benevolencia risueña, también concedemos prontamente, y sólo con lanzar una mirada distraída sobre

Biblioteca Nacional de España

el elegido, la corona de laureles o la aureola de luz.

En estos tiempos de tumultuosa publicidad, en que no ladra un perro en Constantinopla sin que nosotros lo sintamos, y en que todo hombre tiene su momento de evidencia, nosotros pasamos nuestro bendito día promulgando sentencias y grabando diplomas. No hay hecho, acción individual o colectiva, personalidad u obra humana sobre la cual no estemos dispuestos, apenas nos sean presentadas, a formular desde muy alto una opinión catedrática.

Y la opinión tiene siempre por base aquel mezquino lado del hecho, de la acción, del hombre, de la obra, que aparece en una ojeada ante nuestros ojos fugitivos y apresurados. Por un gesto juzgamos un carácter, y por un carácter bosquejamos un pueblo. La antigua anécdota de aquel inglés funambulesco que, desembarcando en Calais de madrugada y divisando un cojo en el muelle, escribe en su libro de notas: "Francia está habitada por hombres cojos"; ilustra y simboliza aún hoy la formación de nuestras opiniones.

¿Y quién nos ha arraigado estos hábitos livianos? El periódico que ofrece cada mañana, desde la crónica hasta los anuncios, una masa espumeante de juicios ligeros, improvisados la víspera, desde las once a media noche, entre el silbar del gas y el borbotear de los chistes, por excelentes muchachos que entran aprisa en la redacción, agarran una hoja de papel y, sin quitarse siquiera el sombrero, deciden con dos plumazos indiferentemente sobre una

Biblioteca Nacional de España

crisis del Estado o sobre el mérito de un "vaudeville". Como ejemplo curioso, yo podría citar el modo como la Prensa de París ha comentado la revolución del Brasil y juzgado al pueblo del Brasil sobre vagos pedazos de telegramas truncados; si no temiese internarme en un sendero resbaladizo, donde me arriesgaría a polemizar con nuestros queridos colegas de *El País* y de *El Tiempo*, armados de su férula.

Recordaré solamente que, aun no hace una semana, el articulista encargado en *El Fígaro* de criticar cada día los acontecimientos políticos de Europa, y que, por lo tanto, debe conocer Europa, estudiando la situación económica de Portugal, afirmaba, con una soberbia certeza, que "en Lisboa, los hijos de las más ilustres familias de la aristocracia se empleaban *como cargadores del muelle*, y al fin de cada mes mandaban a recibir las soldadas *por sus lacayos*"... Estos herederos de las grandes casas de Portugal, cargando pipas de aceite y sacos de café en el muelle de la Aduana, y conservando, sin embargo, criados de librea para irles a cobrar el salario, forman un cuadro simplemente portentoso. Pues quien lo traza es *El Fígaro*, uno de los más considerados periódicos de París y unos de los que tienen un personal más abundante y más remunerado. Y Lisboa está dos días y medio de París. ¡Pero Londres dista sólo siete horas y media de París, y constantemente los periódicos franceses escriben sobre Inglaterra y sobre las cosas inglesas con la misma

Biblioteca Nacional de España

segura ciencia con que *El Fígaro* describía las ocupaciones de la nobleza de Portugal!...

Ahora bien; decía no sé qué sentencioso crítico español que cuando se lee constantemente a Séneca se adquieren los hábitos de espíritu de Séneca. Y cuando se tiene como habitual alimento del espíritu *El Fígaro* y consocios (y de estas magras viandas es de lo que hoy se nutren la mayoría de los civilizados), fácilmente se adquiere el hábito de ir propagando atolondradamente, sobre los hombres y sobre los hechos, juicios efímeros y huecos. Y yo mismo, con humildad, para no ostentar una orgullosa abstención del pecado común, comencé a dar aquí sobre el Sr. Brunetière, un juicio ligero, nacido de impresiones fugitivas.

La otra acusación hecha a la Prensa por el docto académico es la de chismorrería, de indiscreto y desordenado reportaje.

Hay aquí alguna ingratitud de parte del Sr. Brunetière. Para la crítica, sobre todo como él la comprende y ejerce, el reportaje es el gran abastecedor de documentos. Cuantos más detalles revele la indiscreción de los reporteros sobre la persona del señor Zola, y sus hábitos, y su régimen culinario, y su ropa blanca, tantos más elementos positivos tendrán los Brunetière del futuro para reconstruír con seguridad la personalidad del autor de *Germinal* y, a través de ella, explicar la obra. No es indiferente

Biblioteca Nacional de España

saber cómo estaba hecha la nariz de Cleopatra, pues que de la forma de esa nariz dependieron durante un momento, como muy bien dice Pascal, los destinos del Universo. Pero como el reportaje hoy se ejerce, no sólo sobre los que influyen en los negocios del mundo o en las direcciones del pensamiento, sino sobre "toda suerte y condición de gente", desde las *cocottes* hasta los *jockeys,* y desde los *dandyes* hasta los asesinos, sucede que esta indiscreta publicidad, sin contribuír en nada para la documentación de la Historia, contribuye prodigiosamente al desarrollo de la vanidad.

El periódico es hoy, en efecto, el gran soplillo de la vanidad humana. En todos los tiempos hubo vanidosos, y no quieren, de seguro, que yo cite fatigosamente al fatigado Alcibíades cortando el rabo de su fatigado perro, para que se hable de él en las plazas de Atenas. La vanidad es muy anterior a Alcibíades; ya aparece en la página tercera de la Biblia, y la hoja de parra, bien colocada, es su primer acto mundano. Indiscutiblemente, sin embargo, en ninguna época la vanidad fué, como en la nuestra, el grande y principal motor de las acciones y de la conducta. En estos estados de alta civilización que producen ciudades como París y Londres, todo se hace por vanidad y con un fin de vanidad.

Y de esa forma nueva y especial de la vanidad, sólo el periódico es culpable, porque fué él quien la creó. Esa forma consiste en la notoriedad que se obtiene a través del periódico. "Venir en el periódi-

Biblioteca Nacional de España

co", ver su nombre impreso en el periódico, citado en el periódico: he ahí cuál es hoy, para una gran mayoría de los mortales que viven en sociedad, la aspiración y recompensa supremas.

En los regímenes aristocráticos, el gran esfuerzo era obtener, si no ya el favor, al menos la sonrisa del príncipe. En las democracias nuestras, es alcanzar el elogio del periódico. Para conquistar esas diez o doce líneas benditas, los hombres practican todas las acciones, hasta las buenas. No es siquiera necesario que esas líneas contengan un panegírico; basta que pongan el nombre y la personalidad en evidencia, en una tinta bien negra, que hoy tiene un brillo más deseado que el antiguo nimbo de oro. Y no hay clase que no esté devorada por ese mórbido apetito del reclamo. Es tan vivo en el mundano, en el hombre de placer, en la mujer de lujo, como en aquellos que parecen preferir en la vida la oscuridad y el silencio. ¿Por qué vienen ahora, en estas semanas, esos frailes dominicos, desde el fondo de sus claustros, a predicar en los púlpitos de París sermones de Cuaresma sobremanera teatrales y suscitadores de escándalo? Para tener una celebridad en el género Coquelin e *interviews* en los periódicos de literatura elegante, y su retrato con el hábito del gran Santo Domingo, expuesto entre los *jockeys* ilustres y las cancanistas del *Moulin Rouge*. Y esta esperanza del "artículo del periódico" es la que, como antaño la esperanza del cielo, gobierna la conducta y las ideas, y por "venir en el periódico",

Biblioteca Nacional de España

es por lo que los hombres se arruinan y las mujeres se deshonran, y los políticos trastornan el buen orden del Estado, y los artistas se lanzan en la extravagancia estética, y los sabios alardean de teorías mirabolantes, y de todos los rincones, en todos los géneros, surge la horda ávida de los charlatanes. Cada uno, empuja, se adelanta hacia el primer término, quiere hacer estallar muy alto, en el aire, su fuego de artificio, para que el periódico lo comente y la multitud se apiñe y murmure boquiabierta: "¡Ah!..."

Pero ¡por Dios! Ahora reparo que estoy aquí componiendo una página de moralista amargo, lo cual es faltar al buen gusto de nuestra época y, sobre todo, a los santos preceptos de la ironía. Inmediatamente me callo y hasta estoy dispuesto a convenir en que el periódico también incita a la virtud... En efecto, tal magnífico banquero judío da por Navidad cien mil francos a los pobres para que su caridad venga loada en el periódico. ¡Bendito sea el periódico!

Ni siquiera, con el miedo de adoptar el desagradable tono de un censor de las costumbres, quiero insistir en otra acusación formulada por el Sr. Brunetière contra la Prensa: su partidismo y su sectarismo. Además, es por pura humildad cristiana por lo que yo, que me considero a mi modo un periodista, confesé, hablando del periodismo, estos pecados en que colaboro impenitentemente.

Estamos en Semana Santa, y es de buen ejemplo que cada uno rezongue su *mea culpa* y se cubra la

Biblioteca Nacional de España

cabeza con un poco de ceniza. A más de eso, queridos amigos y cofrades en el pecado, esta carta en que, contritamente, apunté algunos de los vicios más disolventes de los periódicos—su superficialidad, su chismorrería, su partidismo, vicios que los hacen tan poco propios para ser leídos por el hombre justo—, ya va siendo copiosamente larga, y yo tengo prisa de acabarla para ir a leer con delicia mis periódicos.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XV

LAS "INTERVIEWS".—EL REY HUMBERTO Y "EL FIGARO".—LA MONARQUIA ITALIANA.—LO QUE PUEDE DECIR UN SOBERANO A UN PERIODISTA.—LA SINCERIDAD Y EL OPTIMISMO OFICIAL.

A pesar de esta democracia creciente que lo vulgariza todo, o, más bien (seamos prudentes) que lo iguala todo, no todos los días un periodista consigue *interviuwar* (1) a un rey.

Este vocable "interviuwar" es horrendo y tiene una fisonomía tan grosera y tan intrusamente yankee como el inelegante abuso que expresa. El verbo "entrevistar", forjado con nuestro substantivo "entrevista", sería más tolerable y de un tono más suave y pulido. "Entrevista" es, además, un antiguo tér-

(1) El mismo género de consideraciones que Eça de Queiroz hace en el bello y sustancioso párrafo que sigue, es íntegramente aplicable al idioma castellano, donde la palabra *entrevista* y el verbo *entrevistar* tienen la misma y tan expresiva significación como en portugués. Y conste que ni Eça jamás fué casticista ni yo he hecho profesión de tal; pero indigna ver que se publiquen todos los días libros y periódicos en que las palabras *interviú* e *interviuwar* destaquen como manchas del odioma, teniendo, como tienen en castellano y en portugués, una expresiva y literal equivalencia.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

mino portugués, un término técnico de alfayate, que significa aquel pedazo de tela muy vistoso, ordinariamente escarlata o amarillo, que surgía por entre las aberturas en los viejos jubones de los siglos XVI y XVII. Término excelente, por lo tanto, para designar un acto en que las opiniones se hinchan, revientan hacia afuera, por entre los resquicios de la natural reserva, en colores efusivos y chillones. Mas "entrevistar" tiene algo de resbaladizo (1) que desagrada, y sólo alguien con mucha autoridad y mucha audacia lo puede imponer. *Interviuwar* es, al menos, brutal, pero franco. Hemos, pues, de emplear resignadamente este feo americanismo, ya que nuestros idiomas no están preparados en su noble pobreza para acompañar todas las ruidosas invenciones del ingenio anglo-sajón. Vosotros, ahí en el Brasil, amigos, poseéis el arte sutil de acuñar vocablos que son, a veces, geniales. Fabricad uno que sustituya a *interviuwar,* y seréis benditos.

Y entretanto iremos diciendo que, a pesar de nuestra igualización democrática, no todos los días un periodista *interviuwa* a un rey. No parece, por lo demás, haber provecho en la tentativa. Si los reyes son de derecho divino, sus intenciones deben permanecer tan impenetrables como las de Dios, de quien

(1) *Surrateiro*, adjetivo muy corriente en el lenguaje familiar portugués; pero intraducible y no incluído en algunos Diccionarios, y que puede traducirse, como yo lo traduzco, por derivar del verbo *surrar*: escaparse, resbalar, huir.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

emanan y que los inspira. Cuando alguien osase interrogar al Emperador de Rusia sobre sus planes, él, muy lógicamente, apuntaría silenciosamente para el cielo. Los reyes de ese tipo transcendente son agentes sumisos, casi inconscientes, de la Providencia. Antes trepar a las nubes y formular un interrogatorio directo a la Providencia. Si los reyes son constitucionales, sin embargo, entonces sus deseos como sus actos, sólo tienen valor cuando son confirmados por el Ministerio, por el Parlamento, por todas las instituciones tutelares de que los cercó y con que los embarazó la Constitución. Más útil, rápido y de más cortesía será entrevistarse con el ministro o con el jefe de la mayoría. Y ciertamente es por estos motivos por lo que los *reporters* que, con la imprudencia de los pardales se posan y pían sobre las cosas más venerables, nunca asaltan los tronos.

El caso es, sin embargo, muy diferente con el Rey de Italia. Humberto es un rey constitucional que dice siempre: "*Mi* pueblo... *mi* ejército... *mi* armada..." Estas expresiones indicadoras de un señorío directo de la nación, sancionado por el derecho divino, sólo el Zar (fuera del Sultán), las puede emplear hoy legítimamente. Por todas partes, fuera de Rusia, de Turquía (y de algunas Repúblicas de la América central), los pueblos se pertenecen a sí mismos, o, por lo menos, conservan esa ilusión, que es preciosa para ellos; y los ejércitos pertenecen al Estado, que dejó de ser idéntico al rey, desde que Luis XIV tuvo la fístula. Estas expresiones de "mi pueblo,

Biblioteca Nacional de España

"mi ejército", que consideraríamos impropias en la boca constitucional del Rey de los Belgas, no desentonan, sin embargo, cuando son usadas por el Rey de Italia. En la realeza de Humberto, jefe de la casa de Saboya, hay un no sé qué de personal y absoluto que se nos figura legítimo. Para los italianos, en quienes pueda sobrevivir el espíritu municipal de las antiguas democracias, tal vez él no sea más que el primer magistrado de Italia; para nosotros, aparece hasta cierto punto, como el señor de Italia, porque en su calidad de segundo Rey de Italia, es aún la razón y la fuerza de la unidad italiana.

En todos los tiempos fué la ambición de los reyes la que hizo la unidad de los Estados. Esta misma idea de unidad y el amor a la unidad, sólo nace en el pueblo desde que la ve realizada, y siente experimentalmente su grandeza material y su belleza histórica. La concepción abstracta de una patria unida nunca puede surgir espontáneamente en el pueblo, que sólo comprende y ama su aldea o su ciudad, y no piensa en la ciudad próxima o en la aldea vecina, sino para desdeñarlas o para envidiarlas. Ciertamente, el idioma, el parentesco de la raza, la identidad de carácter, constituyen fuertes tendencias hacia la unidad; mas de nada sirven si no hubiese conjuntamente un rey ambicioso que las aproveche para construír sobre ellas la unión nacional. Sin ese príncipe ambicioso, regido por un ministro del género de Bismarck o de Cavour, e instigado por tres o cuatro patriotas

Biblioteca Nacional de España

idealistas, las ciudades continuarían hablando el mismo idioma, nutriéndose intelectualmente en la misma literatura común, tributando un culto hermano a los mismos grandes hombres; pero nunca saldrían de su municipalismo y de su provincialismo histórico.

Esta ley, que se puede observar en todos los Estados, es manifiesta en la historia de Italia. Habiendo mantenido siempre la unidad de su civilización, tan sólida, que se impuso a todas las razas que la conquistaron; habiendo construído en Europa, por el Papado, la unidad espiritual, Italia nunca realizó su unidad política, y desde la Edad Media permanece fragmentada en Municipios y Repúblicas, cuya existencia, tempestuosamente agitada entre la anarquía y la tiranía, es una serie lacrimosa de martirologios.

El carácter social de Italia es entonces la división llevada a la última molécula social. Las ciudades viven aisladas, en unos violentos celos mutuos, tramando guerras continuamente y traicionándose con una perfidia que ha llegado a ser proverbial. Dentro de las ciudades, los ciudadanos viven tan divididos como ellas, armando todos los días riñas de calle a calle, y de cada casa haciendo la ciudadela de una facción. Y dentro de las casas, las familias están aún sombríamente divididas, y padres e hijos y hermanos no se reúnen en la misma sala sin traer cautelosamente debajo de sus jubones su puñal escondido. Sin embargo, todo este mundo mutuamente hostil, se injuria en la misma lengua, lee al mismo

Biblioteca Nacional de España

Ariosto, reza a la misma Madona, celebra las mismas fiestas cívicas y siente el orgullo común de la grandeza pasada. Mas el prolongado hábito de la vida local, del gobierno comunal, había echado raíces profundísimas y había creado en el italiano como un especial modo de pensar y de sentir, que lo abandonaba indefenso a las violencias de la demagogia, al abuso de la fuerza y de la intriga de los pequeños tiranuelos, a la ferocidad de todos los invasores. Añádase que estos viejos instintos municipales eran explotados maquiavélicamente por los Papas, que se servían de ellos para anular en cualquiera de los Estados la menor tendencia a la hegemonía, y a través de ella a la formación de una Italia unida. Soberano espiritual, el Papa no podía sufrir a su lado un soberano temporal; y para mantener su independencia, fomentaba la desunión. La pobre Italia quedaba así repartida entre republiquitas anémicas y despotismos sangrientos, reblandeciéndose en todas sus cualidades, depravándose en todas sus costumbres, bajo el patrocinio de la Tiara, que la impedía unirse, sin tener la fuerza de protegerla. La consecuencia es que Italia fué asaltada, saqueada, despedazada, remendada, vendida o donada como un despojo de guerra. Cayó en decadencia, cayó en servidumbre... Peor aún: cayó en ridículo. Y la tierra fecunda de los Genios y de los Santos no apareció más en la Historia sino como un pueblo piojoso y soñoliento, gobernado por cortes minúsculas, que no pasaban de una colección bufa de estúpidos, corte-

Biblioteca Nacional de España

sanos, parásitos, juglares, monseñores, sacristanes, sigisbeos, tenores, castrados y bailarinas... ¿Y por qué? Porque le faltara hasta entonces el rey ambicioso y patriota, que, para ser rey de Italia, rompiese las viejas tradiciones del municipalismo latino, y en medio de las grandes monarquías militares, diese a Italia un gobierno central, leyes uniformes, un ejército permanente, las condiciones todas que le consolidarían la unidad a ella y a él la soberanía. Este rey salvador surgió, finalmente, en Turín. Todos nosotros fuimos aún sus contemporáneos y lo celebramos como *Ré galantuomo*... Víctor Manuel fué el instrumento esencial de la resurrección de Italia. A su voz, la gran Lázara, ligada y extendida en el sepulcro borbónico, se levantó y anduvo. Otros trabajaron de fijo hábil y heroicamente en la gran obra; pero él fué quien la afirmó; y para los hijos de la multitud, que nunca profundiza, sólo él quedó como su fuerza representativa y la garantía de su duración. Por muchas limitaciones que la Constitución impusiese a su autoridad, no podía dejar de ser, a través de las fórmulas parlamentarias, suprema como la de todo creador. Humberto, su hijo, continuador y consolidador de la obra, hereda también esta prerrogativa del jefe paternal. Nunca podrá ser un rey de puro tipo constitucional como Leopoldo de Bélgica, que, según la fórmula belga, no es sino "el primero de sus administrados". Los futuros reyes de Italia (si los hubiese) podrán ser reducidos a esta subalternidad de funcionarios irresponsables. Humberto, no;

Biblioteca Nacional de España

y para él, *reinar* aún ha de ser *gobernar*. Y cuando hable de *su* pueblo, de *su* ejército, Europa no le discutirá la legitimidad de esas fórmulas autocráticas.

A más de eso, Humberto fué coronado en Roma. Ahora bien; Roma es esencialmente cesárea, y comunica e imprime carácter cesáreo a aquellos que la gobiernan. Ella misma fué siempre ciudad soberana o en lo espiritual o en lo temporal. Sólo hace cien años que dejó de venir de allá, o bajo la forma de edicto imperial, o bajo la forma de encíclica papal, la orden suprema que se imponía a reyes y a pueblos y regía nuestros bienes o nuestras almas. El señor de la ciudad de Rómulo siempre participará de esta supremacía que le es inherente. Pero este punto de vista es tal vez más estético que político.

En todo caso, por todos los motivos, Humberto es de los pocos reyes *entrevistables*. Es un rey que quiere y que puede. Y no es, sin embargo, bastante de derecho divino para considerarse un emisario de la Providencia y, como ella, esconder sus designios, que sólo por ella pueden ser comprendidos y juzgados. Al Rey Humberto le es permitido decir: "Yo haré esto; mis intenciones son estas..." Su autoridad en la nación tolera estas afirmaciones personales y soberanas. Cualquier otro rey, estrictamente constitucional, cuando es atacado por un *repórter*, sólo podrá encoger los hombros y murmurar: "No sé, veremos lo que hace el Ministerio..."

Hay, pues, utilidad aparente, para un *reporter* de alto reportaje, en sondear y sacar afuera el pensa-

Biblioteca Nacional de España

miento íntimo del Rey Humberto. La única dificultad estaría en la operación del sondaje; porque, a pesar de haber suprimido la rígida y encarceladora etiqueta del tiempo de Carlos V, los reyes aún no son accesibles a cualquier sujeto de sombrero hongo que se presente con una cartera y un lápiz, *a hacer preguntas*. Mas *El Fígaro*, barbero astuto, acostumbrado desde su mocedad a deslizarse sutilmente por las puertas obscuras y a penetrar en el secreto de los Bartolos, realizó esta magnífica hazaña: *interviuvó* al Rey Humberto. Y cuando él anunció, repiqueteando ufanamente su gran tambor, que iba a publicar las declaraciones del Rey de Italia; Europa, excitada, aguzó vorazmente sus largas orejas. En efecto; ¡qué maravillosa ocasión de conocer al fin el secreto de la Tríplice Alianza! ¡Y ocasión única! Porque dos de los aliados, el Emperador de Alemania y el Emperador de Austria, siendo mandatarios de la Providencia, han de permanecer impenetrables. El Rey de Italia, sin embargo, es sólo un mandatario del pueblo y de un pueblo ilustre en los fastos de la locuacidad... ¡Y el Rey de Italia iba a hablar!... Habló. *El Fígaro*, barbero dichoso, imprimió con estrépito sus palabras. Y desde entonces, aún no cesaron en torno de ellas controversias que me espantan y deben espantar a todos los sencillos por su ingenuidad.

Parece haber inmensa ingenuidad, en efecto, en esperar con inquietud y discutir después con pasión declaraciones públicas, oficiales, de gobiernos o de gobernantes. Por poco que ellas anuncien conducta y

Biblioteca Nacional de España

constituyan programa, tales declaraciones han de ser necesariamente generalidades optimistas y virtuosas. ¿Qué puede, por ejemplo, un Gobierno nuevo prometer a los ciudadanos sino que todos sus esfuerzos tenderán enérgicamente a mantener *el orden*, favorecer *la moralidad* y fomentar *la economía?* No hay posibilidad de que un Gobierno se presente gravemente ante el país y poniendo la mano leal sobre el corazón sincero, declare que va a fomentar *el desorden*, alentar *el derroche* y proteger *la inmoralidad*... Los ciudadanos no le creerían, y ese Gobierno, tal vez veraz, sería escandalosamente expulsado como farsante.

Hay en los programas políticos un convencionalismo, mutuamente consentido, que es común a todas las manifestaciones públicas y que corresponde a la necesidad climatérica y moral, hoy convertida en instinto, de cubrir nuestra desnudez. Es una mera cuestión de decencia, de respeto social, casi de etiqueta. El Jefe del Estado, cuando habla a la nación, ha de exhibir una decorosa virtud en sus intentos, por los mismos motivos por que ha de vestir su uniforme y traer su séquito en las grandes ceremonias. "Todas mis fuerzas, carísimos conciudadanos, serán dedicadas a fomentar la prosperidad..." etc., etc.; todas estas patrióticas e íntegras frases deben ondular en tonos claros, como los penachos de gala. Los experimentados sonríen, pero murmuran: "¡Muy bien, muy bien!" Y no tolerarían que el Jefe del Estado, con honrosa sinceridad, declarase que se preparaba a

Biblioteca Nacional de España

realizar escándalos y arbitrariedades, como no permitirían que en esa ceremonia, donde fuera a lanzar su programa, se presentase desnudo o simplemente en calzoncillos. Es una cuestión de decoro. Esta necesidad de pudor público la comprendo perfectamente. Lo que siempre me pareció incomprensible fué el ingenuo que revira los ojos, aspira con delicia cada promesa de programa, como si cayese de lo alto del Sinaí, y va exclamando, radiante: "Al fin tenemos un Gobierno, tenemos un hombre que quiere implantar *la moralidad*, garantizar *el orden*, promover *la economía*", etc., etc. Y aún menos comprendo tal vez los que se lanzan sobre el programa y lo analizan, lo disecan, sacan de él entre líneas esperanzas o recelos y discuten apasionadamente cada una de sus palabras sacramentales, como si fuesen realidades vivas.

¿Qué podría decir jamás el Rey de Italia a un *reporter* que le interrogaba sobre las intenciones de Italia?... ¿Qué podría decir, ¡justos cielos!, sino que él y su pueblo aman a todos sus vecinos como hermanos y sólo quieren, sólo apetecen la paz?... Y fué precisamente lo que afirmó Humberto. Ni era humanamente verosímil que frunciese el entrecejo y exhalase en vocablos tonantes su odio a Francia, su sed de guerra... Cualquier declaración suya destinada a un periódico había de ser inevitablemente fraternal, pacífica, optimista. Los escépticos pueden sonreírse, mas han de murmurar: "Muy bien, muy bien." El Rey de Italia, en efecto, tuvo la actitud que

Biblioteca Nacional de España

pedía la decencia. Recibiendo a un periodista francés, venía vestido y afianzó la paz. Tan extraño sería que anunciase la guerra, como que apareciese en mangas de camisa

Y, sin embargo, estas declaraciones previstas, obligatorias y que no tienen más significación que el uniforme o la levita que el Rey vestía, están siendo escudriñadas, pesadas, filtradas, estudiadas por los analistas políticos, como si contuviesen en el fondo de sus sílabas los secretos del Destino. Unos, de aquende el Rhin, gritan: "El Rey Humberto no es sincero. ¡Que dé pruebas!..." Otros, de allende el Rhin, claman: "¿Habrá en estas palabras de Humberto intenciones de desdeñar las alianzas juradas?..." Y el *Times*, hace tres días, en pesadas columnas, está preguntando a los ecos leales del monarquismo si es lícito dudar de la afirmación de un rey...

A un inocente como yo, todo esto parece funambulesco. ¡Oh, buenas almas, una vez más os digo: ¿qué esperabais que dijese el Rey de Italia!... ¿Qué puede responder el Director de un Banco a quien se le pregunta si él defiende la probidad o está inclinado a la estafa y al robo a los accionistas? ¿Qué puede responder un Jefe de Estado a quien se le pregunta si está a favor de la paz o se inclina a la guerra o a la mortandad de los pueblos?...

Por lo demás, es innata en el hombre esta tendencia a hacer preguntas tan inútiles como necias y cu-

Biblioteca Nacional de España

yas respuestas necesarias y coherentes se saben de antemano. No hay nadie que entrando en una tienda de comestibles a comprar un kilo de queso, no vaya preguntando al tendero: "¿Es bueno su queso?..." Como si jamás, desde que hay hombres y quesos, un tendero hubiese respondido con asco: "¡No, señor, no vale nada!..." Y si diese esta respuesta, por espíritu sublime de veracidad intransigente, entonces es cuando comenzaríamos a desconfiar del tendero, como de un ser anormal, extravagante y peligroso. Un amigo mío, viajando por Inglaterra, paró en un hotel, y después de instalado y rasurado, bajó a almorzar. El día era de junio; apeteciόle un vino fresco y claro. Recorrió pensativamente la línea de los vinos y preguntó al criado con la tradicional y humana ingenuidad:

—¿Es bueno este Chablis?

El criado, un anciano de patillas blancas, grave y un poco triste, como un embajador en disponibilidad, dobló la cabeza y respondió secamente:

—Es una peste.

Mi amigo contempló con asombro y con desagradable espanto a aquel hombre verídico. Después volvió a recorrer la lista.

—Bien, tráigame entonces de este Medoc... ¿Es bueno el Medoc?...

El criado, muy serio, replicó:

—Es horrible.

Perturbado mi amigo, murmuró, tímidamente, en una desconfianza vaga y obscura que le invadía:

Biblioteca Nacional de España

—Bien; beberé cerveza. ¿Qué tal la cerveza?

El criado replicó, convencido y digno:

—Droga muy mediocre... ¡Extraordinariamente mediocre!...

Mi amigo temblaba ya con un terror positivo; mas aún balbuceó:

—Entonces, ¿qué he de beber?

—Beba agua o beba té... Aunque el té que ahora tenemos es realmente detestable.

Entonces mi amigo rechazó violentamente servilleta y cubierto, trepó a la escalera de su cuarto, reató las correas de su maleta, saltó para un coche y huyó. ¿Por qué? Ni él lo sabía. Todo cuanto nos pudo explicar es que, ante tanta sinceridad, ante tanta veracidad, sintió en torno suyo, en aquel hotel, algo anormal, extravagante y peligroso.

Y el acto de mi amigo, dado nuestro secular hábito de mentira, de ficción, de convencionalismo, es bien humano.

Biblioteca Nacional de España

XVI

EL SALON

El mes de mayo, en París, está dedicado a la estética.

Entonces se abre con cierta solemnidad, en que hasta colabora el Jefe del Estado, la Exposición de Bellas Artes, lo que los franceses llaman el "Salón", sin duda por causa de la gracia, de la pulidez y de la sociabilidad de su arte. Todas las clases de París (con excepción de los obreros, que sólo se apasionan por la política) toman un interés, si no intelectual, por lo menos social en esta apertura del "Salón", aun aquellos que, en el resto del año, viven tan indiferentes y separados de las cosas de arte como de las cosas de la teología india. Hay así, en todas las ciudades, un día tradicional, consagrado, o al Ingenio, o al Sport, o a la Devoción, que tiene el don de reunir en el mismo entusiasmo o, por lo menos, en la misma disposición festiva a todos los ciudadanos.

En Londres, millares de personas que nunca tocaron un remo ni comprenden qué honra o provecho se saca de remar con pericia, muestran, y real-

Biblioteca Nacional de España

mente experimentan, la más exaltada simpatía por la regata clásica entre las Universidades de Oxford y Cambridge. Y en Lisboa, hasta los impíos, por el aire de fiesta que toman, concurren, en el devoto 13 de junio, a festejar a San Antonio. Las almas de los hombres, estando hoy tan dispersas, necesitan fundirse, al menos una vez por año, en un sentimiento común.

Añádase que el "Salón", en el día ceremonioso de su apertura, ofrece dos grandes atractivos a más de los cuadros y de las estatuas. En ese día, los artistas exponen, no sólo sus obras, sino sus personas; y contemplar el corte de la barba y la forma del sombrero del artista, es un precioso regalo para el parisién, como ya lo era para el griego que venía de la gran Grecia y de las Islas a Atenas, no para escuchar a Platón, sino para ver a Platón. En el "Salón", tal que apenas lanza una mirada indolente a las telas de Bonnat, sigue a través de las salas durante una hora, al propio Bonnat, regalándose con delicia en la admiración del hombre cuya obra le fué indiferente. Y es que para esos a quienes Flaubert llamaba con truculento rencor "los burgueses", todo artista es un ser excepcional, viviendo una vida excepcional, hecha de envidiables aventuras, de fiestas extrañas y de voluptuosidades magníficas. Un privilegiado tan grande excita una insaciable curiosidad, como todo lo que, en el bien o en el mal, por el brillo o por la fuerza, se yergue por encima del borroso y mediocre nivel humano. Y mal saben los

Biblioteca Nacional de España

burgueses que el artista es también, casi siempre (comenzando por el propio Flaubert), un burgués pacífico, sobrio, ordenado y mezquino.

Mas en el "Salón" hay además, en el día de su apertura, otra vistosa atracción que por ciertos aspectos se relaciona con las Bellas Artes: la de las *toilettes*. En efecto, está en la antigua tradición parisiense que las mujeres de lujo, aquellas para quien el lujo es un instrumento de la profesión, y aquellas para quienes el lujo es un hábito natural que les procede de la riqueza, de la posición y del gusto innato, enarbolen entonces las modas nuevas de la primavera, las creaciones más delicadas y artísticas de las grandes modistas de arte. Son otros tantos cuadros que circulan aparatosamente por las salas y que la multitud mira y admira con mucha más curiosidad que mira a los otros clavados en derredor de las paredes, dentro de sus marcos.

Y al lado de las elegantes hormiguean las propias modistas, que vienen exactamente como los artistas, a observar con ansiedad el efecto producido por la composición, por el colorido, por el vigor o por la finura de sus obras.

De estas obras especiales sólo entreví dos con alguna fantasía y audacia. En ambas, la figura de la señora, su *plástica,* concurría a dar un relieve picante y divertido a la *toilette* y a los accesorios de la ornamentación. Una muy delgada, muy esbelta, con una gracilidad serpentina, traía una falda corta, de seda rumorosa y lustrosa, recubierta de *falbalás*

Biblioteca Nacional de España

superiormente rizada y bien engomada por Lentheric (el más ilustre peluquero del siglo); las alas de su sombrero eran tan amplias, que, bajo ellas podría guarecerse del sol o de la lluvia un grupo de viajeros con sus caballos y sus equipajes, y estaban aún encimadas por una triunfal montaña, fofa y temblorosa, de plumas multiculores; su mano, calzada de guante negro bordado en oro y que subía abotonado hasta el hombro, apoyábase en el remate de onix de un bastoncito de marfil, más alto que un báculo o que una lanza; a cada paso que daba, las sedas crepitaban y centelleaban; la masa imponente de las plumas temblaba majestuosamente y un suspiro huía de los labios de la dama, tan rojos que parecían una herida en carne viva y sangrienta. Así iba entre la multitud, y ya no la comento. Retiraos, amigos, y dejadla pasar.

La otra señora, aún más pintoresca, era enorme, trasbordante, construída de rollos y bolas, con una piel escamosa, en la cual, hasta bajo los polvos de arroz, aplicados sin economía, se distinguía el color de azafrán. Sus tremendas masas de carne bamboleante sólo iban envueltas en una túnica diáfana, de un amarillo ardiente y brillante como las florecitas del campo de Portugal llamadas "botones de oro", y hecha ciertamente de aquel antiguo tejido que ya se fabricaba en la isla de Cos, y que, por su transparencia y levedad aérea, los poetas de Grecia decían ser hecho de luz y viento.

Como sombrero, sólo llevaba algunos amores per-

Biblioteca Nacional de España

fectos, en guirnalda, también amarillos. Era una ninfa y así montañosa, cejijunta, belfuda, con un rarandeo que le adhería la túnica, y se la enrollaba en los vastos miembros de elefante ameno, hendía orgullosamente la multitud, meneando un inmenso abanico, también amarillo, furiosamente amarillo. Tales eran estas dos parisienses, las dos obras vivas de parisianismo que más me impresionaron en esta fiesta de Santa Estética. Dicen que París continúa imponiendo al mundo la regla del gusto y del buen vestir y que, habiendo perdido todo predominio en materia de filosofía y de ciencia positiva, ejerce aún una influencia intensa a través de sus modistas. Por eso traslado fielmente, para uso de las razas menos inventivas, estos dos figurines que se me antojan importantes...

En cuanto a las otras obras expuestas en el "Salón", los cuadros y las estatuas, la primera lección que les saqué fué meramente sociológica, y por medio de ellas *(mirabile dictu)* reconocí una vez más cuán fácil es gobernar a las Democracias. El gran obstáculo, que los teóricos de temperamento tímido han previsto a la estabilidad de las agrupaciones democráticas, es la independencia de la razón individual y su libre ejercicio, garantizados por las leyes, convertidos incluso en puntales de la estructura pública.

Desde el momento en que no exista una regla

Biblioteca Nacional de España

como la vieja regla católico-monárquica que obligue a todos los espíritus a tener la misma opinión y a regular por ella su conducta, no parece posible (afirman estos pálidos teóricos) mantener en armonía algunos millones de ciudadanos, todos ellos poseedores de una idea original y propia, y determinados, por convicción o por interés, a que ella sola prevalezca.

La servidumbre intelectual, entendida a la buena y rígida manera de los jesuítas, aparece así como la condición suprema de toda la armonía social.

Pero como la Democracia, en colaboración con la Filosofía, tiene precisamente por fin abolir esta servidumbre, dar una ilimitada libertad a las inteligencias, crea desde luego y sin remedio ese estado previsto tan melancólicamente por nuestro viejo proverbio, en que "cada cabeza da su sentencia". Y (concluyen al fin los teóricos) como no hay mayor placer para una cabeza humana que concebir e imponer una sentencia, resulta que, apenas se sacuda el yugo saludable de la regla, todas las cabezas se sacuden desaforadamente, lanzan al aire con ímpetu su sentencia, y hacen una de esas horripilantes desafinaciones sociales, sólo comparables a las de una orquesta sin director y sin batuta, en que cada instrumento gime, silba, tintinea o retumba una música diversa y contraria. Todo esto es un error, y los teóricos que lo sustentan nunca fueron, como yo, al "Salón" en el día de su apertura, cuando en materia de Arte cada cabeza puede proclamar libérrimamente su sentencia después de haber pagado la entrada. Si hubiesen

Biblioteca Nacional de España

hecho esa peregrinación instructiva, comprobarían que el servilismo intelectual es en el hombre un vicio irreductible, y que por más que se le facilite el amplio y libre ejercicio de la razón y se le enseñe a sacudir el despotismo de los oráculos, siempre él, por instinto, por cobardía, por indolencia, por desconfianza de sí mismo, abdicará del derecho de pensar originalmente y se someterá, con gusto, con alivio, a toda autoridad que, a manera de un pastor en un rebaño, se levante, toque la bocina y le apunte un camino con el cayado. Realmente, la humanidad es rebaño, y el primer movimiento de toda cabeza libre es inclinarse hacia el surco abierto, dejarse adornar la testuz.

Estas reflexiones, de seguro poco nuevas (milagroso sería que, al cabo de tantos siglos, aun se pudiesen desenterrar novedades del fondo de la naturaleza humana), las hice yo con alguna tristeza, mezclada de mucha jovialidad, notando hacia qué cuadros y hacia qué estatuas se dirigían, en el "Salón", la curiosidad y la admiración del público.

Como una fila sumisa de buenos carneros, todos estos millares de seres pensantes, y únicos dueños de su pensamiento, marchaban gregariamente hacia aquellas obras que, en la víspera, el estudio crítico o, más bien, la *Guía Crítica del Salón*, publicada por el periódico, les indicaba, o mejor, les imponía, como las únicas delante de las cuales debían pararse y exclamar: *¡ah!* y sentir una emoción y ofrecer un loor. No sólo el periódico les apuntó previsoramente la

Biblioteca Nacional de España

obra, sino que les enseñó la emoción especial que debían experimentar, y hasta les redactaba la fórmula especial que debían balbucear. Y los millares de seres pensantes (muchos con el periódico en la mano) se apiñaban allí, en densos bloques, delante del lienzo, recibiendo obedientemente la emoción enseñada, recitando, sin omitir un adjetivo, la fórmula de alabanza decretada. Un padre de la Compañía de Jesús habría saboreado deliciosamente este saludable espectáculo de disciplina mental.

Sin embargo, este pueblo hizo, con intensa pasión, tres revoluciones sangrientas para alcanzar el derecho de libre examen y de libre juicio. Esa conquista, simbolizada siempre en la clásica toma de la Bastilla, es con razón uno de sus altos orgullos, y fué ella la que le autorizó a revestirse entre las naciones del carácter mesiánico y a intitularse "redentor de los pueblos", lo cual tanto hacía reír al amargo Carlyle. En efecto, la libertad de tener una opinión, no sólo en materia política, sino también en materia filosófica y estética, no siempre fué garantizada a los parisienses, y hubo tiempo, tal vez dichoso, en que ellos, tal cual el habitante de Damasco o de Bagdad, no podían, sin peligro de cárcel y de tortura, discrepar de las opiniones dogmáticas de sus doctores.

Cuando la Facultad de París (que, según dice Voltaire, tan pocas facultades poseía) lanzó un decreto negando la existencia de "las ideas innatas", todos los espíritus fueron obligados a repeler con enojo la abominable noción de "las ideas innatas";

Biblioteca Nacional de España

y cuando, años después, haciendo una pirueta metafísica, la misma Facultad promulgó otro decreto afirmando la existencia de "las ideas innatas", todos los mismos espíritus, pirueteando también, hubieron de proclamar con reverencia la certidumbre de "las ideas innatas". La memoria de esa afrentosa esclavitud intelectual aún hoy amarga al francés, que, en principio, teóricamente, considera la vida sin valor, siempre que ella no vaya acompañada y ennoblecida por la libertad de pensamiento.

Y esa libertad, alcanzada al fin tan penosamente, es lo que constituye su mejor superioridad sobre el pobre hombre de Bagdad o de Ispahan, a quien aún no le es permitido raciocinar de un modo diferente del que raciocina el "Cadí" o el "Ulema". El francés, gracias a sus tres revoluciones, puede pensar como le plazca sobre las cosas de la tierra y del cielo. Es su más augusto derecho. Y esta certeza de haberlo conquistado le satisface ampliamente. Porque, por lo demás, para tener una opinión, espera siempre a que su "Cadí" o su "Ulema", dogmatizando en el periódico, le indique la que debe adoptar, ya se trate de un Ministerio y el "Cadí" sea Magnard, de *Le Figaro*, ya se trate de un *vaudeville* y el "Ulema" sea Sarcey, de *Le Temps*.

De donde se podría deducir, ampliando el concepto, que el hombre no apetece verdaderamente ser libre, y sólo desea que no le llamen esclavo. Con tal que su libertad esté consignada en letra de molde, en alguna parte, en una Constitución o en las paredes

Biblioteca Nacional de España

de los edificios, está contento y no exige que esa libertad se traduzca realmente en hechos. Cualquier República se puede convertir en el más rígido despotismo, con tal que continúe denominándose *República*. Nerón, intolerable bajo el nombre de Emperador, sería popularmente consentido bajo el nombre de Presidente. En materia social es el rótulo impreso en la botella lo que determina la calidad y el sabor del vino. El gobierno de las sociedades parece, por lo tanto, ser esencialmente una cuestión de léxico. El mejor medio de dirigir a los hombres será tal vez gritarles con entusiasmo: *¡Sois libres!*, y después con un tremendo látigo, a la manera de Jerjes, obligarles a marchar. Y marchan contentos bajo el restallido del látigo, sin pensar más y sin querer más, porque fué dicha *la palabra* esencial: *¡Sois libres!*, y allá está Jerjes, en su carro de oro, para querer y para pensar por ellos.

Por lo demás, tal vez toda esa gente obre muy avisadamente en admirar, sin iniciativa propia, las obras de arte que los críticos le manden admirar. Hay aquí una reserva y economía de fuerza pensante, que bien puede ser loable. En esta nuestra agitada civilicación, en que tan continuos esfuerzos son exigidos de cada hombre, para que le pueda corresponder su pedazo de pan en el famoso *banquete de la vida*, parece realmente excesivo que se sobrecargue aún con el trabajo de concebir y formular opiniones estéticas.

Biblioteca Nacional de España

Un amanuense de Hacienda, que nació con ingenio, decía antaño a Voltaire: "Es para mí una gran desdicha, pero nunca me sobró tiempo para tener buen gusto." Frase triste y profunda, y que, si ya era verdadera en el siglo XVIII, ¡cuánto más exacta es en el siglo XIX!... Para tener gusto propio y juzgar con alguna delicadeza de las cosas de arte, es necesaria una preparación, una cultura adecuada. ¿Y dónde tiene el hombre de trabajo, en nuestro tiempo, vagares para esa complicada educación, que exige viajes, mil lecturas y larga frecuentación de museos, todo un refinamiento particular del espíritu? Los propios ociosos no tienen tiempo, porque, como es sabido, no hay profesión más absorbente que la vagancia. Los intereses, los negocios, la tienda, la oficina, la familia, la profesión liberal, los placeres, no dejan un momento libre para las exigencias de una iniciación artística, y en una ciudad de dos millones de almas, como París, al fin y al cabo, sólo media docena de almas que pueden sentir con verdad y profundidad la belleza o la grandeza de una obra, y que delante de un cuadro de Velázquez y de un cuadro de Bouguereau, sepan cuál pertenece al Arte y cuál pertenece al Artificio. Por eso la oleografía triunfa, y Ohnet y otros tiran cien mil ejemplares, y las comedias más despreciablemente idiotas congregan a las multitudes. Y no es culpa de la multitud. Ella puede decir como el amanuense a Voltaire: "¡No me sobra tiempo para tener buen gusto!..."

Por otra parte, sin embargo, el hombre civilizado,

Biblioteca Nacional de España

o el que vive en un medio civilizado, está hoy en el deber de interesarse o de parecer que se interesa por las grandes expresiones de la civilización. Sin esa manifestación de cultura, es considerado por sus vecinos como un salvaje. El desdén o simple indiferencia por la literatura o por el arte ya no es permitido al habitante de una capital, y están lejanos los tiempos en que los señores feudales se vanagloriaban con el orgullo de no saber leer. Hoy, en todas las clases que están por encima del labrador y del carretero, es tan indispensable mostrar cierto gusto por las cosas del espíritu, como usar, por lo menos en el domingo, camisa planchada. Es un precepto de decencia y respetabilidad. Por muy expendedor de bacalao que uno sea, y preocupado del bacalao, e indiferente a todo, fuera del arate y del medio arate (1), no se osa despreciar públicamente (aunque se desprecie en particular) las letras y las artes, como no se osa ir al paseo en zapatillas y sin corbata. Todo es en este siglo *toilette,* decía el viejo Carlyle. El aprecio exterior por el arte es el sobretodo de la inteligencia. ¿Quién se querrá presentar ante sus amigos con la inteligencia desnuda?

En una ciudad como París, y ante un acontecimiento tan artístico como es todos los años la apertura del *Salón,* cada buen burgués (para usar el término predilecto de Flaubert) se ve forzado, por el

(1) *Arate* en castellano, equivalente del *arratel,* que usa Eça de Queiroz, es medida que significa libra, de diez y seis onzas, equivalente a 159 gramos.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

decoro, a tener sobre tres o cuatro cuadros una opinión, una frase, para cambiarla con sus relaciones en el café. Pero construír esa opinión, redactar esa frase es un trabajo que pide reflexión, tiempo, un diccionario. Y para quien pasa su cansado día en el escritorio, en el almacén, en la oficina, en el billar o en la atareada ociosidad mundana, esto, desde luego, se convierte en una sobrecarga impracticable. El expediente natural, por lo tanto, es recurrir a aquellos que tienen por profesión y especialidad suministrar opiniones y frases sobre cosas de arte. Estos son los críticos y tienen su tienda de retales en el periódico. Nada más cómodo ni más rápido, pues, que comprar el crítico, por la módica suma de cinco céntimos, tres o cuatro opiniones, como se compran al guantero tres o cuatro pares de guantes, obscuros o claros. Se adopta la opinión como se calzan los guantes y desde luego, se queda apto para presentarse en sociedad con el aire y la elegancia moral de un ser culto. Esta es la gran ventaja de vivir en las ciudades, donde todo se fabrica y se vende al pormenor. Un cualquiera puede estar de mañana completamente desnudo, de cuerpo y de espíritu, sin un trapo y sin una idea. De ahí a un momento, disponiendo de algún dinero y gracias al almacén de trajes hechos, y al almacén de ideas hechas, que se llama el periódico, puede estar dignamente vestido, por fuera y por dentro, y salir a la calle y ser un señor.

Esta gente, pues, que anda por aquí, con su periódico en la mano, consultando en él las obras que ha

Biblioteca Nacional de España

de admirar y las frases en que ha de modelar su admiración, no es tal vez el rebaño humilde que camina bajo la férula de la autoridad. Es más bien una turba de amanuenses, que, como el otro de la época de Voltaire, no tuvieron tiempo para adquirir buen gusto. Cuando Voltaire escribió, casi no había periódicos; el único crítico de arte era Diderot y aun se andaba compilando la Enciclopedia. Aquel amanuense estaba realmente muy desprevenido. Hoy, con tantos y tan baratos periódicos y una tal legión de grandes y verbosos críticos, no hay disculpa para que un amanuense, aun sin tener relaciones con Voltaire, no se provea de dos o tres kilos de buen gusto. Y se provee, porque conoce las ventajas de tener alguna estética y alguna poética, cuando se va por la noche a tomar el té con señoras. Ahí los veo a todos, trayendo el periódico lleno de opiniones como un cartucho, y, ante la estatua de Dubois y el cuadro de Bonnat, diciendo con seguridad, después de meter la mano en el cartucho, lo que este año se debe decentemente decir sobre Bonnat o Dubois.

Y aquí está como divagando, con el acostumbrado vicio latino, a través de un pórtico de consideraciones generales; yo os retuve, amigos, todo este tiempo, a la entrada del *Salón,* sin mostraros siquiera una mancha de color sobre un pedazo de tela. Pero cuando yo os hubiese descrito *El Caballero de las Flores,* de Rochegrosse, o *El Papa y el Emperador,* de Laurens, o *La Brunehilda,* de Luminais, vosotros sólo ganaríais algunas líneas de prosa desaliñada y fugaz.

Biblioteca Nacional de España

Estos cuadros están en Francia; vosotros estáis en el Brasil, y en medio hay tres mil leguas de largo y sonoro mar. Es difícil sentir una obra de arte a tres mil leguas, a través de un mero hilo de retórica. La pintura es, según todos los recios definidores, una imitación de la Naturaleza. Por lo tanto, sólo os podría ofrecer la descripción de una imitación de la Naturaleza. Pero como yo mismo sólo conozco casi todos estos cuadros, que son tres mil, por lo que de ellos leí en una revista, realmente, de buena fe, sólo os podría proporcionar una reproducción de una descripción de una imitación de la Naturaleza. Y como desconfío, a más de eso, de que el estudio de esta revista fuese ya compilada sobre las notas de los periódicos, yo, en verdad y sinceramente, sólo os daba la transcripción de una reproducción de una descripción de una imitación de la Naturaleza. Lo cual sería petulante.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XVII

CARNOT

El Presidente Carnot acaba de ser asesinado en Lyon. Para caracterizar este contrasentido sangriento, debiera decir desde luego que el Presidente Carnot fué inverosímilmente asesinado en Lyon.

En efecto. ¡Qué rara inverosimilitud!...

El más inocente, el más legal, el más irresponsable, el más impersonal de los jefes de Estado, muriendo de una puñalada, ¡como César, como Enrique IV o como Marat!...

Carnot salía a las nueve de la noche del banquete que le ofreció el Municipio de Lyon, para asistir al *Grand-Théâtre* a una representación de gala.

Su *landeau* abierto y desguarnecido rodaba vagamente entre una multitud que lo aclamaba en el fulgor de las calles iluminadas. Un hombre, trayendo en una mano un ramo de flores y en la otra un papel arrollado a manera de un memorial, saltó bruscamente, como un gato, sobre el reborde del *landeau*, y tocó en el pecho del Presidente con las flores y con el papel. El Alcalde de Lyon, sentado frente a Carnot, aun dió con el puño un golpe en la ca-

Biblioteca Nacional de España

beza del hombre, que huyó, y a quien alguien, en la turba, inmediatamente filió por instinto, como a un ladrón. Tanto el Alcalde de Lyon como aquellos más próximos que habían entrevisto en una ojeada el salto mudo y felino, pensaron que el hombre se había abalanzado sobre el Presidente *¡para arrancarle y robarle la placa de diamantes de la Legión de Honor!* Y esta idea, la primera, como la más natural que a todos se les ocurrió, define perfectamente al Presidente de la República. Carnot era de esos hombres que no se supone que puedan ser acometidos sino para ser robados.

No tenía enemigos. No tenía siquiera adversarios, porque no representaba un partido y mucho menos un principio. La Constitución redujo su autoridad a una sombra incierta y tenue; y esa misma partícula de autoridad la ejerció siempre con una reserva que a muchos parecía indiferencia y a otros nulidad. Carnot pasó el tiempo de su presidencia constantemente torturado por los escrúpulos punzantes de la legalidad. Seguramente tenía sus gustos y sus preferencias; pero eran preferencias de hombres por hombres, y nunca por ideas. Estas mismas preferencias por estadistas de su tipo, discreto y neutro, como Loubet, Tirard y otros, tantas veces le fueron censuradas por las extremas oposiciones, que terminó por inmolar dentro de sí esta última y modesta expresión de su fuerza pensante. Fué entonces cuando ganó la reputación fantástica de *ser de palo*. Su voluntad, inmóvil o in-

Biblioteca Nacional de España

movilizada, traducíase en la rigidez yerta de su actitud. Casi no osaba mover un brazo por temor de aplastar un artículo de la Constitución. Cuando más, saludaba y sonreía. Así por lo menos lo pintaban los caricaturistas y los cancionistas. Y si la historia de su presidencia fuese más tarde estudiada en estas obras ligeras del humorismo parisién, darían idea de un Jefe de Estado cuyos únicos actos históricos fueron saludar y sonreír. Carnot no era más que la imagen ornamental y simbólica de la República, como esa estatua de oro de la Victoria que protegía al Imperio Romano. Y el partido político que con un fin político asesinase a este jefe sería tan insensato como una tripulación rebelde que, queriendo apoderarse de un navío para darle un rumbo nuevo, decapitase expresamente con furia la figura de madera esculpida en la proa.

Por eso el crimen de Lyon fué en seguida, y sin otro examen, atribuído al anarquismo; porque sólo los anarquistas hoy, en esta civilización raciocinadora y utilitaria, conservan, como los salvajes, la ferocidad pueril de cometer crímenes inútiles. Son ellos los que, para destruír todo el capital opresor, arrasan una finca cualquiera de tres pisos, y para demoler la burguesía autoritaria, matan con astillas de bombas a unos cuantos empleados de comercio sentados en un café bebiendo *bocks*. Sus crímenes no solamente son inútiles; son también contraproducentes, porque van a fortalecer formidablemente todo cuanto quieren destruír; y retardan indefini-

Biblioteca Nacional de España

damente todos los progresos que pretenden con ansia precipitar. Esta secta, que tiene por principio la supresión de toda autoridad, convirtióse así en una estúpida e inconsciente fomentadora del abuso de la autoridad. Y llegó a un punto, que el anarquista parece ser secretamente asalariado por el despotismo.

El asesino de Carnot aun no se confesó anarquista; en rigor, aun no despegó los labios sino para gruñir algunas indicaciones de natalicio y residencia, en una ruda algarabía incomprensible, que no es francés ni italiano, y que ni siquiera se sabe si es natural o fingida. Desde luego la conclusión general fué que había allí un anarquista, porque sólo un anarquista, con aquel obtuso fanatismo que denuncia a la secta, hubiera podido olvidar cómo el asesinato de un Jefe de Estado, tan legal e irresponsable como Carnot, iría, por la natural irrupción de cólera y dolor, por la unanimidad de simpatías acumuladas en torno de Francia y de su Gobierno, por el sentimiento de peligro despertado en los otros Jefes de Estado, a exacerbar por todas partes la reacción y persecución, no sólo contra el anarquismo, sino contra los partidos avanzados y de ideas justas, de los cuales él es el hijo bastardo y criminal. Más que nunca, esta vez el anarquismo trabajaba furiosamente contra esa libertad de la que pretende ser expresión suprema y perfecta; y su arma no era más que una nueva y ensangrentada

Biblioteca Nacional de España

herramienta puesta por él, de noche, en las manos de la burguesía capitalista. Anarquista o no, este mozo misterioso que permanece mudo en la cárcel de Lyón, hizo, si no una de aquellas *víctimas de elección* de que habla el Evangelio, una víctima que todos los hombres de bien pueden lamentar con pena pura y sin mezcla de otro sentimiento. Carnot fué por excelencia el magistrado íntegro.

Sin ninguna de las cualidades brillantes de espíritu que cautivan los aspectos imaginativos de la raza francesa, fué, no obstante, popular, y, a pesar de las leves sonrisas que provocaba su talante exageradamente estirado, el más popular tal vez de todos los Jefes de Estado, en estos últimos cincuenta años, en Francia. Y la razón es porque encarnaba admirablemente todos los otros aspectos del temperamento francés: los del buen sentido positivo, de la prudente moderación, del trabajo celoso, de la probidad y de la veneración a la ley. Todos estos rasgos de carácter se encuentran en Francia, principalmente en la burguesía provincial; por eso Carnot era, sobre todo, querido en las provincias, y se podía considerar como un Presidente, no parisién, sino provinciano; lo que constituye, para quien conoce París, uno de sus méritos, si no su mérito mayor. Seguramente a su popularidad contribuyeron tres grandes hechos, que personalmente no creó, pero a los que supo presidir con perfecta dignidad y tacto: la supresión del *boulangismo,* último fermento del espíritu cesarista; la Exposición univer-

Biblioteca Nacional de España

sal de 1889, y la alianza o fiestas de alianza de Rusia y Francia. Todos estos acontecimientos se ligaban, por lo demás, con aquel orden de preocupaciones que en él eran más vivas: la de la grandeza material de Francia y la de su predominio en Europa. Embarazado, trabado por sus escrúpulos de legalidad, en todo lo que se relacionaba con la política interior (al contrario de Grévy, que sólo se interesaba por el parlamentarismo y por sus episodios), era para las relaciones exteriores de Francia, para su gloria y situación en Europa, para lo que Carnot empleaba, si no una franca iniciativa, al menos aquella porción de iniciativa secreta de que aun se consideraba legalmente señor. Y ahí sus servicios fueron reales y eminentes, porque si no tuvo en política exterior esas ideas encadenadas, nuevas y fuertes, que antaño, cuando había reyes, se llamaban *las grandes ideas del reinado,* mostró en su conducta de Jefe de Estado, expuesto a la observación de las cancillerías europeas, tanta corrección y tanta prudencia pacífica y tanto sentimiento de la grandeza nacional, que hizo creer a Europa en una Francia tan digna, tan prudente, tan pacífica y tan fuerte en la conciencia de su grandeza, como se mostraba el jefe que había escogido. Por ese lado, Carnot fué un valioso cooperador de la confianza de Francia en sí misma y de la paz en toda Europa.

Particularmente, era el más excelente de los hombres: afable, caritativo, leal, clemente, culto.

La multitud, que lo veía siempre tan tieso, meti-

Biblioteca Nacional de España

do en una levita que parecía de hierro, con la barba muy negra y dura, y la barra roja de la Legión de Honor destacando, sin un pliegue, en la pechera rígida, tendía a pensar que todo en el hombre interior era también seco, rígido, duro.

La multitud se engañaba rotundamente. Carnot era un blando, casi un sentimental.

Hay así de estas figuras de madera, que viven por dentro una vida ignorada, que está llena de sensibilidad y de valor afectivo.

Un periódico que le honró siempre incondicionalmente y que acostumbra a poner en sus palabras una sensatez ponderada y hasta solemne, *Le Temps,* resume el elogio fúnebre de Carnot afirmando que era *un brave homme.* La expresión así aislada puede parecer familiar, tal vez rastrera, hasta veteada de un vago desdén. Pero cuando se junta a todas las demás que definen su carácter público, luego se advierte que ésta las completa, las embellece y esparce sobre ellas como un indefinido perfume de bondad y dulzura, sin las cuales nunca hay verdadera superioridad moral. Y Carnot, él mismo, en la lista extensa de sus virtudes cívicas e íntimas, apreciaría, más que todas, ésta, que tiene un aire tan sencillo, de *brave homme.* En su vida, en su alta magistratura, fué siempre un *brave homme.*

Y esto, en el jefe electo de una democracia, es tal vez la mejor condición, porque de los grandes genios vienen a veces grandes males, y nunca viene sino mucho bien de una bondad honesta y grave...

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XVIII

LA MUERTE Y LOS FUNERALES DE CARNOT

...París, sentado en las terrazas de los cafés, bebiendo, despaciosamente y a tragos, limonada o jarabe de grosella con soda, enjuga el sudor de la frente y reposa de las emociones por que pasó esta semana, con 35 grados de calor (a la sombra). ¡Qué emociones, en efecto, tan atropelladas, tan diversas, desde esa mañana del martes, en que cada uno de nosotros fué despertado casi violentamente por su criado, que, sin abrir las vidrieras, difundiendo en la alcoba un poco del horror y del asombro que invadiera a la ciudad, exclamaba y balbuceaba: "¡El Sr. Carnot fué asesinado en Lyon!..." Después de esto no era posible ni adormecerse de nuevo, ni desperezarse. París entero, sin baño, casi sin almuerzo, salió a la calle, como Atenas en los grandes días cívicos, y en la calle se quedó durante una semana, hablando alto y comprando vorazmente periódicos. Tantos periódicos arrebataba y luego tiraba, que a la noche el macadam y el asfalto desaparecieron bajo una capa de lodo impreso, el más triste de todos los lodos.

Esta multitud, tan sobreexcitada interiormente,

Biblioteca Nacional de España

conservaba, sin embargo, una compostura tranquila, semejante a la de un público en un teatro, que, mientras los héroes agonizan en el tablado, se siente perfectamente seguro, y seguras en torno suyo la vida y la tranquilidad de la ciudad. Es que la muerte de Carnot sólo afectó realmente la imaginación de París. Era como una tragedia, improvisada por un fuerte genio trágico, representada inesperadamente una noche en Lyon, y cuyos lances de sangre y de luto viniesen contando los diarios.

El puñal del italiano, escondido entre flores, a la buena manera italiana del Renacimiento, no hirió, al herir a Carnot, ninguno de esos intereses que son para el hombre, individualmente, como pedazos de su propia carne, o para la sociedad como el cimiento de donde depende su estabilidad. El bienestar más íntimo del ciudadano no se altera hoy con las catástrofes sufridas por aquellos que le gobiernan, y el Estado no sufre ni un rasguño cuando su jefe muere de una puñalada. Antaño, la supresión violenta del jefe causaba un trastorno universal, una tumultuosa dislocación de intereses, casi una transformación de costumbres. Cuando Enrique IV fué asesinado en la calle *de la Ferronnerie*, como Carnot, toda Francia, horas después, según la viva expresión de Michelet, quedó vuelta de dentro para fuera como un guante. La laboriosa obra del reinado trastornóse bruscamente; el tesoro acumulado por Sully se dispersó al viento; todas las construcciones se interrumpieron por falta de dinero;

Biblioteca Nacional de España

todas las grandes manufacturas se cerraron, y los obreros vagaban hambrientos; la trama de las alianzas, tan hábilmente urdida, en un instante quedó deshecha; y surgió en breve la guerra de los Treinta Años. Aquel rey muerto llevaba consigo para la tumba el pan, la paz, la posición, las vanidades de millares de vasallos. Por eso en París fué terrible la desolación. Como dice también Michelet, cada ciudadano se consideró personalmente perdido, y en las casas, como en una desgracia doméstica, las mujeres gritaban mesándose los cabellos.

Con la pérdida del Sr. Carnot, asesinado como Enrique IV, ningún ciudadano (superfluo es recordarlo) se considera perdido; y las mujeres, en vez de mesarse los cabellos, ponen más cuidado en peinarlos, para asistir, con una curiosidad ligera, a la fiesta de los funerales.

No hay obras interrumpidas, ni obreros despedidos. ¡Por el contrario!... El trabajo aumenta. Los jardineros, las floristas, los fabricantes de coronas embolsan más de tres millones de francos. El asesinato del Jefe del Estado fomenta el comercio. En realidad, nada hay cambiado en Francia; sólo un buen francés de menos.

Esto no prueba la flaqueza de las instituciones monárquicas, porque después de Enrique IV muerto, hubo al punto Luis XIII puesto, y el Trono de Francia, con las mismas flores de lis, aun duró triunfalmente dos siglos. Demuestra sólo que hoy el Estado ya no está todo contenido dentro del Jefe;

Biblioteca Nacional de España

y que el Jefe sólo es el remate decorativo del Estado, pudiendo ser bruscamente derribado por una racha de crimen, sin que el edificio que él remataba venga a tierra, y ni por un momento disminuya o se modifique, ni siquiera se interrumpa, la vida intensa que circula dentro del edificio y que lo anima. El regicidio dejó así de ser una tragedia política, para convertirse sencillamente en una tragedia doméstica, que en el pueblo no puede interesar más que la imaginación.

Lo que París sintió durante esta semana (a más de la compasión natural por el buen hombre y por la admirable viuda), fué una curiosidad feroz del detalle trágico. Los periódicos contribuyeron a exaltar esta curiosidad, menos por las cosas dolorosas que venían contando, que por la manera terrorífica con que las anunciaron, en tipo deforme, letras de tres pulgadas, de un negro siniestro, llenando toda una hoja; ¡y en su mudez más estridentes que gritos!... Son estas letras de desconocido aparato, imitadas de América y exageradas como toda imitación interesada, las que exacerban la sensibilidad moderna. Las pestes, las guerras, las caídas de imperios, eran antaño narradas por los periódicos en un tipo menudo y ordinario, y la noticia de las catástrofes entraba en nuestro espíritu de un modo manso y discreto, sin producir en él alborotos violentos. Ahora, estas letras espantosas invaden con pavor nuestro pobre cerebro; y a la manera de toros que se precipitan dentro de un templo, ponen en con-

Biblioteca Nacional de España

fusión y terror la quieta asamblea de nuestras ideas. Una tarde de esta semana, en los *boulevards,* un periódico astuto y sospechoso, *La Cocarde,* apareció ostentando en su primera página, ancha como una página de la *Gaceta,* estas dos líneas únicas, en un tipo desproporcionado, sin precedentes, que se divisaba a una legua: "¡El Embajador de Francia fué asesinado en Roma!" Vi mujeres que al recibir en los ojos desprevenidos este tremendo berrido tipográfico, casi se desmayaron, y por donde pasaban los vendedores, agitando el cartel pavoroso, la multitud se arremolinaba como bajo un gran viento de miedo y cólera.

Así, durante la larga semana, anduvo vehementemente sacudida nuestra imaginación.

Por lo demás, la tragedia de Lyon era bien propia para excitar las imaginaciones más reacias y dormidas. Rara vez el Destino o el Acaso (si es que el Destino se conservó indiferente), envolvió un regicidio en escenario más conmovedor, de contrastes más patéticos, acumulando en él una tal profusión de detalles horribles en su trivialidad, y casi tremendamente grotescos a través de su horror. Esa noche parece compuesta por Shakespeare y retocada aquí y allá, después, por Hoffmann. ¿Quién sabrá jamás y la contará en toda su menuda realidad? ¡Y qué contraste intenso ya palpita en que el más suave y ordenado de los hombres acabase en la más cruenta y atropellada de las tragedias! ¡Carnot muere en un refinamiento dramático que faltó a Cé-

Biblioteca Nacional de España

sar! ¡Ved si no el escenario! No es la sala grave del Senado donde los puñales se yerguen con la serenidad raciocinada de una votación, sino la calle iluminada de una ciudad en fiestas, en una noche de gala. Todas esas flámulas y banderas y rutilantes arcos de gas, y festones multicolores de linternas chinas, y fuegos dispersos de Bengala, y escudos de luz, y palenques y orquestas son para celebrar el hombre que pasa en su *landeau* y saluda y sonríe. Una multitud sincera, de una buena sinceridad provinciana, para quien ese hombre, cercado de coraceros, con la placa y la gran cruz de la Legión de Honor, encarna realmente la majestad de Francia, grita: *¡Viva Carnot! ¡Viva Carnot!* ¡Y de repente cae la majestad de Francia encima de las almohadas del coche, con la faz descompuesta y lívida!... Fué uno cualquiera, surgiendo de las profundidades de la plebe, con los zapatos rotos, una vieja chaqueta de paño color de miel, quien, de soslayo, le enterró un puñal en el vientre. Puñalada casi impersonal, en que el brazo no es más que la prolongación inconsciente de la lámina de hierro, y que viene de abajo, de lejos, de muy lejos, de las capas obscuras del proletariado hambriento... Y el *landeau* va allí, huye allá, al galope, entre el ansioso trotar de la escolta, llevando al Jefe del Estado, que se deshace en sangre. (El Estado, recientemente, para protegerle, había gastado más de un millón de francos en mejorar a la Policía.)

¡Oh, esta siniestra fuga hacia el palacio de la

Biblioteca Nacional de España

Prefectura, del *landeau* de corte, convertido bruscamente en carro de hospital!... Ya para dentro saltaba un cirujano que, con las mangas alzadas, habiendo desabotonado los pantalones del Presidente, palpaba la herida, atajaba la sangre con los pañuelos prestados por los lacayos. Y así galopan un cuarto de hora furiosamente, bajo las banderas, los arcos de follaje y las guirnaldas de luces. Un mero ciudadano sería transportado en seguida, en brazos, al patio de una casa, a la trastienda de una botica. Pero el Presidente ha de recogerse a Palacio, aunque se deshaga en sangre, porque, aun en una República, es severa la regla del Protocolo! En las calles, la multitud, que nada sabe de la puñalada, y ve pasar entre los coraceros el *landeau* del Estado, donde vagamente se agitan y brillan plumas y dragonas de generales, bate las palmas festivas, aclama a Carnot! Pero encima, en las ventanas, la gente que las ocupa tiene una visión extraña, terrible, casi burlesca: el Jefe del Estado, extendido, con la gran cruz, la placa de diamantes de la Legión de Honor y el vientre desnudo, la falda de la camisa revoloteando, ya teñida de sangre... Visión espantosa que pasa entre ovaciones, al claror de las luces de Bengala, bajo el estallido de los cohetes. Pasa, desaparece, en un galope de jinetes, dejando sólo el surco estremecedor de aquella falda blanca y sangrienta.

A la puerta del palacio de la Prefectura, la confusión es tan grande, que dos *reporters*, ansiosos

Biblioteca Nacional de España

de penetrar en ese acontecimiento histórico, se apoderan del cuerpo del Presidente y lo arrancan del *landeau,* uno agarrando una pierna y otro un brazo. Comienza el penoso y vacilante traslado del cuerpo por las escaleras y pasillos de la Prefectura; un palacio nuevo, mal conocido aún, estrenado en esos días de gala.

Luego, en el primer piso, hay un apuro angustioso... El Presidente debía recogerse más tarde, después de la representación de gala en el *Grand-Théâtre;* toda la servidumbre, con tres horas libres, partió para las fiestas, para los fuegos de la Exposición, y las luces estaban apagadas, todos los corredores en tinieblas!... ¡Y nadie tenía un fósforo! El herido, desmayado, se enfría, pierde la sangre. Y la ansiedad toda es por un fósforo. Por fin, allá refulge, al fondo, un farol de gas. El cuerpo del Presidente es depositado sobre la colcha de seda de su lecho de ceremonia.

Pero, a través de las puertas abiertas de par en par de la Prefectura, penetraba una inmensa multitud que ocupaba los pasillos, invadía el cuarto, estorbaba los servicios de los cirujanos. Fué necesario que acudiese policía y tropa para rechazar a través del palacio aquella multitud, atacada de una curiosidad furiosa, y donde autoridades, magistrados, ministros, se debatían, gritaban, repelidos en la larga columna de gente. Un bloque más tenaz, en que había señoras, permanece detenido delante de la puerta del cuarto luctuoso. No hay nada, ya

Biblioteca Nacional de España

lo notó Víctor Hugo, que más aguce la curiosidad que un muro, una puerta cerrada, por detrás de la cual está ocurriendo algo irreparable.

Cuando esta deseada puerta se abrió dando paso a algún general con palanganas o paños ensangrentados, todos, hombres y señoras, se empujaron, se estiraron para contemplar al Jefe del Estado en su lecho, aún de levita, aún de gran cruz, con el vientre desnudo, las piernas desnudas...

Así moría, en este desorden, el más decoroso de los Jefes de Estado.

César, al caer, dió un gran movimiento a la toga, para taparse todo, en una suprema decencia: y en torno de él no había sino los blancos mármoles del Senado desierto, y al fondo, un personaje secular, muy viejo, muy gordo, que se había adormecido, no se había enterado de nada del caso supremo y continuaba roncando, con los labios colgantes, mientras se enfriaba el cuerpo gastado del vencedor de las Galias y se trastornaba el orden del mundo.

Por fin el Presidente está muerto, lavado, vestido, con su levita, sus insignias, y apretando la mano, ya yerta, en un par nuevo de guantes blancos. Difunto, Carnot parece conservar aquella corrección oficial que fuera su cuidado durante su vida. Para comparecer en presencia de Dios, como Jefe del Estado, tiene su placa de diamantes, su gran cruz, y en la mano, sus guantes nuevos. Estos guantes de ultratumba ¡mucha gente los halla extraños!... Son, sin embargo, del viejo ceremonial funerario de

Biblioteca Nacional de España

Francia. Los reyes de Francia eran enterrados con guantes. El gran caballero Rolando, al morir en Roncesvalles, saca, en el último esfuerzo, su guante de escamas de hierro y lo entrega al arcángel San Miguel, que allí junto esperaba para conducir hacia el Señor al alto paladín de la cristiandad. Era de la etiqueta feudal, en los tiempos carlovingios, que el vasallo, al penetrar en el solar de su soberano, se quitase el guante de la mano derecha y lo abandonase a un paje. Rolando no olvidaba este acto de vasallaje. Al transponer las puertas del cielo, que es el solar de Dios, soberano absoluto, se quita el guante y gravemente lo entrega al arcángel, como a un paje celeste.

Todos saben, porque buenos libros lo cuentan, cómo Dios auxilió, acudió al caballero perfecto y le llamó, sonriendo, *su hijo*. Así, a través de las edades, la tradición liga a Carnot con Rolando.

Considerad también cuán dramático es el modo escondido y callado con que regresó a París el cuerpo de Carnot. En la estación no había una autoridad, un ministro, nadie del gran personal del Estado; cuando el tren que traía el cadáver apareció, sin una señal, un silbido, ni un rumor, deslizándose fúnebre, mudamente, como un fantasma de tren, vago y cubierto de crespones. De una portezuela salió, en el mismo silencio, Madame Carnot, vestida como en la víspera corrió a Lyon, con un sombrero adornado de flores rojas. Meten el ataúd, aprisa, en un vagón, sin solemnidad civil ni religiosa;

Biblioteca Nacional de España

y corriendo, en un trote fugitivo, a través de las calles más desiertas, donde clareaba la madrugada, llévanlo hacia el Elíseo. El muerto es como recogido a ocultas en su palacio, para instalarlo metódicamente en su capilla ardiente; y después, cuando no faltaba una colgadura ni una fila de antorchas, abiertas las puertas con la solemnidad que le correspondía, recibir las supremas honras fúnebres. Detrás de él, por las calles desiertas (según cuentan), sólo le acompaña un *fiacre* con libertinos y mujeres nocturnas, fumando cigarros, con las piernas extendidas. Extraño remate de una noche de crápula: ¡seguir en un *fiacre* el cadáver de un Jefe de Estado!

Al otro día, sin embargo, con la luz, comenzaron la pompa y el luto público. Pero entonces cesan también los lances inesperados y melodramáticos. Todo se torna regular, fijo y pautado por el protocolo. Hoy París desfila, con curiosidad y emoción, ante el ataúd del Presidente, puesto en capilla con el debido lujo de flores y de luces, cubierto con la bandera tricolor. Mañana París, en una curiosidad creciente, pero ya disminuída la emoción, extenderá sus densas alas sobre el Presidente que pasa para el panteón.

Funerales magníficos, seguramente, pero de una magnificencia cercenada por la sobriedad del gusto francés y por la simplicidad oficial de la democracia. La democracia, oficialmente, usa levita de paño negro; y el severo gusto francés no permite en es-

Biblioteca Nacional de España

tas pompas otro lujo que el lujo de la flores. Todo lo que antaño—en la antigüedad y luego en el Renacimiento—constituía el esplendor de las ceremonias fúnebres (la suntuosidad de los trajes, las sedas negras cayendo de los balcones, los incensarios humeando, los coros dolientes, los corceles enjaezados ricamente, las insignias simbólicas, los trofeos, los estandartes, las carrozas de deslumbradora arquitectura, la riqueza patricia, la servidumbre engalanada, y el fausto incomparable de la Iglesia, con sus báculos, sus mitras, sus casullas de oro); toda esa magnificencia estética falta aquí. Un pobre carpintero de Florencia o de Roma, de la Florencia de los Médicis y de la Roma de León X, nunca creería, contemplando esta procesión funeral, que una opulenta y artística nación estaba haciendo las exequias de su Jefe asesinado. Sin embargo, Francia, dentro de las restricciones impuestas por la sobriedad de su gusto y por la simplicidad de su democracia, rindió a Carnot ampliamente todos los homenajes y pleitesías simbólicas. Las flores que le ofreció fueron innumerables, costaron más de tres millones de francos, y durante todo un día perfumaron el vasto ámbito de París. Y toda la Francia organizada, desde los Cuerpos del Estado hasta los clubs gimnásticos, acompañó su féretro al panteón que la patria reconocida reserva a los grandes hombres.

Pero esas flores uniformemente arregladas en coronas y acumuladas sobre carrozas o aisladas en

Biblioteca Nacional de España

guirnaldas, algunas enormes, de dos metros de diámetro, y semejando bolas pintadas de colores vistosos, no podían formar en su uniformidad dogmática un cuadro de belleza; sólo impresionaban por su abundancia, por la idea mercantil de los millones gastados y en breve marchitos.

Y toda Francia detrás era sólo una fila compacta e infinita de levitas negras. Interminablemente pasaban en la irradiación del sol de julio las levitas negras. Aquí y allá, a veces, un grupo de embajadores, los uniformes de un Estado Mayor, los jueces con sus togas rojas, destacaban, en una mancha fugitiva de color y de luz. Pero luego se prolongaban, se eternizaban las levitas negras, los pantalones negros, marchando en cadencia. En los ojos pesados, en el espíritu entorpecido, no quedaba por fin sino la impresión adormecedora de un mudo y luctuoso pasar de trajes negros.

Y a los ojos cansados, al espíritu adormilado, volvía, para embotar más la emoción artística, el recuerdo de otras pompas: la de Thiers, la de Gambetta, la de Víctor Hugo, en que marchaban así también, en largas leguas, pantalones negros, levitas negras.

Una novedad muy singular, sin embargo, impresionaba en estos funerales de Carnot: era que detrás del féretro, cubierto con la bandera tricolor, se entreveían en un carruaje sotanas y sobrepellices de curas. Después, al frente de los embajadores, el Nuncio del Papa, con sus amplias vestiduras

Biblioteca Nacional de España

rojas. Y por todo el cortejo, aun mezcladas con los uniformes, aparecían aquí y allá sotanas de presbíteros. ¡Novedad considerable!... Y entonces se insistía más en que esta tragedia del Presidente asesinado había sido realmente seguida y administrada por la Iglesia. Carnot, moribundo, recibió los santos óleos de manos del Cardenal Arzobispo de Lyon.

En la capilla ardiente, entre los generales que le custodian, rezan curas y monjas desgranan sus gruesos rosarios. Al pie del ataúd hay un hisopo, en un caldero, con que París, al desfilar, rocía los pliegues de la bandera que cubre el cuerpo, de modo que al final del día, la tricolor está toda *orbayada* (1) de agua bendita. Es el párroco de la Magdalena, de cruz alzada, con su clero, quien viene al patio del Elíseo a hacer entrega del cadáver, según el antiguo ritual de París.

Ahora van curas detrás del carruaje mortuorio. Toda esta pompa marcha hacia Notre-Dame. A las puertas de la antigua catedral, el Arzobispo de París rezó los responsos finales, y desde el púlpito hizo la oración fúnebre del Presidente de la República, como en tiempo de Bossuet. Los radicales, los librepensadores, entraron en la sombría nave, y de rodillas, por decencia, arrastrados por

(1) No temo usar esta linda palabra, común al portugués y al bable; participio pasado del verbo *orbayar* en bable, en portugués *orvalhar*: caer lluvia fina, menuda y continua.—*N. del Tr.*

Biblioteca Nacional de España

vagos recuerdos, bajaron la cabeza al levantarse la hostia. Y otros presbíteros irán después al panteón, consagrado por la República, para volver a bendecir el túmulo del Presidente, que está al lado del túmulo de Voltaire.

¡Extrañas vicisitudes! Carnot, muerto, lleva detrás de sí por las calles de París al radicalismo compungido; y es hacia los altares adonde lo lleva.

Conozco una vieja estampa alegórica del siglo XVI en que, detrás de un cortejo, también funerario, se ve a un personaje de cuernos, con los pies de macho cabrío, que, todo torcido, con el rabo vergonzosamente metido entre las piernas peludas, viene gruñendo y royendo las uñas, en una evidente muestra de humillación y de rencor. Es el diablo. Pues también en este postrer cortejo de Carnot me pareció divisar a lo lejos a nuestro viejo amigo el jacobinismo, de gorro frigio, con el rostro bajo, el aire desaliñado, royéndose las uñas, horrendamente humillado...

Toda esta semana, en efecto, ha sido para él de humillaciones. Pero ¡el desgraciado ya no las cuenta!... Desdeñado por la ciencia, más desdeñado aún por la filosofía, rechazado por las letras, abominado por el arte, apaleado por la mocedad en el patio de las escuelas, burlado por los caricaturistas, silbado por la plebe; ese pobre jacobinismo, convertido en un objeto de escándalo y fastidio, anda ahí más acorralado, en este fin del siglo XIX, que el diablo en los fines del siglo XVIII, en vísperas de su

Biblioteca Nacional de España

muerte. Su mayor humillación proviene, sin embargo, de que Francia, la Francia que lo produjo, y que aun hoy, en cierto modo, lo produce; en ese mismo día de los funerales, y por la voz de uno de sus más finos ingenios, lo declarase con envilecedor desdén: ¡un producto para la exportación!...

¡Oh, estirados manes de Robespierre!... ¡El jacobinismo declarado en París producto de exportación!

Tal es la fragilidad de las glorias humanas...

Sic transit gloria diaboli...

FIN

DE LOS

ECOS DE PARIS

ANDRES GONZALEZ-BLANCO

TRADUXIT

MADRID-LISBOA.—AÑO DE 1920.

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

	Págs.
I.—París y Londres: El aniversario de la *Comune*.—Flaubert	5
II.—Los duelos.—La amnistía.—Gambetta.—Rochefor.—Los jesuítas	10
III.—El Emperador Guillermo	37
IV.—El *Grand-Prix*.—La estatuomanía.—Los cocheros.—Victor Hugo.—El campo en París	51
V.—El 14 de Julio.—Fiestas oficiales.—Siam	61
VI.—Francia y Siam	71
VII.—La cuestión Buloz.—La revista de *Ambos Mundos*.—París en el verano	79
VIII.—Las elecciones.—Italia y Francia	91
IX.—Alianza franco-rusa	101
X.—Las fiestas rusas.—La *toilette* de un presidente de la República.—Noticias del Brasil	113
XI.—España.—El heroísmo español.—La cuestión de las Carolinas.—Los acontecimientos de Marruecos	125
XII.—El Sr. Barthou.—*La Antigona*, de Sofocles.—*Les Roix*, de Jules Lemaitre	137
XIII.—Los anarquistas.—Vaillant	153
XIV.—Otra bomba anarquista.—El Sr. Brunetiere y la Prensa	175
XV.—Las *interviews*.—El rey Humberto y *El Fígaro*.—La monarquía italiana.—Lo que puede decir un Soberano a un periodista.—La sinceridad y el optimismo oficial	195
XVI.—El salón	209
XVII.—Carnot	225
XVIII—La muerte y los funerales de Carnot	233

Biblioteca Nacional de España

OBRAS DE EÇA DE QUEIROZ

PUBLICADAS POR LA «BIBLIOTECA NUEVA»

PROSAS BARBARAS

EL MISTERIO DE LA CARRETERA DE CINTRA

UNA CAMPAÑA ALEGRE

CUENTOS

CARTAS DE INGLATERRA

ECOS DE PARIS

CARTAS FAMILIARES Y BILLETES DE PARIS

VIDAS DE SANTOS.—SAN CRISTOBAL

VIDAS DE SANTOS.—SAN ONOFRE

NOTAS CONTEMPORANEAS

ULTIMAS PAGINAS

CADA VOLUMEN, ELEGANTEMENTE PRESENTADO,

CUATRO PESETAS

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1104372416

Biblioteca Nacional de España